



NOSOTROS, LOS TIOS

DAVE BARRY

TRADUCCIÓN DE BORJA BOLCH

Este libro està dedicado al inventor del mando a distancia.
Buscarìa el nombre pero no tengo ganas de levantarme del sofà.

INTRODUCCIÓN

Tios versus hombres

Este libro es sobre los tios. No es un libro sobre los hombres. Ya existen montones de libros sobre los hombres y, en su mayoría, son demasiado serios.

La propia palabra *hombres* es un tèrmino muy serio y no digamos ya *hombría* y *viril*. Tales palabras hacen que ser varòn parezca una actividad muy importante, cuando a fin de cuentas consiste en poseer un conjunto de órganos menores y con frecuencia poco fiables.

Ahora bien, los hombres tienden a dar mucha importancia a la virilidad. Como resultado aparecen ciertas pautas de conducta típicamente masculinas, lo que para mì significa estúpidas, que pueden tener consecuencias lamentables como los crímenes violentos, la guerra, la manìa de escupir y el hockey sobre hielo. Estas cosas han dado mala fama a los varones (concretamente, fama de gilipollas). Y para colmo, el Movimiento de Defensa de los Hombres, que supuestamente debería poner de manifiesto los aspectos màs positivos de la masculinidad, parece estar densamente poblado de necios.

Así pues, lo que digo es que hay otra manera de ver a los varones: no como machos dominantes y agresivos, no como cariñosos osos liberados y sensibles, sino como *tios*.

¿Y qué quiero decir exactamente como *tios*? Pues no lo sé. No me he detenido a pensarlo. Una de las características principales de ser tío es que nosotros, los tios, no dedicamos mucho tiempo a reflexionar sobre nuestros sentimientos más profundos e íntimos. De hecho, me pregunto seriamente si los tios en realidad tenemos sentimientos profundos e íntimos, a no ser que cuentes, por ejemplo, la lealtad hacia los Detroit Tigers o la aversión a los banquetes de boda.

Sin embargo, aunque no sepa definir con exactitud qué significa ser tío, sí puedo describir ciertas características de los tios. Veamos algunas.

A los tios les gustan las cosas buenas.

Con “buenas” me refiero a “mecánicas e innecesariamente complejas”. Voy a poner un ejemplo. Ahora mismo estoy mecanografiando estas palabras en un ordenador extremadamente potente. Es el último de una serie de diez que he tenido, cada uno más potente que el anterior. Mi ordenador está repleto de RAM y ROM y bytes y megahercios y otros varios atributos que permiten que un ordenador procese datos a una velocidad de vértigo. Probablemente sería capaz de supervisar toda la defensa de Estados Unidos y simultáneamente calcular las devoluciones de impuestos sobre la renta de cada uno de los residentes de Ohio. Yo lo uso fundamentalmente para escribir una columna de periódico. Para llevar a cabo esta actividad, me siento y miro fijamente la pantalla durante diez minutos; luego, sirviéndome sólo de mis dedos índices, escribo lentamente algo como:

Henry Kissinger parece una gran verruga.

Contemplo esta frase diez minutos más, me viene la inspiración y entonces amplío la primera idea:

Henry Kissinger parece una gran verruga gorda.

Luego me quedo mirando esto otros diez minutos, cavilando si debo añadir “y peluda”.

Se trata de una tarea absurdamente simple para mi ordenador. Ahì està, tarareando de impaciencia, muerto de aburrimiento, matando el rato entre pulsaciones con pasatiempos como el desarrollo de una teorìa unificada de campos universal o la composición de un rap con las obras completas de Shakespeare (Ser o no ser. Lo tengo que saber. Igual me mato si no me lo haces ver).

Es decir, este ordenador tiene un exceso de prestaciones absurdo para mi trabajo y, no obstante, seguro que pronto me comprarè otro mucho màs potente. Serè incapaz de contenerme. Soy un tìo.

El ejemplo supremo del instinto básico que induce a los tìos a poseer cosas buenas probablemente sea el transbordador espacial. Por supuesto, los tìos que estàn al frente de ese proyecto aseguran que ver còmo se desenvuelven los seres humanos en el espacio tiene un alto interés científico. Pero, a decir verdad, hace años que sabemos còmo se desenvuelven los seres humanos en el espacio: flotan a la deriva, y dicen cosas como : "Houston, ¿esto es la pera!".

No, el verdadero motivo de la existencia del transbordador espacial es que se trata de un descomunal pedazo de màquina espectacularmente cargada de aparatos. Los tìos pueden jugar con èl prácticamente *ad infinitum*, y de vez en cuando incluso consiguen que funcione, utilizándolo para poner en òrbita otros complejos artilugios mecánicos que se estropean casi de inmediato, proporcionándoles una magnífica excusa para volver a lanzar el transbordador al espacio. Todo un paraíso para los tìos.

Otros frutos de la necesidad que tienen los tìos de poseer cosas buenas son la Guerra de las Galaxias, la industria de la náutica de recreo, los monorraíles, las armas nucleares y los relojes de pulsera que indican las fases de la luna. No estoy diciendo que las mujeres no hayan participado en el desarrollo o utilización de estas cosas. Lo que digo es que sin tìos estas cosas probablemente no existirían, del mismo que sin mujeres casi todos los muebles del mundo seguirían estando en su posición original. Los tìos no sienten una necesidad básica de reorganizar el mobiliario. En cambio, una mujer que podría utilizar alegremente el mismo ordenador durante cincuenta y tres años reorganizarà sus muebles prácticamente cada semana, a veces a altas horas de la noche. Estarà

profundamente dormida en la cama y, de súbito, a las tres de la madrugada, la despertará una idea apremiante: *El sofá azul lavanda tiene que estar perpendicular a la pared en lugar de paralelo, y es preciso que lo esté ahora mismo*. De modo que se levantará y lo moverá, cosa que lógicamente la obligará a cambiar otros muebles de sitio, y pronto habrá reorganizado toda la sala de estar, trasladando objetos grandes y pesados que generalmente requerirían el concurso de varios hombres fornidos para ser levantados, pues en la naturaleza pocas fuerzas hay más poderosas que una mujer impelida a reorganizar sus muebles. Cada tanto, el tío se despertará y comprobará que, debido a los esfuerzos nocturnos de su esposa, ahora vive en una casa completamente distinta.

(Me doy cuenta de que estoy haciendo generalizaciones de género pero, según mi parecer, si Dios no hubiese querido que hiciéramos generalizaciones de género, no nos los habría dado).

A los tios les gustan los desafíos absurdos.

No hace mucho estaba sentado en mi despacho de *Tropic*, el magazine dominical del *Miami Herald*, leyendo cartas de mis admiradores (típica carta de admirador: “¿Quién te corta el pelo? ¿El veterinario?”), cuando oí a varios tios que trabajan conmigo charlando en el pasillo sobre lo rápido que corrían los cuarenta metros lisos. Se trata de tios treintañeros y cuarentones que se dedican al periodismo, campo en el que la exigencia física más severa es ser capaz de digerir comida de la máquina expendedora. O sea, estos tios no tienen absolutamente ninguna necesidad de correr los cuarenta metros lisos.

Pero uno de ellos, Mike Wilson, acababa de escribir un artículo sobre un as de la liga de fútbol de los colegios secundarios que los corría en 4,38 segundos. Bien, si Mike hubiese escrito un artículo sobre, pongamos, un genio de la poesía de los colegios secundarios, ninguno de los tios que trabajan conmigo habría decidido de sopetón averiguar lo bien que se le daba escribir sonetos. No obstante, cuando Mike entregó su artículo, todos se mostraron profundamente preocupados sobre el tiempo en que podían correr los cuarenta metros lisos. Tan preocupados que el redactor jefe del magazine, Tom Shroder, decidió que tenían que

conseguir un cronòmetro y bajar al parque cercano para averiguarlo. Cosa que hicieron, y ya tenèis a un puñado de tios quitándose los zapatos y corriendo descalzos por un parque público en horas de trabajo.

De esto les oì charlar en el pasillo. Oì ufanarse a Tom, que tiene treinta y ocho años, de que su marca había sido de 5,75 segundos. Y pensè: esto es ridículo. Son tios de mediana edad, supuestamente adultos, y ahì están, fanfarroneando sobre su actuación en esa estúpida carrera juvenil. Finalmente, no pude resistirlo màs.

-¡Eh! –les gritè-. Yo puedo batir esos 5,75 segundos.

Asì pues, salimos al parque, medimos cuarenta metros y los tios me dijeron que tenía tres oportunidades para conseguir mi mejor marca. En el primer intento mi marca fue de 5,78, sòlo tres centésimas de segundo màs que la de Tom, aunque, con cuarenta y cinco, yo era siete años mayor que èl. De modo que supe que le ganaría en el segundo intento si simplemente corrìa esforzándome de verdad, cosa que hice a lo largo de los primeros diez metros, hasta que el músculo del ligamento de la corva, que aùn no había pasado al modo *sprint* desde el modo lectura de correspondencia, hizo literalmente *pum*.

Tuvieron que ayudarme a salir de la pista. Sentía un dolor considerable y fue obvio que no estaría en condiciones de caminar durante semanas. Los demás tios se mostraron muy comprensivos, sobre todo Tom, que màs tarde se tomò la molestia de telefonarme a casa, donde yo estaba sentado con una bolsa de hielo sobre la rodilla y veintitrés pastillas de analgésico en mi torrente sanguíneo, para manifestarme su preocupación.

-Sòlo quería recordarte –dijo- que no batiste mi marca.

Los ejemplos de tios dispuestos a enfrentarse a desafíos absurdos son innumerables. Casi todos los deportes quedan clasificados en esta categoría, asì como buena parte de la política exterior estadounidense. (“Apuesto a que no podèis capturar a Bin Laden”).

Los tios no tienen un código moral inflexible y bien definido.

Esto no equivale a decir que sean malos. Los tios son capaces de hacer cosas malas, pero esto suele suceder cuando intentan ser *hombres* y

comienzan a ponerse en plan viril, agresivo y estúpido. Mientras se limitan lisa y llanamente a ser tíos, no es que sean activamente malvados sino que están perdidos. Porque los tíos en realidad nunca han acabado de comprender el Código Moral Humano Fundamental, el cual creo que inventaron las mujeres hace millones de años, mientras todos los tíos estaban fuera enfrascados en otras actividades, como comprobar quièn era capaz de hacer màs ruido al eructar. Cuando regresaron, existían ciertas reglas que se esperaba que siguieran a no ser que quisieran meterse en un buen lío, y desde entonces han intentado seguir esas reglas, con resultados muy irregulares. Porque los tíos nunca han interiorizado estas reglas. Los tíos son semejantes a mi perrillo de apoyo auxiliar, Zippy (lo que se dice un perro *backup*. También tengo un perro hembra de tamaño màs apreciable, Earnest, que nunca infrige las reglas), un perro tío a quien se le ha dicho infinidad de veces que no debe hurgar en la basura de la cocina ni hacer caca en el suelo. Sabe de sobra que èstas son las reglas, pero en realidad nunca ha entendido por què, de modo que a veces le da por pensar: “Vale, se supone que generalmente no debo hurgar en la basura, pero es obvio que no he de aplicar esta regla cuando se dan circunstancias atenuantes, como: 1) alguien acaba de tirar unas sobras en perfecto estado del pollo Kung Pao que comió hace siete semanas, 2) estoy solo en casa”.

Asì pues, cuando los humanos regresamos a casa, el suelo de la cocina se ha convertido en el Festival de la Basura de Estados Unidos, y Zippy, que normalmente acude a recibirnos como un cohete, està fuera, en la esquina, disfrazado con una peluca y gafas de sol, con la esperanza de ingresar en el Programa Federal de Protección de Perros Malos antes de que sus dueños descubramos la escena del crimen.

Cuando le grito, con frecuencia se altera tanto que se hace caca en el suelo.

Moralmente, casi todos los tíos son como Zippy, sòlo que màs altos y por lo general menos peludos. Los tíos son conscientes de que existen reglas morales de conducta pero les cuesta tenerlas en cuenta en determinados momentos, en especial el presente. Esto resulta particularmente cierto en el àmbito de la fidelidad a la pareja. Me consta, por supuesto, que existen innumerables ejemplos de tíos que son fieles a

su pareja hasta la muerte, habitualmente como resultado de ser devorados por dichas parejas inmediatamente después de la copulación. No obstante, los tíos ajenos a la comunidad arácnida no ostentan el récord de fidelidad que tumbe de espaldas.

No estoy diciendo que los tíos humanos sean unos canallas. Lo que digo es que muchos que se consideran comprometidos con su matrimonio se extraviarán si se ven enfrentados a una tentación irresistible, definida como “prácticamente cualquier tentación”.

De acuerdo, puede que sí esté diciendo que los tíos son unos canallas. Pero son unos canallas bienintencionados. Y muy pocos de ellos – incluso cuando están fuera de la ciudad en viaje de negocios, lejos de sus esposas, y se les presenta una clara oportunidad- harán caca en el suelo.

A los tíos no se les da nada bien manifestar sus sentimientos íntimos, suponiendo que tengan alguno.

Èste es un aspecto del ser tío que las mujeres encuentran muy frustrante. Un tío estará leyendo el periódico y sonará el teléfono; contestará, escuchará durante diez minutos, colgará y reanudará la lectura. Finalmente su esposa dirá:

-¿Quièn era?

Y èl dirá:

-La madre de Phil Wonkerman.

(Phil es un viejo amigo del que no han tenido noticias en diecisiete años).

Y la esposa dirá:

-¿Y bien?

Y el tío dirá:

-¿Y bien què?

Y la esposa dirá:

-¿Què te ha dicho?

Y el tío dirá:

-Que Phil està bien.

Su tono de voz deja claro que, aunque espera no ser grosero, está intentando leer el periódico y resulta que se encuentra justo en medio de una importante tira cómica. Pero la esposa, haciendo caso omiso, dirá:

-¿Eso es todo lo que ha dicho?

Y no se dará por vencida. Continuará haciendo preguntas, cual verdadera fiscal del distrito, obligando al tío a contar la conversación, y no se dará por satisfecha hasta enterarse de la historia completa, que es que Phil acaba de salir de la cárcel tras cumplir sentencia por el asesinato que cometió cuando se convirtió en drogadicto debido a la culpabilidad que sintió cuando su esposa murió en un espantoso accidente submarino mientras Phil se corrían una aventura con una monja, pero ahora todo se ha arreglado y tiene un buen empleo como trapecista y casi ha concluido la fase quirúrgica de cambio de sexo y desde hace poco está felizmente comprometido en matrimonio con un miembro de los Grateful Dead, o sea que está bien, que es exactamente lo que el marido le había dicho al principio, pero ¿bastaba con eso? No. Ella quiere enterarse de “todos los detalles”.

O pongamos que dos parejas se reúnen después de una larga temporada sin verse. Las dos mujeres mantendrán una conversación, que se prolongará varios días, durante la cual comentarán prácticamente todos los acontecimientos importantes ocurridos en sus vidas y en las vidas de sus círculos de amigos y parientes, compartiendo pensamientos íntimos, analizando e investigando, para llegar a un conocimiento mutuo más profundo y al fortalecimiento de su preciada amistad. Entretanto, los tíos verán las finales de la NBA.

Esto no significa que los tíos no vayan a compartir sus sentimientos. A veces se emocionarán bastante.

-¿Eso no es una falta? –dirán.

O:

-¿Me estás diciendo que eso no es una falta?

Tengo un buen amigo, Gene, y una vez, mientras estaba recobrándose de un grave trance médico, pasamos un fin de semana juntos. Durante ese tiempo Gene y yo hablamos mucho y disfrutamos mucho de la compañía mutua, pero (esto es verdad) la frase más personal e íntima que me dijo fue que había alcanzado el nivel 24 de un video juego

que se llamaba *Arkanoid*. Incluso había visto la Presencia del Mal, aunque se negó a contarme qué aspecto tenía. Estaremos muy unidos, pero todo tiene un límite.

Quizá pienses que mis amigos y yo somos neandertales y que hay un montón de tíos que son distintos. Es verdad. Muchos tíos no usan palabra alguna. Se comunican únicamente con lenguajes no verbales, como compartir el cebo durante una jornada de pesca.

¿Comienzas a ver lo que quiero decir cuando me refiero a lo de “ser tío”? básicamente aludo a la parte de la psique masculina menos seria y/o agresiva que la parte de la Hombría Viril pero que en esencia sigue siendo muy masculina. Mi impresión es que el mundo sería un lugar mucho mejor cuantos más varones dejasen de esforzarse tanto por ser “hombres” y en su lugar se conformasen con ser “tíos”. Piensa en los problemas históricos que podrían haberse evitado si más varones hubiesen sabido mantener su género bajo la perspectiva adecuada, tanto en ellos mismos como en los demás. (“Oye, Adolf, el mero hecho de que tengas un conjunto de órganos menores con frecuencia poco fiables no es motivo para invadir Polonia”). Y piensa cuánto más felices serían las mujeres si, en lugar de inquietarse constantemente por lo que andarán rumiando los hombres de su vida, pudieran relajarse teniendo la certidumbre de que la respuesta correcta es: poca cosa.

Sí, lo que necesitamos, por parte de ambos géneros, es más comprensión de lo que significa ser tío. Me propongo explorar cada detalle de todas las facetas fundamentales del ser tío, con inclusión de la faceta histórica, la faceta psicológica, la faceta sociológica y la faceta de cómo es que los tíos escupen tanto. Todos los hechos que expone este libro o bien se fundamentan en pruebas de laboratorio reales o bien me los he inventado yo. Pero puedes confiar en mí. Soy un tío.

EJEMPLOS DE TÌOS

HOMBRES	TÌOS
FANGIO	MARADONA
VOLVO	HARLEY DAVIDSON
HEMINGWAY	WILBUR SMITH
COLON	EL PRIMER ASTRONAUTA QUE JUGÒ AL GOLF EN LA LUNA
SUPERMAN	BART SIMPSON
DOBERMAN	LABRADOR RETRIEVER
ABBOTT	COSTELLO
CAPITAN AHAB	TERMINATOR
SATÀN	THE JOKER
EL PAPA	BILL CLINTON

GRÀFICO DE COMPARACIÒN ESTÌMULO-RESPUESTA ENTRE MUJERES, HOMBRES Y TÌOS.

ESTÌMULO	RESPUESTA TÌPICA DE MUJER	RESPUESTA TÌPICA DE HOMBRE	RESPUESTA TÌPICA DE TÌO
Un rìo indómito En plena naturaleza	Contemplar Su belleza.	Construir Una presa.	Ver quièn puede mear màs lejos en la presa.
Un niño al que mandan A casa por portarse Mal en clase.	Hablar con el niño Para tratar de Determinar la Causa.	Amenazar con Enviar al niño A un internado.	Enseñar al niño A hacer pedorretas Con el sobaco.
Mortalidad humana	Fe religiosa.	Las pirámides.	Puenting.

¿ERES UN TÌO?

Haz este test para determinar hasta què punto lo eres.

Seres alienígenas de una sociedad muy avanzada visitan nuestro planeta y tÙ eres el primer ser humano que encuentran. Como muestra de amistad intergaláctica, te regalan un pequeño artefacto increíblemente sofisticado que es capaz de curar todas las enfermedades, proporcionar un suministro infinito de energía limpia, acabar con el hambre y la pobreza y eliminar para siempre la opresión y la violencia de la faz de la tierra. TÙ decides:

- a) Entregarlo al Papa.
- b) Entregarlo al secretario general de las Naciones Unidas.
- c) Desmontarlo.

A medida que te vas haciendo mayor, ¿què aspecto perdido de tu juventud echas màs de menos?

- a) La inocencia.
- b) El idealismo.
- c) Los petardos.

¿Cuàndo es apropiado besar a otro varòn?

- a) Cuando desees exteriorizar puro y simple afecto haciendo caso omiso de las convenciones sociales de miras estrechas.
- b) Cuando se trata del Papa (no en los labios).
- c) Cuando se trata de tu hermano y tÙ eres Al Pacino y èsta es la única manera realmente deportiva de hacerle saber que, por imperativos del negocio, tienes que hacer que le maten.

¿Se puede abrazar a otro varòn?

- a) Sì, si es tu padre y al menos uno de los dos padece una enfermedad mortal.

- b) Sì, si estàs efectuando la maniobra de Heimlich (En este caso deberías gritar repetidamente: “¡Sòlo estoy sacando comida atascada de la tràquea de este varòn! ¡No estoy nada excitado!”).
- c) Si eres un jugador de béisbol profesional y un compañero de equipo se marca un home run para ganar las Series Mundiales, puedes darle un abrazo siempre y cuando:
 - 1) Estè lícitamente dentro de la base,
 - 2) Ambos llevèis la coquilla de protección, y
 - 3) Al mismo tiempo le golpees fraternalmente con el puño lo bastante fuerte como para causarle fracturas.

Completa esta frase: Un funeral es una buena ocasión para...

- a) Recordar al finado y consolar a sus allegados.
- b) Reflexionar sobre la brevedad de la vida terrenal.
- c) Contar el chiste del tìo que tiene Alzheimer y càncer.

En tu opini3n, la mascota ideal es:

- a) Un gato.
- b) Un perro.
- c) Un perro que coma gatos.

Llevas varios años saliendo con una mujer. Es atractiva e inteligente y siempre disfrutas de su compa3nía. Una apacible tarde de domingo ambos estàis la mar de tranquilos –tù viendo un partido de fùtbol, ella leyendo la prensa- cuando de pronto, sin que venga a cuento, ella te dice que piensa que te ama de verdad pero que ya no soporta màs la incertidumbre de no saber ad3nde se dirige vuestra relaci3n. Dice que no te està preguntando si quieres casarte, s3lo si crees que tenèis alguna clase de futuro en comùn. ¿Què le contestas?

- a) Que crees sinceramente que ambos tenèis un futuro en comùn pero que no quieres ir demasiado deprisa.

- b) Que aunque también tienes profundos sentimientos hacia ella, no puedes decir honestamente cuando vas a estar preparado para contraer un compromiso a largo plazo, y que no quieres lastimarla, haciéndole abrigar falsas esperanzas.
- c) Que no puedes creer que ese delantero haya desperdiciado esa ocasión de gol para un estúpido fuera de juego.

Muy bien, has decidido que amas de verdad a una mujer y que deseas pasar el resto de tu vida con ella, compartiendo las penas y las alegrías, los éxitos y los fracasos, y todas las aventuras y oportunidades que el mundo os pueda ofrecer pase lo que pase. ¿Cómo se lo dices?

- a) La llevas a un buen restaurante y se lo dices después de cenar.
- b) La llevas a dar un paseo por la playa a la luz de la luna y pronuncias su nombre, y cuando se vuelve hacia ti, con la brisa marina revolviéndole el pelo y las estrellas brillando en sus ojos, se lo dices.
- c) ¿Decirle qué?

Un día laborable por la mañana tu esposa se despierta enferma y te pide que prepares a vuestros tres hijos para ir al colegio. Tu primera pregunta es:

- a) ¿Tienen que comer o algo por el estilo?
- b) ¿Ya van al colegio?
- c) ¿Ya tenemos tres?

¿Cuándo es correcto tirar a la basura una prenda de ropa interior?

- a) Cuando ha adquirido el color de una ballena muerta y presenta agujeros tan grandes que ya no sabes cuáles eran los que al principio eran para pasar las piernas.
- b) Cuando ha quedado reducida a ocho moléculas de ropa interior apenas conectadas entre sí y tiene que manejarse con pinzas.
- c) Nunca está bien tirar una prenda de ropa interior. Los verdaderos tíos registran la basura regularmente por si alguien –y no vamos a

decir nombres, pero será su esposa- està intentando deshacerse discretamente de su vieja ropa interior, de la que està celosa, puesto que el tío parece tener una relación màs íntima con su vieja ropa interior que con ella.

En tu opinión, ¿cuàl es la explicación màs razonable de que Moisés condujera a los israelitas de aquí para allà durante cuarenta años antes de llegar por fin a la Tierra Prometida?

- a) Les estaba sometiendo a una prueba.
- b) Querìa que realmente apreciaran la Tierra Prometida cuando por fin llegaran a ella después de muchas penurias.
- c) Se negó a preguntar el camino.

¿Cuàl ha sido el mayor logro de la raza humana?

- a) La democracia.
- b) La religión.
- c) El mando a distancia.

Modo de puntuar: sùmate un punto por cada vez que hayas elegido la respuesta c. Un tío sacarà al menos 10 en este test. De hecho, un verdadero tío sacarìa al menos 15, puesto que obtendría 5 puntos extra por saberse el chiste sobre el tío que tiene Alzheimer y càncer.

EL PAPEL DE LOS TÌOS EN LA HISTORIA

Los hombres fueron a la luna pero los tìos inventaron lo de estar en la luna.

Los tìos han desempeñado un papel importante en la historia, aunque este papel no ha recibido la atención que merece porque nadie lo ha hecho constar por escrito. Los tìos no se esmeran en lo de escribir. Tomemos como ejemplo las notas de agradecimiento. Cuando una pareja

se casa, la novia enseguida –a veces justo después de que su nuevo marido pierda el conocimiento en la bañera de la suite nupcial- comienza a redactar notas personalizadas agradeciendo los encantadores regalos que han recibido de los invitados a su boda (“... ni siquiera sabía que fabricaran maletines de viaje para centrifugadoras de ensalada”).

La novia no parará hasta haber escrito a todos y cada uno de los invitados; si fue un convite realmente multitudinario, puede que siga dando las gracias a los asistentes después del divorcio (“Tía Ester, el tenedor de trinchar es una preciosidad, y espero usarlo felizmente durante muchos años una vez que los médicos se lo extraigan a Robert”).

Muy pocos tíos escriben cartas de agradecimiento, o cualquier otra clase de nota. Los tíos probablemente cometerían muchos más secuestros si no se vieran obligados a escribir notas de rescate.

Mi argumento es que, puesto que los tíos no escriben las cosas, no están bien representados en los libros de historia. No obstante, encontrarás un montón de referencias a hombres, ya que a los hombres les gusta dejar constancia de todos los detalles de su vida para la posteridad. Alejandro Magno, por ejemplo, llevaba un diario, de modo que en la actualidad podemos leer de su puño y letra lo que hizo exactamente en un día determinado, tal como muestran estos pasajes escogidos al azar:

4 de noviembre de 327 a.c.: día nublado. He conquistado Asia Menor.

6 de enero de 324 a.c.: Nota: averiguar qué significa a.c.

17 de mayo de 323 a.c.: Muero a edad temprana.

Ahora bien, ¿qué pasa con el tío medio del ejército de Alejandro Magno? ¿Dónde quedan sus aportaciones a la historia? Sí, desde luego es importante que Alejandro extendiera la influencia de legendarios filósofos griegos como Aristóteles a lo largo y ancho de todo el mundo civilizado, afectando así significativamente al desarrollo del pensamiento y la cultura occidentales hasta el mismísimo día de hoy, pero ¿acaso no reviste también su importancia que, al mismo tiempo, algunos de sus soldados de a pie perfeccionaran el truco de la lanza de goma o determinaran que las

letras de Aristòteles pueden reordenarse para formar triste soleà (tambièn (h)astìo estéril)?

Èsta es la clase de logro històrico de los tìos que voy a investigar en este capìtulo.

Los tìos prehistòricos.

La prehistoria fue una època muy difìcil para los humanos. Hostiles y fieros predadores devoradores de hombres deambulaban por la tierra. Proliferaban las enfermedades. Los ìndices de mortalidad eran espantosos. Los cajeros automàticos aùn no eran màs que un sueño.

En aquel entonces el clan era la unidad bàsica de la sociedad, con los roles de los machos y las hembras claramente diferenciados. Las hembras cuidaban de los pequeños y recogían raíces, las cuales maceraban en agua para luego pelarlas, machacarlas concienzudamente durante horas entre dos piedras y finalmente desecharlas. “Puede que seamos primitivas, pero no somos tan estúpidas como para comer raíces”, se decían en su fuero interno.

Por consiguiente, la necesidad bàsica de conseguir alimentos recayó en el macho, quien partìa en expediciones de varios días a la caza del temible dinosaurio. Era un trabajo duro. Tenían que cavar un hoyo enorme, luego disimularlo cubriéndolo con ramas y finalmente, ocultarse en la maleza a la espera de que un temible dinosaurio pasara por allí y cayera en la trampa. Los cazadores con frecuencia aguardaban durante largos perìodos porque, sin ellos saberlo, los dinosaurios se habían extinguido varios millones de años atrás.

De modo que los machos pasaban largos ratos sentados sin hacer nada. Con el tiempo, algunos se fueron inquietando y procedieron a desarrollar la agricultura, inventar herramientas primitivas (como la machacadora de raíces de piedra), etc. pero algunos machos –los primeros tìos- realmente disfrutaban sentados sin hacer nada. Llegó un momento en el que dejaron de tomarse la molestia de cavar el hoyo. Se limitaban a salir al bosque y sentarse.

-No es fàcil dar caza a los dinosaurios –decían a la gente, y en particular a sus esposas-. Pero si no lo hacemos nosotros, ¿quién lo hará?

Así que nunca ayudaban con las raíces.

Estar sentado sin ninguna razón aparente pero fingiendo estar ocupado en tareas productivas fue la primera contribución real de los tios a la civilización humana, pues así establecieron los fundamentos subyacentes de muchas instituciones y actividades modernas como la pesca, las convenciones de vendedores, la asistencia en carretera, el gobierno y los servicios de información y reclamaciones.

Esto no significa que los tios prehistóricos no hicieran más que perder el tiempo. También inventaron una actividad que se ha convertido en una de las más preponderantes formas de conducta de los tios y que en la actualidad supone aproximadamente 178 billones de horas-tio al año sólo en Estados Unidos. La actividad a la que me refiero, por supuesto, es la de rascarse las partes pudendas. Y cuando digo “rascar” no aludo a un par de zarpazos rápidos y discretos para aliviar un picor momentáneo. Aludo a una actividad a la que los tios dedican bastante más tiempo y energía que, por ejemplo, los arreglos de la casa.

Date una vuelta por cualquier zona populosa y verás docenas, quizá centenares de tios aplicados en rascarse a sí mismos. Algunos procurarán pasar desapercibidos pero, por lo general, una vez se ponen, pierden por completo la noción de dónde están. Al cabo de nada ya los tienes hurgando en los pantalones sirviéndose de ambas manos, herramientas de jardín, útiles de cocina, etc, completamente ajenos al mundo que los rodea. Esto puede ocasionar problemas.

PRIMER OFICIAL A BORDO DEL TITANIC: Señor, ¿no cree que deberíamos hacer algo al respecto? ¿Quizá cambiar el rumbo? ¿Señor? ¿Señor?

CAPITÀN: (... scratch scratch scratch scratch scratch...)

Una vez, en la década de los setenta, estaba viendo un partido de béisbol por televisión y en un momento clave el entrenador del equipo local, Danny Ozark (que tenía el aspecto exacto de un tio que se llame “Danny Ozark”), se dirigió al montículo del lanzador para aconsejar a sus muchachos. Danny estaba de espaldas a la cámara y su mano derecha, al parecer actuando por su cuenta, empezó a pasearse por su trasero y se puso a explorarlo, realmente a fondo, como si Danny hubiera extraviado algún documento de vital importancia allí. La mano cobró tanta energía

que finalmente hasta los comentaristas de televisión tuvieron que echarse a reír. Allí había un tío en medio de un estadio de béisbol, con el partido en una coyuntura crítica, y aun así su prioridad número uno era rascarse. Este Danny Ozark sí que era un tío de la cabeza a los pies.

También fue durante estos primitivos tiempos de sentarse sin hacer nada durante semanas seguidas cuando los tios idearon el golf. Existen pruebas de que los tios ya jugaban al golf dos millones de años antes de Cristo, usando pelotas hechas de piel de animal y palos rudimentarios hechos con ramas de árbol. Aunque parezca mentira, estos primeros golfistas ya inventaron elementos del juego tan fundamentales como el “chipping, el putting, el bunker, el bogey, los pantalones feos y el hacer trampas”. No obstante, hubo un elemento que no se les ocurrió: el hoyo. El resultado fue que el juego primitivo carecía de norte y los jugadores tendían a andar sin rumbo. Actualmente los arqueólogos creen que los primeros humanos que cruzaron el puente de tierra que unía Asia y América del Norte fue un grupo de tres tios que jugaban al golf primigenio.

-¿Cuántos golpes llevas?

-Veamos. He dado dos bajando el glaciar y uno desde ese mastodonte de allí, así que esto nos da, a ver... diecisiete millones.

-¡¡Mentiroso!!

Los tios en el Antiguo Egipto.

El logro más significativo de los tios del Antiguo Egipto ocurrió en el funeral del gran faraón Amentooten III, cuando unos tios inventaron la famosa broma de la “momia sustituta rellena de comadreja vivas”. Esto condujo al hundimiento del Imperio Egipcio, pero todos los implicados convinieron en que mereció la pena.

Los tios en la Grecia clásica.

Grecia, en su edad de oro, fue el fértil campo cultural del que surgieron algunas de las más gloriosas contribuciones de la humanidad antigua a la política, la ciencia y las artes. Los tios no tuvieron nada que ver con esto.

La principal contribución de los tios estuvo relacionada con los Juegos Olímpicos de la antigüedad. Estos eran bastante diferentes de los de la era moderna. Para empezar, los atletas competían desnudos, lo cual significaba no sólo que tenían que llevar los logos de Nike tatuados directamente sobre la piel, sino también que a veces se encontraban con embarazosas reacciones corporales (“¿Es una jabalina eso que llevas o es que te alegras de verme?”).

Además, los Juegos Olímpicos de la antigüedad eran extremadamente agotadores, sobre todo la maratón. El primer corredor de la maratón de todos los tiempos fue un mensajero que, tras una gran victoria militar griega, recibió la orden de llevar la noticia de la gesta a Atenas, que quedaba a cuarenta y dos kilómetros del escenario de la contienda. El mensajero corrió y corrió y siguió corriendo, y cuando por fin llegó a Atenas se presentó ante el rey, dijo jadeando el mensaje, cayó desmayado al suelo y murió.

Por un instante, la atónita muchedumbre miró en silencio el cuerpo de aquel hombre valeroso. Y entonces, un tío que estaba en las últimas filas, profundamente conmovido por lo que acababa de presenciar, no pudo seguir callado.

-¡Oeoeoè! –vitoreò al caído.

Y otros dos tios, al oír esto, pensaron que sonaba bastante bien, de modo que sumaron sus voces.

-Sì –dijeron, y también vitorearon al caído-: ¡Oeoeoè!

Èste fue, desde luego, un momento histórico, pues esos dos tios fueron los primeros hinchas deportivos de la historia. Hicieron el decisivo descubrimiento de que puedes participar en los deportes sin hacer nada en realidad. Incluso si eras una bola de sebo griego clásico absolutamente nada atlética, que se pasaba el día sentada mano sobre mano, comiendo basura griega clásica, y eras incapaz de correr cuarenta y dos metros sin caerte y generar una onda expansiva lo bastante potente como para crear varias ruinas griegas clásicas nuevas, podías seguir fingiendo que tenías algo que ver con un acontecimiento deportivo gritando inútil y a menudo ininteligiblemente a los auténticos contrincantes.

Además de “oeoeoè”, los tios de la Grecia clásica acuñaron toda una serie de frases para que las gritaran los hinchas, frases que tanto

expresaban crítica (“Chùpate esa”) como ànimo (“Chùpate esa”). Al cabo de pocos siglos, los tìos de la Roma clásica desarrollaron una fraseología de hinchada avanzada que podía utilizarse en una gran variedad de acontecimientos deportivos. (¡Eh, león! ¿Eso es lo que entiendes por despedazar a un cristiano? ¡Mi abuela podría despedazar a un cristiano mejor que tù!).

Los tìos de la Edad Media.

La Edad Media presenciò el desmoronamiento de la civilización en Europa Occidental, una grave decadencia de los valores culturales y morales, un rápido descenso hacia el caos y la barbarie. Por consiguiente, fue una época bastante buena para los tìos. Podían escupir prácticamente donde quisieran y, para entretenerse, podían asistir a torneos y justas y animar a sus caballeros favoritos. (¡Eh, Lancelot! ¡Chùpate esa!).

Aun así, no era perfecta. Casi todos los empleos disponibles eran en la agricultura, sector en el que se trabajaba muy duro. La gente salía a los campos desde el alba hasta el ocaso y trabajaba la tierra con útiles de labranza rudimentarios, sudando y deslomándose día tras día, año tras año, para obtener sólo magros resultados.

-Quizà deberíamos plantar algunas semillas o algo por el estilo – comentaban de vez en cuando.

A los tìos medievales les importaba un bledo la agricultura. Siempre andaban buscando una nueva alternativa a su estilo de vida y, finalmente, un día, uno de ellos tuvo una idea luminosa.

-¡Ya lo tengo! –dijo, dándose un puñetazo en la frente.

Desgraciadamente, en ese momento estaba sosteniendo un útil de labranza rudimentario, de modo que cayó al suelo inconsciente. Pero cuando se despertó contó su plan a los demás tìos, quienes se entusiasmaron y lo pusieron en práctica de inmediato. Aquella noche, a la hora de cenar, se volvieron hacia sus esposas y, con angustia en la voz, dijeron:

-¿Sabes què? ¡Los turcos han invadido la Tierra Santa!

-¡No! –exclamaron las esposas, quienes, de hecho, no tenían la más remota idea de què era la Tierra Santa. Pero los maridos parecían muy

preocupados al respecto y las esposas de entonces no querían mostrarse poco comprensivas.

-Sì –dijeron los maridos-. Supongo que eso significa que tendré que irme a una cruzada.

-¿Una qué? –preguntaron las esposas.

-No me esperes levantada –dijeron los maridos.

Y así vio la luz uno de los mayores inventos de los tios de todos los tiempos: el viaje de negocios. Muy pronto, miles de tios se iban de cruzadas. Al cabo de varios años regresaban a casa y se quedaban unos días escuchando a sus esposas quejarse de que había que labrar la tierra y reparar el tejado y que los críos estaban pillando la maldita peste otra vez. Tras un par de semanas, los tios anunciaban, mostrándose realmente disgustados, que los muy canallas de los turcos todavía eran los amos de la Tierra Santa, y volvían a marcharse.

Entretanto, los tios de Turquía estaban abandonando sus hogares, diciendo a sus esposas que tenían que marcharse a expulsar de Noruega a los europeos occidentales. Estos grupos enemigos de cruzados por lo general pasaban la mayor parte del tiempo deambulando por Italia, donde, afortunadamente para ellos, acababa de inventarse el restaurante italiano. Esto condujo a su vez a la invención de la cuenta de gastos, la cual fue la precursora de la ficción literaria moderna.

Los tios en el Renacimiento.

El Renacimiento presenciò el resurgimiento del interés por la filosofía, la ciencia y las artes, y, por encima de todo, el auge del humanismo, una filosofía centrada en las necesidades, intereses e ideales de, por fin, las personas. Los tios estuvieron a favor de esto porque tuvo como resultado la proliferación de estatuas de mujeres desnudas.

También hubo un resurgimiento del teatro, con la aparición de dramaturgos como el inmortal William Shakespeare, cuyas brillante comedias y tragedias gozaron de una popularidad extrema entre los tios. (¡Eh, Hamlet! ¡Chúpate esa!).

El papel de los tíos en la Reforma y el posterior realineamiento político de Europa.

Los tíos estaban de pesca cuando esto sucedió.

Los tíos en la era de los descubrimientos.

La era de los descubrimientos empezó en el siglo XV cuando un italiano, que según creen los historiadores se llamaba Nick, cogió un par de copas de vino, alquilò una góndola y se dispuso a llevar a su mujer a hacer un tour por los canales de Venecia. Estuvo remando un par de horas, hasta que su mujer se dio cuenta de que estaban en un barrio desconocido y, sospechando que Nick estaba perdido, le propuso que preguntara a alguien cómo salir de allí. Naturalmente, eso era algo que Nick no iba a hacer. Los tíos no preguntan por una dirección, eso es un hecho bien documentado. Se trata de una cuestión biológica. Por eso para alcanzar un óvulo hacen falta millones de espermatozoides de tío, cada uno retorciéndose a la suya en busca del camino y completamente seguro de que sabe adónde va. ¡Y eso que en relación con ellos el óvulo es del tamaño de Wisconsin!

Bueno, el caso es que Nick no paraba de remar, estaba cayendo la noche y su mujer se estaba poniendo cada vez más pesada con eso de que debería preguntar a alguien dónde estaban, y él se iba poniendo cada vez más irritable, hasta que le dijo que sabía exactamente dónde estaban, y al final los dos se enfadaron tanto que dejaron de hablarse, ella sentada con los brazos cruzados y él remando, y así hasta que llegaron al continente americano.

-Ah, vaya –dijo la mujer de Nick-, ya veo que sabes exactamente dónde estamos.

-Claro –dijo Nick-. Es un atajo.

En el camino de vuelta casi chocaron de frente con Cristóbal Colón, que iba en dirección contraria.

Los tíos en la época colonial.

Fueron unos tìos de la època colonial quienes tuvieron la idea de disfrazarse de indios y arrojar un cargamento entero de tè al puerto de Boston para manifestar la indignaci3n popular por las prepotentes acciones antidemocráticas del gobierno británico. Además, siempre habìan tenido ganas de probarlo.

Este valeroso esfuerzo condujo a la revoluci3n americana, durante la cual estos mismos tìos emprendieron un sinfín de otras acciones paramilitares, entre las que destacan las siguientes: disfrazarse de gamberros y arrojar sillas al puerto de Boston, disfrazarse de lecheras francesas y arrojar una vaca al puerto de Boston, disfrazarse de tìos bebedores de cerveza y vomitar en el puerto de Boston. El general George Washington demostr3 tener conocimiento de los esfuerzos de estos tìos cuando promulg3 personalmente un decreto estipulando que no se les permitiría ingresar en el ejèrcito “aunque el resto de la poblaci3n haya muerto”.

Los tìos en la Revoluci3n Industrial.

La Revoluci3n Industrial produjo la transformaci3n radical del panorama econ3mico del mundo mediante grandes avances como la mecanizaci3n, la màquina de vapor y la fabricaci3n en serie, permitiendo asì el surgimiento del libre mercado capitalista, la creaci3n de inmensa riqueza y el ascenso de la clase media como elemento social dominante en una sociedad urbana e industrial. Durante esa era los tìos inventaron las quinielas y las apuestas de oficina.

HITO CIENTÍFICO

EL 8 DE OCTUBRE DE 1857 –DÈCADAS ANTES DE QUE THOMAS EDISON COMENZARA A HACER EXPERIMENTOS CON DISTINTOS DISEÑOS DE BOMBILLA ELÈCTRICA INCANDESCENTE- ALFRED A. GUS LOGERHALTER, TRABAJANDO EN UN LABORATORIO IMPROVISADO EN SU CASA, CONECT3 LOS PLOMOS DE UNA RUDIMENTARIA BATERÌA A LOS EXTREMOS DE UN FILAMENTO QUE HABÌA INTRODUCIDO EN UN GLOBO DE CRISTAL DEL QUE HABÌA EXTRAÌDO TODO EL OXÌGENO. NO SUCEDI3 NADA, DE MODO QUE EL TÌO INVENT3 EL COJÌN DE VENTOSIDADES.

Los tíos en la época moderna.

Cuando la humanidad entrò en la época moderna, los tíos continuaron haciendo contribuciones.

He aquí una lista parcial de las ventajas modernas que la sociedad probablemente no disfrutaría en la actualidad de no haber sido por los tíos:

- 1- El mando a distancia.
- 2- Las latas de cerveza con abrefácil.

Quizá parezca que los tíos no iban a ser capaces de llevar a buen puerto nada más pero lo cierto es que han seguido haciendo progresos hasta el día de hoy. Tengo aquí un recorte de prensa del “Tribune” de La Crosse, Wisconsin, que me ha enviado una lectora muy avisada, Sherryl Gingrich, a propósito de tres tíos –Trygve Thompson, Richard Stakston y Dan Ellefson-, vecinos de la localidad de Wetsby, Wisconsin. Estos tíos, cuarentones los tres, una noche de invierno tomaron unas cuantas cervezas y decidieron que sería buena idea arrojar-se por un trampolín de saltos de esquí de treinta metros de altura... en una canoa.

Conste que no me lo estoy inventando. Según el artículo que firma Jeff Brown, los tíos llevaban varios años hablando de saltar en canoa y aquella noche simplemente decidieron hacerlo.

De modo que subieron a una canoa de cinco metros a lo alto del trampolín, se montaron –el artículo menciona que Ellefson, que iba sentado atrás, llevaba un remo- y se dieron impulso. La canoa se precipitó por la rampa del trampolín, salió disparada al vacío y –como ya has adivinado- aterrizò a una velocidad aproximada de veintidós mil kilómetros por hora. Como es natural, volcó aparatosamente, pero, de milagro, los tres ocupantes sólo sufrieron cortes y magulladuras.

El artículo los describe como “tres hombres adultos con trabajo y familia”. Puede que sea así. Pero cuando montaron en esa canoa –y lo digo como un cumplido- no eran más que tíos.

LA NATURALEZA BIOLÒGICA DE LOS TÌOS

Principales razones que explican su estúpido comportamiento.

Para comprender a los tìos es fundamental recordar que, muy en el fondo, son criaturas biològicas, igual que las medusas o los àrboles, sòlo que menos inclinadas a limpiar el cuarto de baño. Cuando ves a un tìo en el hàbitat urbano moderno, al volante de su automòvil, esperando que el semàforo se ponga verde, lo que ves en la superficie es un ser inteligente, racional y tecnològicamente avanzado hurgàndose la nariz. Pero si investigaras debajo de este sofisticado barniz, hallarías toda clase de poderosos instintos, glàndulas, hormonas y comida china a medio digerir, los cuales se combinan para ejercer una influencia tremenda sobre el comportamiento del tìo. Donde màs clara resulta esta influencia es en el àmbito del :

SEXO

Aunque los seres humanos tienden a ver el sexo mayormente como una divertida actividad recreativa que a veces ocasiona la muerte, en la naturaleza el asunto es mucho màs serio. Pues el sexo es vital para que la vida continúe. De acuerdo, existen algunas especies que han desarrollado maneras de sobrevivir sin mantener relaciones sexuales. El lagarto crispado de Asia occidental, por ejemplo, se propaga exclusivamente por adopción.

Ahora bien, la mayoría de las especies tiene que mantener relaciones sexuales para sobrevivir. De ahì que, en casi toda la naturaleza, el sexo exija denodados esfuerzos a los individuos. Tomemos el caso de las libélulas. La próxima vez que veas a dos libélulas copulando en el aire, fijate bien en sus caras. ¿Parece que estèn disfrutando? ¿Acaso sonríen? Claro que no. Que nosotros sepamos, las libélulas ni siquiera tienen boca. Ponen cara de pocos amigos, eso sí, pues saben que si no ejecutan el acto sexual

correctamente serán el hazmerreír de los demás insectos. Èse es el inconveniente de hacerlo en pleno aire.

“Maldita sea, Arthur –diría la hembra si tuviera boca-. ¿No podríamos ir a un motel?”

Otra razón para que las libélulas se tomen el sexo tan en serio es que si no lo hacen bien, la hembra no será capaz de poner ningún huevo y, cuando llegue la primavera, no habrá ningún bebé libélula sacando la cabeza de su capullo (suponiendo que las libélulas hagan capullos) y sosteniéndose en sus temblorosas patitas y parpadeando adormilado con sus 4.968.938.109.944 ojos y extendiendo sus sutiles alas y asomándose cautelosamente al borde de la rama y cayendo al vacío y *ñac*, siendo engullido por el señor Pajarito, quien ha estado aguardando este momento todo el invierno.

Así pues, he aquí por qué es tan importante para las libélulas alumbrar a una inmensa prole, cosa que las obliga a tener un montón de relaciones sexuales. Esto es válido para casi todas las especies y, por lo general, corresponde al macho tomar la iniciativa en el acto sexual (la naturaleza no se atreve a dejar esto en manos de las hembras porque las más de las veces éstas tienen jaqueca).

Los machos se toman esta responsabilidad muy en serio. En muchas especies, los machos desarrollan una coloración llamativa y asisten a escuelas especiales donde aprenden complejos rituales de apareamiento diseñados para atraer a las hembras. Pensemos en el comportamiento del escasísimo hurón contratista moteado. Cuando el macho de esta especie avista a una hembra, echa a correr en círculos emitiendo un ruido que suena como *juiip! juiip!* mientras va recogiendo palitos que luego ensambla concienzudamente usando tierra mezclada con saliva a modo de argamasa, hasta crear una pequeña estructura cuya forma recuerda bastante la de un diván. Esta tarea a menudo le lleva unas cuatro horas, al cabo de las cuales la hembra se acercará, emitirá un ruido que suena como *pfah* y se irá correteando hacia el bosque puesto que lo último que necesita es un mueble feo hecho con escupitajos. De ahí que este tipo de hurón sea tan escaso.

Pero la cuestión es que el macho lo intenta. Cree que tener relaciones sexuales es la razón biológica fundamental de su existencia. Todos los tios lo creen. A los tios los acusan de que sólo quieren echar un polvo tras otro pero lo cierto es que nos han encomendado una responsabilidad de extrema importancia –la mismísima supervivencia de la especie-, y vaya si vamos a asumirla, aunque ello signifique que debemos intentar tener un montón de relaciones sexuales.

No nos lo agradezcáis, sólo cumplimos con nuestro deber.

Los tios de ciertas especies se toman esta responsabilidad tan en serio que intentarán tener relaciones sexuales con *cualquier cosa*. Estoy mirando la página de un libro de biología donde hay un pie de foto que reza: “La conducta sexual indiscriminada es común entre los machos”. Encima de esta leyenda hay dos fotos. La primera muestra a un sapo tío tratando de copular con un dedo humano. No me lo estoy inventando. El pie de foto reza: “Un sapo macho agarra un dedo como si fuera una hembra de su especie”. Y, en efecto, el sapo está literalmente abrazado al dedo, mostrándose muy apasionado para ser un sapo. Está tan decidido a tener una relación sexual que ni siquiera ha reparado en que su pareja no es, técnicamente, un sapo, ni en que está pegado a un organismo que tendrá dos mil veces su tamaño. ¡No le importa! ¡Está echando un polvo!

Y es hartito probable que ya esté pensando en montárselo con el pulgar.

Ahora bien, si crees que eso es un ejemplo típico de conducta sexual indiscriminada, espera a ver lo que muestra la segunda foto de este libro de biología. El pie de foto reza: “Un escarabajo venenoso australiano intenta copular con una botella de cerveza”.

En efecto, ahí está el escarabajo tío, tirándose a una botella que no parece ni remotamente un escarabajo hembra. Parece una botella de cerveza; de hecho, parece una botella de cerveza fea. Pero este escarabajo tío parece estar tirándosela con gran entusiasmo y, lo que es más, es muy probable que luego alardee de ello ante los demás escarabajos tios.

-Bueno –será el mensaje que comunicará, moviendo las antenas de modo jactancioso-, ¿sabéis a quién me he llevado hoy al huerto?

Y entonces señalarà con la cabeza de modo elocuente hacia la botella de cerveza.

-¡Maldita sea! –exclamaràn los escarabajos tìos, agitando las antenas con envidia-. ¡Llevo meses intentando ligàrmela!

Hay infinitos ejemplos de lo que son capaces los tìos de otras especies con tal de tener relaciones sexuales. Una vez lei que existe una especie de pez en la que el macho es mucho màs pequeño que la hembra y, cuando se aparea, se queda permanentemente pegado a ella, y entonces ella va absorbiéndolo hasta que èl termina pasando a formar parte de su cuerpo, como un mero apéndice, un poco como quienquiera que estè actualmente casado con Elizabeth Taylor. Y pensar que hay tìos que renuncian a un montòn de cosas por culpa del sexo. A este pez tìo se le han acabado los días felices de holgazanear por el arrecife con los demás tìos.

Y no nos olvidemos de las babosas bananeras. Aunque a decir verdad, desearès olvidar las babosas bananeras en cuanto te enteres de còmo se separan a veces después de tener una relación sexual, según un fascinante libro titulado *La babosa bananera*, escrito por Alice Bryant Harper y que me remitió el avisado lector John W. Glendening. Este libro cuenta que las babosas bananeras tienen órganos sexuales muy grandes (para ser babosas, entiéndase) y que, a veces, después del acto sexual, se quedan pegadas una a la otra y, para volver a separarse,

ATENCIÓN

Las Autoridades Sanitarias advierten que el resto de esta frase no deben leerlo tìos del gènero masculino.

Roen por turnos el pene.

Asì pues, la conclusión que cabe extraer de este detallado estudio del reino animal es que en su hábitat natural los tìos, debido a la inmensa responsabilidad de perpetuar la especie:

- 1- Tendrán relaciones sexuales con cualquier cosa.
- 2- Harán cualquier cosa para tener relaciones sexuales.

Por supuesto, los seres humanos, como especie, han dejado de estar sujetos a la clase de amenazas a que se enfrentan los animales en estado salvaje. Gracias a los avances de la medicina moderna como la anestesia, los antibióticos y los trasplantes de órganos, muy pocos seres humanos nacidos durante la segunda mitad del siglo XX han acabado siendo pastos de los pajaritos. No obstante, el instinto básico reproductor subyacente en los tios sigue presente y es tan poderoso como siempre.

Con esto no estoy sugiriendo que los tios humanos sean tan sexualmente indiscriminados como los sapos y escarabajos. Lo que afirmo es que los tios humanos son capaces de ser mucho más indiscriminados. Si alguien no me cree, debería pasar un tiempo observando a los tios en los bares. Al principio se muestran un poco comedidos pero después de unas cuantas copas son capaces de insinuarse a mujeres que en realidad no les resultan nada atractivas, o a las esposas de otros tios, o a una monja, o a cualquier cabeza de ganado razonablemente bien cuidada. (“Camarero. Póngale a esta señorita un poco de heno”).

No estoy diciendo que las mujeres no piensen en el sexo también. lo que digo es que las mujeres son capaces, al menos durante breves periodos de tiempo, de no pensar en el sexo, a diferencia de la mayoría de los tios. De ahí que cuando una mujer atractiva pasa cerca de un grupo de tios, no importa en qué actividad estén enfrascados, éstos sufrirán un ataque de Congelación Cerebral Inducida por la Lujuria (COCIL):

Experto en desactivación de bombas (con premura pero con temple):

-Muy bien. Tenemos quince segundos para anular el circuito del temporizador. A la de tres, conectaré la toma auxiliar y tú provocarás un cortocircuito en estos contactos, ¿de acuerdo?

Segundo experto:

-De acuerdo.

Primer experto:

-Muy bien. Uno, dos... (pasa una mujer atractiva) ¡Uau!

Segundo experto:

-Menudo bombón.

Primer experto:

-Mmm. Está para comérsela.

Segundo experto:

-¡Ya lo creo!

Primer experto:

-¡Uau, mamita!

Segundo experto:

-¡Ven con tu papaíto!

Bomba:

¡Bum!

Quizá pienses que estoy exagerando. Quizá pienses que los tios inteligentes no pueden verse inducidos a estos niveles de babeante idiotez por culpa de la lujuria. Pues bien, durante la campaña del Partido Demócrata para las primarias presidenciales de 1988, el candidato Gary Hart, a quien todo el mundo considera una Brillante Mente Política, tuvo que afrontar el siguiente dilema:

Por un lado, aquí se me brinda una muy buena oportunidad para convertirme en el candidato demócrata a la presidencia y una posibilidad razonable de convertirme en presidente de los Estados Unidos, la persona más poderosa de la Tierra, capaz de influir sobre las vidas de literalmente miles de millones de personas y cambiar el curso de la historia.

Por el otro, puedo tener a un bombón sentado en mi regazo.

¡Ni comparación! ¡La Congelación Cerebral Inducida por la Lujuria triunfa de nuevo!

Quiero hacer hincapié en que no estoy diciendo que los tios sean estúpidos. Estoy diciendo que, debido a sutiles y complejas reacciones químicas que tienen lugar en sus cuerpos, los tios actúan estúpidamente.

El principal ingrediente que interviene en estas reacciones, como sin duda sabrás, es una sustancia que producen los tios llamada testosterona. Pero lo que quizá no sepas es que en realidad la

testosterona es ilegal. Yo me enterè cuando recibì la carta de un lector llamado Richard Watkins, que es mèdico y me enviò un espeluznante documento relacionado con la Ley de Control de Esteroides Anabòlicos.

Los esteroides son sustancias que algunos tios se meten en el cuerpo en un intento de desarrollar mùsculos voluminosos, tensos y bien definidos como los que lucìa Michael Keaton cuando hizo de Batman. Esto es una tonterìa, pues las mujeres no se sienten atraídas por los mùsculos voluminosos, tensos y bien definidos. Las mujeres prefieren un tipo de físico masculino màs parecido al mío, de silueta màs flàcida, redondeada y aerodinàmica, similar a la del Ford Taurus familiar que tuvo tanto èxito. Este físico ha inspirado toda una línea de pantalones informales para tios maduros, que se comercializan con el nombre de "Dockers" porque los de marketing no consideraron acertado lanzarlos al mercado llamándolos por su nombre: "Pantalones para hombres con mucho trasero".

Pero volvamos a los esteroides. El caso es que presentan muchos efectos secundarios perniciosos, aunque los investigadores tardaron años en descubrirlos. Juntaban a un grupo de consumidores de esteroides y preguntaban: "Muy bien, quien haya padecido efectos secundarios perniciosos que levante la mano". Los consumidores de esteroides se esforzaban y gruñian como búfalos en pleno parto pero, debido a su exagerada musculatura, no podían levantar la mano màs arriba de la cintura. Muchos de ellos tenían que pulsar los botones del ascensor con la frente.

El resultado fue que los investigadores no tenían ni idea sobre qué clase de problemas causaban los esteroides, hasta que un buen día se les ocurrió pedir respuestas verbales. Entonces descubrieron la espantosa realidad: los esteroides pueden causar que los hombres desarrollen un marcado acento austriaco. Esto fue lo que le ocurrió a Arnold Schwarzenegger, quien en realidad nació y se criò en Topeka, Kansas, y hablaba como un estadounidense normal hasta que consumió esteroides para muscular su cuerpo en tal medida que la Oficina del Censo le clasificò legalmente como "equipo para la construcción".

En fin, sea como fuere, el gobierno està tomando medidas enérgicas contra los esteroides. Yo pensaba que era buena idea hasta que escribí una carta al doctor Watkins, escrita en un formulario de reconocimiento mèdico de un hospital, en el apartado “Queja principal y enfermedad real”.

“Heme aquí –escribiò el doctor Watkins-, sentado con mi bata de mèdico a la espera de que ocurra una emergencia y de pronto me llega un memorándum: El 27 de febrero de 1991 la testosterona fue declarada sustancia controlada, igual que la heroína”.

Mi primera reacción fue pensar que el doctor Watkins había estado llevando el estetoscopio demasiado apretado. Pero resulta que sòlo decía la pura verdad. En su carta adjuntò un documento fidedigno donde se relacionaban los diversos tipos de esteroides anabólicos controlados por el gobierno y la testosterona figura en la lista.

Esto plantea un grave problema legal puesto que muchos tíos, incluyendo a varios destacados miembros del Tribunal Supremo, andan tranquilamente por ahì estando en posesión de testosterona. No pueden hacer nada al respecto. Como dice el doctor Watkins en terminología mèdica, la testosterona es “una sustancia que rezuman los órganos que usted ya sabe”.

Asì pues, tal como interpreto yo este documento, ser tío es básicamente ilegal. Cosa que para mì no deja de tener sentido. La testosterona es una sustancia peligrosa. Aparte de inducir conductas sexuales indiscriminadas, puede tener como resultado que los tíos se las den de machotes.

Tíos macho.

Los tíos comienzan a hacerse el macho a muy temprana edad. Cualquier progenitor te dirà que los bebès niña por lo general dan muestras de una ingenua curiosidad por el mundo, mientras que los bebès niño por lo general intentan destruirlo. En cuanto dan sus primeros pasos, las niñas se esfuerzan por comunicarse e imitar la conducta de otros miembros de la familia, mientras que los niños que comienzan a caminar se imaginan que son enormes dinosaurios

carnívoros y van pisando fuerte por toda la casa, con los pañales puestos, intentando morder al perro.

Naturalmente, estoy hablando de tíos muy jóvenes. A medida que los tíos van creciendo y producen más testosterona, devienen más inmaduros. Esto es especialmente cierto cuando van al volante de un automóvil. Una mañana iba yo conduciendo tranquilamente por la Interestatal 95 de Miami, donde por cierto debería haber una señal que dijera:

ATENCIÓN

NIVELES DE TESTOSTERONA EXTREMADAMENTE ALTOS EN LOS PRÒXIMOS 25 KILÒMETROS

En el carril de la izquierda, uno detrás de otro, iban dos hombres de mediana edad muy bien vestidos, ambos al volante de vehículos de lujo equipados con teléfono. Parecían ejecutivos responsables, probablemente llamados Roger, con buenos empleos y estupendas familias y calvicies típicamente masculinas, la clase de tíos cuya actividad física más violenta es usar la grapadora.

Conducían con normalidad, con la salvedad de que el tío que iba delante, Roger Uno, tenía la poca consideración de ir a sólo cien kilómetros por hora, cosa que en Miami es el límite de velocidad que suele observarse en los túneles de lavado. De modo que Roger Dos frenó detrás de Roger Uno hasta que ambos coches quedaron a una distancia aproximada de un electrón, y tocó el claxon.

Naturalmente, Roger Uno no iba a consentir algo así. Dejar que un tío te toque el claxon viene a ser como admitir que tiene una grapadora más grande que la tuya. De modo que Roger Uno pisó a fondo el freno, obligando a Roger Dos a dar un volantazo y salirse al arcén, donde, haciendo gala de un aplomo increíble ante las emergencias, fue capaz de hacer gestos obscenos con las dos manos.

Llegados a este punto, los dos Rogers aceleraron hasta unos doscientos treinta y cinco kilómetros por hora y comenzaron a zigzaguear a lo bestia de un carril a otro entre el denso tráfico de la

hora punta, poniendo muchas vidas en peligro mientras se iban adelantando uno al otro, gritando y dejando perdidos de saliva sus salpicaderos de nogal. Enseguida los perdí de vista, pero apuesto a que ninguno de los dos se echò atrás. Sus compañeros de trabajo probablemente se preguntaban què les había ocurrido.

“¿Dònde diablos està Roger?” Dijeron probablemente, entrada la mañana, sin saber que, mientras decían eso, los dos Rogers seguían batiéndose en duelo, aùn separados por escasos centímetros, a tiro de piedra de la frontera con Canadá.

Este comportamiento no es nada insólito entre los tios. Una vez, durante un atasco en Washington D.C., presenciè còmo dos tios que también conducían buenos coches llegaron a un punto en el que sus respectivos carriles confluían. Pero ni el uno ni el otro cedieron el paso, de modo que, muy lentamente –quizà estemos hablando de dos kilómetros por hora- se empotraron. Fue el accidente màs evitable del mundo pero aquellos tios no tenian elecciòn. La testosterona les hizo chocar del mismo modo que, en el reino animal, la testosterona controla el comportamiento de los alces macho, quienes, en lugar de echarlo a cara o cruz, entrechocaràn sus cabezas durante horas para ver cuàl de los dos se aparee con el alce hembra, que se mantiene al margen del enfrentamiento limándose las uñas y preguntándose còmo es posible que pertenezca a semejante especie de tarados, hasta que al cabo de un rato se aburre y se va a la cama. Entretanto, los alces tìo siguen dándose topetazos hasta que uno de ellos finalmente gana, aunque a estas alturas tiene el cerebro tan hecho polvo que, llevado por la confusiòn, se aparearà con lo primero que encuentre, aunque sea un arbusto.

Èsta es, por supuesto, la gran ironía de la conducta del tìo: las mujeres nunca han dado muestras de quedar impresionadas con ella. Rara vez oiràs a una mujer decir cosas como: “Norman, cuando aquella màquina expendedora no te dio la chocolatina y le arreaste aquel puñetazo tan fuerte que te rompiste la mano y tuvimos que ir al hospital en vez de a la boda de la hija de mi mejor amiga, me invadió una lujuria tan portentosa hacia ti que por poco no me desnudo en la

sala de urgencias”. No, una mujer es mucho màs probable que diga: “Norman, tienes el cerebro de un mosquito”.

Ningún tío es inmune a la presión de la testosterona. Una vez, en Nueva York, iba en un coche que conducía Calvin Bud Trillin, un tío genial, un gran escritor, y una de las personas màs educadas, corteses y finas que conozco. Estaba aguardando a que otro conductor dejara libre una plaza del aparcamiento cuando un tercer conductor comenzó a adelantarnos. Yo pensé que simplemente quería pasar, igual que la esposa de Bud, Alice, pero Bud tuvo la certidumbre de que aquel conductor quería arrebatárle su plaza de aparcamiento, de modo que tocò el claxon y gesticulò con enojo. Esto condujo al siguiente diálogo entre Alice y Bud:

ALICE: Bud, sòlo quiere pasar.

BUD (levantando la voz): Es un saco de mierda, Alice, y quiere quitarme el sitio.

Por suerte el otro conductor siguió su camino, lo cual significò que Bud no tuvo que seguir insultándolo. Lo que hizo Bud no fue màs que manifestar su instinto territorial. Este rasgo también se remonta a los tiempos primitivos, cuando los tìos necesitaban una porción de tierra determinada para tener donde cazar, pescar, escupir, etc. claro que aquello era el Upper East Side de Manhattan y la plaza de aparcamiento no estaba repleta de caza. Màs bien estaba repleta de colillas de Marlboro. Pero para un tío el territorio es el territorio. Bud se vio dominado por el mismo instinto que hace que los perro tío marquen su territorio haciendo pipì. Enseña cualquier sitio a un perro tío –el monte McKinley, el desierto del Gobi, el Partenòn- y su reacción inmediata será: “¡Màs vale que eche una meada aquí!”.

Todo perro tío que se precie cree firmemente que si hace pipì en la cantidad de territorio suficiente, será declarado Perro Macho Dominante de la Tierra Entera, y recibirà una placa además de valiosos premios caninos, como una bolsa de ardillas muertas.

Se trata esencialmente del mismo instinto que determina la política exterior de Estados Unidos, salvo que en lugar de hacer pipì en países extranjeros, les damos dinero o les arrojamos bombas, a veces simultáneamente. Por consiguiente, vemos que la testosterona puede

conducir a algunas formas de conducta masculina muy destructivas, siendo las peores:

- 1- La guerra.
- 2- El bricolaje.

Es un hecho bien conocido que incluso un hombre con un nivel de testosterona moderado preferirà perforarse la mano con un taladro (cosa que probablemente conseguirà) antes que reconocer, sobre todo a su esposa, que no sabe hacer algo. Pon a un marido corriente en un transbordador espacial y en cuestión de minutos le estará diciendo a su esposa que vaya si va a reparar los mòdulos retropropulsores, porque si avisas a la NASA para que lo haga te cobrarà un ojo y un riñòn. Yo mismo he destruido bastantes habitaciones en perfecto estado al emprender frenèticos esfuerzos –inducidos por la testosterona- para arreglarlas, pese al hecho de que tengo la destreza manual de una ostra. Dentro de cientos de años, los arqueólogos contemplaràn mis chapuzas y diràn: “Todo indica que esta civilización fue arrasada por una terrible catástrofe natural en la que intervino el yeso”.

Estudiaremos algunos de estos asuntos con màs detalle en otros capítulos de este libro, pero lo que estoy tratando de decir ahora es que cuando veamos a tìos que actúan a la manera de los tìos, no debemos juzgarlos con demasiada severidad. Debemos verlos tal como vemos a otras criaturas de la naturaleza, como por ejemplo los cròtalos. Hacen cosas que parecen inadecuadas en un mundo civilizado, pero en realidad se limitan a seguir pautas de conducta arraigadas en su ser desde hace eones. Si nos mostramos pacientes y comprensivos con ellos, si procuramos entender por què son como son, puede que logremos modificar su comportamiento y ponerlos màs en sintonía con la sociedad moderna.

Pero cuidado: me estoy refiriendo exclusivamente a los cròtalos. Los tìos humanos no tenemos remedio.

EL DESARROLLO SOCIAL DE LOS TÌOS

La naturaleza no debería pagar el pato sola.

Hasta ahora he demostrado, valiéndome de abundante documentación científica, que existen poderosas razones biológicas subyacentes que explican por qué los tìos actúan del modo en que lo hacen en lugar de actuar como seres humanos.

Ahora bien, la sociedad también pone de su parte para determinar la conducta de los tìos. Este proceso comienza en el mismísimo nacimiento, cuando el minúsculo bebè tìo aùn està saliendo de la madre, a quien el mèdico anuncia que es un niño y ella, con una expresión clásica de alegría maternal, responde:

“ARGHHHHHHHHHHHHHHH.”

No se siente demasiado bien, que digamos, pues el bebè no es tan pequeño comparado con el orificio por el que està saliendo. El parto, como fenómeno estrictamente físico, es comparable a conducir un tráiler por el interior de la cámara de un neumático.

Pero a lo que voy es que ya desde el momento en que el bebè varòn està ingresando en el mundo exterior, comienzan a serle inculcados los atributos de ser tìo, debido a la forma en que lo tratan sus progenitores, en particular su padre. Algunos padres intentaràn enseñar a sus hijos a jugar al fútbol en la mismísima sala de partos. (¡No, hijo! ¡Mantèn la pelota apartada del cordòn umbilical!). este proceso continúa cuando el bebè llega a casa y sus padres le dan un montòn de juguetes estereotipadamente masculinos para que juegue. Es tan triste como cierto, pero incluso en la actualidad a los bebès niño se les suelen regalar juguetes que hacen hincapié en el poder y la dominación, como los camiones, los aviones y los trenes, mientras que a las niñas se les suelen regalar juguetes que hacen hincapié en la crianza y el sacrificio, como las muñecas con nombres como Bebè Vomitador.

Cuesta lo suyo no caer en la trampa de los juguetes estereotipados. Cuando nació mi hijo Rob, me dije que sòlo debía tener juguetes políticamente correctos, respetuosos con el medio ambiente y de gènero neutro, como una peonza de madera de un árbol que no estuviera en

peligro de extinción o un tofu reciclado. Con la sincera determinación de comprar algo según esas premisas, me dirigí a una tienda de la cadena Toys R` us. A Bid Industry donde, lo confieso con sincera vergüenza, lo que en realidad compré fue un tanque dirigido por control remoto. No lo pude evitar. Era un tanque realmente bueno. Tenía una torreta móvil y orugas de verdad, de modo que podía salvar toda clase de obstáculos, como libros, cojines o el propio Rob, quien, siendo todavía un bebé con la misma habilidad motora que una sandía, era incapaz de manejar el tanque personalmente. Así que yo tenía que manejarlo por él, cosa que hacía en cuanto tenía ocasión, dado que, a juzgar por el aumento de su babeo, parecía pasarlo en grande.

Esto mismo fue lo que me dio a entender que le gustaba el tren eléctrico.

Por tanto, vemos que incluso los padres sensibles y conscientes como yo pueden contribuir a la conversión de un bebé varón en tío. Aunque creo que eso ocurriría de todos modos, pues todo indica que por naturaleza los niños pequeños se pirran por el poder. A Rob, por ejemplo, desde muy temprana edad le encantaron los camiones grandes. Le encantaban incluso antes de poder pronunciar las palabras camión y grande. Cuando veía un camión grande, decía algo que sonaba como añòn ande. Lo decía mucho porque estaba obsesionado. Sólo tenía ojos para los camiones. Ya podíamos estar en el centro de Manhattan poco antes de Navidad, caminando bajo rascacielos espectaculares, pasando ante preciosos escaparates de los grandes almacenes, con música sonando por todas partes y un Papà Noel haciendo sonar la campanilla en cada esquina, que toda la atención de Rob se dirigía a un camión de la basura.

¡Añòn ande!, me decía, señalándolo.

¡Añòn ande!, informaba a los peatones elegidos al azar.

¡Añòn ande!, anunciaba al mundo en general, repitiéndolo 1.743 veces por si acaso algún desdichado no había reparado en su increíble capacidad de observación. Y yo tenía que quedarme allí plantado un cuarto de hora, muerto de frío, admirando aquella apestosa carraca cubierta de porquería y conviniendo una y otra vez que, en efecto, para ser un “añòn” era extremadamente “ande”.

Luego vino la etapa de los dinosaurios. A Rob le gustaron incluso más de lo que le habían gustado los camiones, y no creo que se debiera a que los dinosaurios fuesen fascinantes criaturas variopintas cuyos restos fósiles pueden enseñarnos mucho sobre la rica historia biológica de nuestro aún misterioso planeta. Pienso que le gustaban porque eran capaces de pisar al enemigo y dejarlo más aplastado que una pizza barata. El poder, eso es lo que los dinosaurios simbolizaban: estamos hablando de unas criaturas descomunales, de doce metros de altura, con garras aterradoras y fauces enormes; criaturas que ejercían la dominación física absoluta sobre todas las demás formas de vida; criaturas que no tenían que irse a la cama salvo si les apetecía. Muchas noches de días laborables yo estaba exhausto, desesperado por irme a dormir, pero me era imposible hacerlo porque un Tyrannosaurus rex, menudo pero feroz, rugía hecho una furia por toda la casa, agitando el chupete con enojo, declarando que no estaba nada cansado.

De modo que supongo que era inevitable que Rob se interesara por los juguetes de poder y dominación. En este punto quiero dejar bien claro que, como persona esencialmente no violenta que jamás ha estado en posesión de ningún arma, yo no le compré armas de juguete. Pero eso no significa que Rob no tuviera armas de juguete; de hecho, a los cuatro años ya tenía suficientes como para conquistar una nación de juguete del tamaño de Francia. No sé de dónde salieron. Simplemente aparecieron en mi casa, así como en las casas de todos mis amigos no violentos con hijos. Se me ocurre que igual el Hada de las Armas averigua dónde viven los niños pequeños y viene por la noche, vestida de camuflaje, para repartir a diestro y siniestro Pistolas Nucleares de Rayos Letales a pilas (huelga decir que el Hada de las Armas nunca deja pilas).

Los dibujos animados dirigidos a los niños pequeños tampoco es que ayuden mucho. Están infestados de personajes que tienen bíceps del tamaño de un cerdo galardonado y nombres como Comandante Brok Gónada y sus Verdugos Justicieros. En un esfuerzo por complacer a las agencias reguladoras gubernamentales y a los expertos en psicología infantil, estos programas fingen abordar temas que elevan el espíritu, como la tolerancia racial, la conciencia ecológica y la no violencia, aunque de hecho casi siempre presentan conductas machistas:

COMANDANTE GÒNADA: ¡Vaya, sargento, me parece que tenemos compañía!

SARGENTO ESTEROIDE: ¡Es Àntrax, el malvado villano del planeta Polución! ¡Le importa un bledo el medio ambiente! Y me parece que tiene...

ÀNTRAX: ¡Exacto, estúpidos cretinos! ¡Tengo el Envase de Laca Gigante Emisor de Fluorocarbono Atómico Mortal! ¡Voy a rociar la Tierra entera y destruiré a todo bicho viviente!

SARGENTO ESTEROIDE: ¡Vaya! Eso significará...

ÀNTRAX: ¡Sí! ¡Eso significará la extinción del búho moteado! ¡Ja,ja,ja,ja!

COMANDANTE GÒNADA: ¡Tenemos que impedirselo! Con medios no violentos siempre que sea posible. ¡Escucha, Àntrax! ¡Sé razonable!

ÀNTRAX: ¡No!

COMANDANTE GÒNADA: ¡Muy bien, pues! ¡Tú lo has querido! (Muele a palos a Àntrax)

SARGENTO ESTEROIDE: ¡Uau! ¡Salvados por los pelos!

COMANDANTE GÒNADA: ¡Sí, sargento! Todas las especies son importantes, por eso tenemos que proteger nuestro planeta y reciclar siempre que sea posible y tomar comidas abundantes sin olvidar los cereales para el desayuno que se anuncian sin cesar durante este programa.

SARGENTO ESTEROIDE: ¡Imprescindibles para el desayuno completo! Por cierto, los muñecos articulados basados en nuestros personajes ya se encuentran en todas las jugueterías. ¡Y se venden por separado!

COMANDANTE GÒNADA: ¡Colecciónalos! Y hablando de personajes fabricados bajo licencia, ¡mirad quién está aquí! ¡Es el cabo Detalle!

CABO DETALLE: ¡En efecto! ¡Y por favor, fijaos en que soy afroamericano!

COMANDANTE GÒNADA: ¡Eso está muy bien! ¡Y aquí tenemos a la Teniente Mujer!

TENIENTE MUJER: hablando de búhos, ¡observad que tengo una delantera anatómicamente imposible!

Èste es el tipo de programa que veìa mi hijo. Y no me vengas con que podrìa haberse evitado prohibiéndole ver televisiòn. Los niños modernos no necesitan un medio como el televisor. La raza humana ha evolucionado hasta tal punto que los niños pueden recibir las mismas emisiones de ondas directamente de la atmòsfera, del mismo modo que son capaces de programar aparatos de vido y poner en hora relojes digitales sin leer las instrucciones.

Durante un par de años mi hijo estuvo subyugado por un héroe de televisiòn y personaje fabricado bajo licencia llamado He-Man. Rob tenía sàbanas de He-Man en la cama y llevaba ropa interior de He-Man. Por descontado, también tenía una vasta colecciòn de muñecos articulados de He-Man, todos ellos ridículamente musculosos y desfigurados de diferentes maneras para reflejar sus respectivos poderes, reflejados a su vez en su nombre. Uno de ellos tenía alas como de insecto que le permitian volar; era Buzz-Off. Otro tenía una raya como de mofeta a lo largo de la espalda y emitìa un aroma desagradable; se llamaba Stinker (y no me estoy inventando estos muñecos articulados.

Creo que llegó un momento en el que tenía màs dinero invertido en los muñecos articulados He-Man que en mi plan de pensiones. Rob estaba decidido a coleccionar todos los muñecos, cosa por supuesto imposible ya que, por màs que comprara, las personas que creaban estas cosas –me las imaginaba como un montòn de tios calvos y rechonchos cuya idea de un autèntico reto físico serìa poner una conferencia- seguían sacando nuevos modelos. Me costaba trabajo seguir la pista de los que Rob ya tenía y de los nuevos que màs deseaba. Cuando se acercaba su cumpleaños o la Navidad, pasaba largos ratos en el pasillo dedicado a los He-Man en los grandes almacenes, rascándome la cabeza ante el inmenso despliegue de muñecos, a veces consultando con otros padres:

YO: perdone , pero ¿Man-at-Arms es el que dispara el gancho sujeto a una cuerda y puede colgarse de las cosas?

SEGUNDO PADRE: No, me parece que Man-at-Arms es el compañoero de Skeletor.

TERCER PADRE: No, Man-at-Arms no puede ser el compañoero de Skeletor. Man-at-Arms es de los buenos. Es el compañoero de He-Man.

SEGUNDO PADRE: Entonces, ¿cuál es el compañero de He-Man?

TERCER PADRE: Creo que se llama DungHeap o algo así.

YO: ¿Èse es el que echa chorros de pasta marròn por ambos extremos?

SEGUNDO PADRE: No, me parece que èse es WormLord.

TERCER PADRE: ¿Y va con los buenos?

CUARTO PADRE: Yo diría que no, porque es amigo de ese como se llame, el que tiene una cara que espanta y brazos gigantescos con garras pero le da miedo la mantequilla derretida.

QUINTO PADRE: Lob-Stor.

SEGUNDO PADRE: Esto es muy complicado. Mejor vayamos al bar.

Eso es lo que tendríamos que haber hecho, pero en cambio lo que hicimos fue llevar màs muñecos articulados He-Man a casa, que ya estaba invadida. Allí donde mirabas veías uno: en el suelo, sobre un mueble, aferrado a las cortinas, en actitud desafiante encima de la tapa del váter, etc. Estaba prohibido moverlos, pues Rob los había situado cuidadosamente para que cada uno desempeñara una función concreta en una gigantesca batalla de muñecos articulados que se prolongò, si no me falla la memoria, durante tres años.

La batalla consistía mayormente en el intercambio de frases dramáticas entre los archienemigos He-Man y Skeletor con la voz màs grave que Rob era capaz de impostar a sus cuatro años, usando ese lenguaje afectado tan extendido entre los dialoguistas de pacotilla de los dibujos animados:

SKELETOR: ¡He-Man, vas a morir y el Castillo de Greyskull será todo mío!

HE-MAN: ¡Creo que no! (arrea un golpe a Skeletor, lanzándolo a unos tres metros, lo que equivale a 75 metros en la escala de los muñecos articulados)

SKELETOR: ¡Vas a pagar por esto, He-Man!

HE-MAN: ¡Creo que no! (Skeletor sale despedido otros 75 metros)

Aunque Skeletor era el ser más malvado del universo, me daba un poco de lástima. Recibió un sinnúmero de castigos físicos. Fue arrojado por ventanas, aplastado contra puertas, arrollado por un triciclo, congelado en el congelador, sumergido en la papilla de Rob. Pero siguió volviendo a por más.

Con esto me refiero a que los juguetes que se lanzan al mercado infantil, igual que los programas de televisión, tienden a alentar la naturaleza ya de por sí agresiva de los niños, lo cual tal vez explique por qué los niños pasan tanto tiempo comportándose como, según los psicólogos mejor cualificados, memos. Aunque también podría ser que los niños nazcan con alguna clase de gen memo y que la industria de los juguetes y la televisión no haga más que sacar tajada de semejante filón. Sea cual sea la causa, lo que me consta es que he pasado mucho tiempo envidiando a los padres de niñas. Llevé a mi hijo y a sus amigos a un Burger King y había una mesa con un grupo de niñas que comían y conversaban como si fuesen seres humanos en miniatura. Mientras que mi hijo y sus amigos parecían tener una especie de conexión en el sistema nervioso entre la boca y las manos que les impedía comer sin darse de puñetazos. Comer con ellos fue tan relajante como ponerse en manos de un aficionado para que te opere el globo ocular.

-Dejad de golpearos –les decía yo.

Intentaban dejar de hacerlo y a veces lo conseguían por espacio de 0,00014 segundos. Acto seguido, el Reflejo Golpeador se apoderaba otra vez de sus diminutos circuitos mentales.

-¡Dejad de golpearos! –repetía.

-¡No nos estamos golpeando! –decían, sin dejar de golpearse.

-¡¡Si que os estáis golpeando!! –grité, escupiendo trozos de hamburguesa semimasticada-. ¡¡Estoy viendo cómo os golpeáis!! ¡¡Basta ya de golpes!! ¡¡Y dejad de hacer burbujas con los batidos!! ¡¡Y dejad de arrojaros las bolsitas de ketchup!! ¡¡Comed y callad!!

Me miraron como si hubiese perdido el juicio. En su opinión, si sólo íbamos a comer, ¿qué sentido tenía ir a un restaurante?

Entonces miré hacia la mesa de las niñas, que estaban charlando y se pasaban amablemente las servilletas unas a otras, y me pregunté cómo

era posible que hubiéramos permitido que mi género asumiera el control de, por ejemplo, el gobierno.

A estas alturas, probablemente estès pensando: “Dave, los niños hacen otra cosa además de golpearse. Cuando llegan a la pubertad y se preparan para aceptar su papel como miembros productivos e independientes de la sociedad, comienzan a manifestar otras facetas de su personalidad, como la faceta eructadora y la faceta pedorrera”.

Cierto. Si me remonto a mi propia infancia, calculo que mis amigos y yo pasamos el 75% de las horas de la vigilia desde el 5º curso hasta el octavo eructando, tirándonos pedos o riendo histèricamente cuando alguien eructaba o se tiraba un pedo. Nunca llegamos a cansarnos de estas actividades; invariablemente nos parecían divertidas a màs no poder. Uno de mis amigos, Harry Tompkins, desarrollò la habilidad de eructar y tirarse pedos cuando se lo ordenaban, y para nosotros aquello constituìa un logro mucho màs importante que la vacuna contra la polio.

Prácticamente todos mis recuerdos de los Boy Scouts guardan relación con los pedos. Pasè varios años de Boy Scout y lleguè a alcanzar el rango de Segunda Clase aunque no me acuerdo del código Morse ni de còmo se cuelga la mochila de una cuerda para que los mapaches no te birlen la comida, ni còmo se enciende un fuego frotando dos piñas, no còmo se hacen importantes nudos tácticos con nombres como “ballestrinque”. Lo que recuerdo es estar de acampada en el bosque con la tropa de scouts a la una de la madrugada, tendido en un saco de dormir dentro de una tienda con otros tres tíos, ninguno ni por asomo adormilado debido a que estábamos la mar de entretenidos con el ritual de contarnos chistes que todos habíamos oído màs de cuatrocientas veces, como por ejemplo:

-¿Què tomaste de desayuno?

-Crema de guisantes.

-¿Què tomaste de almuerzo?

-Crema de guisantes.

-¿Què tomaste de cena?

-Crema de guisantes.

-¿Què haràs toda la noche?

-Crema de pipì.

(Risas, seguidas de gritos de ¡Silencio! Y ¡A dormir! procedentes de la tienda del monitor).

De modo que allí estábamos, tumbados, procurando reír lo más bajito posible, cuando uno de los tíos –probablemente como resultado de comer la típica comida de acampada Boy Scout, consistente en cocido de alubias recalentado, chocolate Hershey y naranjada instantánea Tang-sufrió una especie de reacción nuclear gaseosa en cadena en el intestino grueso, y se oyó un ruido como:

PPPPPPRRRRRRRRR

Y salían llamas disparadas del saco de dormir del emisor y la tienda se hinchaba violentamente, y los tres tíos restantes, en un desesperado intento por escapar antes de que la tienda se llenara de la Nube Azul Mortal, arremetíamos contra la salida, sin salir de nuestros sacos de dormir, intentando escapar todos a la vez, de modo que, vista desde fuera, la tienda parecía una estrafalaria vaina alienígena pariendo enloquecidos gusanos verdes gigantes.

-¡Ataque con gas! –gritábamos, haciendo que los mapaches soltaran nuestras tabletas Hershey.

-¡Silencio! –gritaba la tienda del monitor, pero para entonces ya estábamos completamente fuera de control, revolcándonos por el suelo, aullando, dando lugar a reacciones en cadena de risas y pedos en otras tiendas.

Ah, los Boy Scouts: ellos me convirtieron en el líder que soy en la actualidad.

Por supuesto, lo que estoy escribiendo aquí es el humor de los tíos en la pubertad. A medida que los tíos van creciendo y se vuelven más maduros, su humor empieza a reflejar y finalmente a girar en torno a un tema humano fundamental y universal que se mantendrá como el centro de su existencia durante el resto de su vida, a saber, sus partes pudendas. Los tíos están absolutamente fascinados con sus partes pudendas. No hay forma de explicar este fenómeno. O sea, resulta que las mujeres también tienen órganos sexuales; de hecho, tienen docenas de dispositivos biológicos sumamente complejos que, desenrollados, se extenderían

varios kilómetros, y son capaces de llevar a cabo increíbles hazañas de reproducción. Sin embargo, nunca oyes a una mujer que ponga nombre de mascota a sus órganos ni que los considere una fuente inagotable de humor. Pero pon a dos tíos juntos y verás que no tardan nada en contarse chistes sobre las partes pudendas, aunque se trate de tíos tan sofisticados como John Updike o yo mismo.

Las mujeres por lo general no captan la hilaridad que encierra esa clase de chiste. Yo lo atribuyo a la falta de sofisticación cómica por su parte, causada por el hecho de que, por alguna razón, las mujeres no dedican grandes zonas de su cerebro en exclusiva a la apreciación y almacenamiento de chistes. Casi todos los tíos lo hacen con sus cerebros, de ahí que sean capaces de recordar chistes que oyeron en tercer curso, mientras que no siempre consiguen recordar exactamente cuántos de sus progenitores aún siguen con vida.

Los tíos están profundamente interesados en los chistes, como bien sabrás si alguna vez has estado en contacto con la vasta y veloz Red Global de Chistes de Tíos. Se trata de un entramado mundial de tíos entregados que, en cuanto oyen un chiste nuevo, están dispuestos a dejar lo que estén haciendo, sobre todo si es trabajo, y transmitir de inmediato el chiste a otros tíos de todo el mundo a expensas de su empresa. Los tíos se toman muy en serio la responsabilidad de propagar los chistes y se enorgullecen de su capacidad para inventar y difundir chistes en respuesta a grandes tragedias como el desastre del transbordador espacial Challenger o el incendio de Texas del rancho de la secta de los Davidianos. Cuando se producen sucesos como éstos, la economía estadounidense queda prácticamente paralizada por tíos preocupados que usan todos los teléfonos, fax, módems y satélites disponibles para transmitir chistes urgentes relacionados con la nueva calamidad, como por ejemplo el de cuál es la mejor manera de recoger a una mujer en Waco (Con una aspiradora). En julio de 1991, minutos después de que la policía de Milwaukee revelara que el asesino en serie Jeffrey Dahmer había estado almacenando en su apartamento suficientes trozos de cuerpos como para formar un equipo entero de fútbol con portero incluido, había chistes sobre Dahmer volando por el mundo. Ya podías haberte ido a una región remota de la cuenca del Amazonas, donde no hay electricidad ni servicio

telefónico y todas las comunicaciones a larga distancia se realizan con tambores, que oirías el siguiente intercambio a través de la selva tropical:

PRIMER TAMBOR: Tam, tam, tam, tam. (Oye, ¿te has enterado de lo que encontraron en el congelador de Jeffrey Dahmer?)

SEGUNDO TAMBOR: Tam, tam, tam. (No, ¿què encontraron?)

PRIMER TAMBOR: Tam, tam, tam, tam. (Al pelma de nuestro hechicero.)

SEGUNDO TAMBOR: ¡Tam! (¡Ja!)

TERCER TAMBOR: ¡Tam, tam, tam! ¡Tam, tam, tam, tam, tam, tam!
(¡Eh, tìos! ¡Dejad de contar chistes con los tambores de la empresa!)

¿Por què hacen esto los tìos? ¿Por què se rien de tragedias horribles? ¿Quizà porque intentan negar la angustia y el temor que sienten cuando estas tragedias los obligan a enfrentarse a la terrible fragilidad de la existencia humana? Venga ya. Los tìos hacen esto porque están enfermos. Por eso mismo también les resulta divertido decir piropos a una monja o pasar despiertos toda la noche la víspera de una boda, desmontando el coche del novio y volviéndolo a montar dentro del nuevo apartamento que la feliz pareja ha comprado en el piso catorce. Ojo, no estoy apologizando esta clase de comportamiento; da la casualidad de que lo encuentro infantil y poco atrayente, y mi deseo es que los tìos maduren de una vez. Seguramente tÙ eres de la misma opinión, de modo que no voy a preocuparte con ese chiste estúpido y de mal gusto sobre el tìo que pesca un pez con un pene de cincuenta y cinco centímetros.

(No existe tal chiste, pero has picado)

CONSEJOS PARA LAS MUJERES

Còmo mantener una relación con un tìo.

Contrariamente a lo que muchas mujeres piensan, es bastante fácil desarrollar una relación duradera, estable, íntima y plena con un tìo. Por supuesto, este tìo tiene que ser un labrador retriever. Con tìos humanos

es extremadamente difícil. Esto se debe q que los tìos humanos en realidad no captan lo que las mujeres quieren decir con el tèrmino relación.

Pongamos que un tìo que se llama Roger se siente atraído por una mujer que se llama Elaine. Èl la invita al cine; ella acepta; se divierten bastante. Unos días después èl la invita a cenar y vuelven a pasarlo bien. Siguen viéndose regularmente y al cabo de un tiempo ninguno de los dos està viéndose con otra persona.

Y entonces una noche, mientras van en coche, Elaine, sin detenerse a pensarlo, dice en voz alta:

-¿Te das cuenta de que hoy hace exactamente seis meses que salimos juntos?

Se hace el silencio en el coche. Para Elaine es un silencio atronador. Piensa: “Vaya, ¿acaso le ha molestado que se lo recuerde? Tal vez se siente limitado por nuestra relación; tal vez piensa que intento empujarle hacia alguna clase de compromiso que no desea o del que no està seguro”.

Pero Roger està pensando: “¡Caramba! Seis meses”.

Y Elaine: “La verdad, yo tampoco estoy tan segura de desear esta clase de relación. A veces me gustaría tener un poco màs de espacio para poder decidir si en realidad quiero que sigamos en esta dirección, avanzando irremisiblemente hacia... ¿hacia dònde? ¿Vamos a limitarnos a seguir viéndonos con este grado de intimidad? ¿Estamos avanzando hacia el matrimonio? ¿Hacia los hijos? ¿Hacia toda una vida juntos? ¿Estoy preparada para un compromiso así? ¿Conozco de verdad a esta persona?”.

Y Roger: “Asì pues, eso significa que era... veamos... febrero cuando empezamos a salir, justo después de que llevara el coche al taller, lo cual significa... deja que compruebe el cuentakilòmetros... ¡Caray! Hace mucho que tendría que haber cambiado el aceite”.

Y Elaine: “Està disgustado. Lo veo en su cara. ¿O lo estoy interpretando al revés? Quizás èl quiere màs de nuestra relación, màs intimidad y màs compromiso; quizás haya notado, incluso antes que yo- que tengo mis reservas al respecto. Sì, seguro que es eso. Por eso le

cuesta tanto decir algo sobre sus sentimientos: tiene miedo a ser rechazado”.

Y Roger: “Tambien les pedirè que vuelvan a mirar la transmisión. No me importa lo que me digan esos tarados, el cambio de marchas no acaba de ir bien. Y màs les vale que no intenten echarle la culpa al frìo esta vez. ¿Què frìo? Estamos a treinta grados y los cambios parecen los de un maldito camión de basura, cuando a esos cretinos incompetentes les paguè seiscientos dólares para que lo arreglasen”.

Y Elaine: “Està enfadado. No le culpo. Yo también lo estaría. Dios, me siento tan culpable... Mira que hacerle pasar por esto... Pero no puedo evitarlo. Debo reconocer que no estoy del todo segura de mis sentimientos”.

Y Roger: “Seguramente diràn que la garantía sòlo cubre tres meses. Eso me diràn, los muy cabrones”.

Y Elaine: “Quizà soy demasiado idealista por esperar que llegue mi príncipe azul montado en un corcel blanco, cuando tengo al lado a una buena persona, una persona que me importa de verdad, una persona a quien parece que le importo de verdad. Una persona que ahora està dolida por culpa de mi egoísta e infantil fantasìa romántica”.

Y Roger: “¿Querèis una garantía? Ya os darè yo garantía, vaya si lo harè. Cogerè vuestra puta garantía y os la meterè por el...”.

-Roger –dice Elaine.

-¿Què? –contesta èl sobresaltado.

-Por favor, no te atormentes así. –Y los ojos se le llenan de làgrimas-. Quizá nunca tendría que haber... Oh, Dios, me siento tan... -Se viene abajo, solloza.

-¿Tan què?

-Soy una tonta –dice ella entre sollozos-. O sea, me consta que no hay príncipe azul que valga. De verdad que lo sè. No hay príncipe ni caballo.

-¿No hay caballo? –repite Roger.

-Piensas que soy una tonta, ¿verdad?

-¡No! –contesta Roger, contento de saber por fin una respuesta correcta.

-Es sòlo que... Es que yo... necesito un poco de tiempo.

Se produce una pausa de quince segundos mientras Roger, pensando todo lo rápido que puede, busca una respuesta acertada. Por fin se le ocurre una que tal vez funcione:

-Sì –dice.

Elaine, profundamente conmovida, le toca la mano.

-Oh, Roger, ¿lo dices en serio?

-¿El què?

-Lo del tiempo –dice Elaine.

-Oh –dice Roger-. Sì.

Elaine se vuelve y lo mira fijamente a los ojos, haciendo que se ponga muy nervioso por lo que pueda decirle a continuación, sobre todo si tiene que ver con un caballo. Elaine finalmente habla.

-Gracias, Roger –dice.

-Gracias a ti –dice èl.

Entonces èl la deja en su casa y ella se tumba en la cama, con el alma atormentada por el conflicto, para llorar hasta el amanecer. Por su parte, Roger llega a la suya, coge una bolsa de Doritos, enciende la tele y se queda absorto viendo la emisión en diferido de un partido de tenis entre dos eslovacos de quienes no ha oído hablar en toda su vida. Una vocecilla le dice desde un lejano recoveco de su mente que en el coche estaba pasando algo importante, pero como sabe que le será imposible entender què, supone que será mejor no darle màs vueltas. (Èsta es también su política a propósito del hambre en el mundo).

Al dìa siguiente, Elaine llamarà a su mejor amiga, o puede que a dos de ellas, y hablaràn de la situación durante seis horas seguidas. Analizaràn concienzudamente todo lo que ella dijo y todo lo que èl dijo, repitiéndolo una y otra vez, estudiando cada palabra, cada expresión y cada gesto en busca de matices de significado, considerando todas las ramificaciones posibles. Seguirán debatiendo este tema de vez en cuando durante semanas, quizá meses, sin sacar nunca conclusiones en firme, aunque tampoco llegando a aburrirse.

Entretanto, Roger, durante un partido de frontenis con un amigo común suyo y de Elaine, hará una pausa justo antes de sacar, fruncirà el entrecejo y dirà:

-Oye, Norman, ¿sabes si Elaine alguna vez tuvo un caballo?

En este capítulo no estamos hablando de distintas longitudes de onda sino de distintos planetas situados en sistemas solares completamente distintos. Las posibilidades que tiene Elaine de comunicarse coherentemente con Roger acerca de su relación son las mismas que tiene de jugar coherentemente una partida de ajedrez con un pato. Porque la suma total de los pensamientos de Roger sobre este asunto en particular es la siguiente:

“¿Eh?”.

Las mujeres tienen dificultades para aceptar una cosa así. A pesar de los millones de años de pruebas aplastantes en el sentido contrario, las mujeres están convencidas de que los tíos por fuerza tienen que invertir cierta cantidad de tiempo en pensar acerca de la relación. ¿Cómo no van a hacerlo? ¿Cómo va un tío a ver a otro ser humano día tras día, noche tras noche, compartiendo infinidad de horas con esa persona, estableciendo una intimidad física, y no pensar en la relación? Esto es lo que las mujeres suponen.

Se equivocan. Un tío en una relación es como una hormiga encima de un neumático de camión. La hormiga es consciente, a un nivel muy básico, de que allí hay algo grande, pero no puede comprender siquiera vagamente qué es esa cosa, como tampoco la naturaleza de su implicación con ella. Y si el camión arranca y el neumático empieza a girar, la hormiga notará que está ocurriendo algo importante, pero hasta que llegue abajo y sea aplastada dejando un puntito negro, el único pensamiento definido que se formará en su diminuto cerebro será, y cito literalmente:

“¿Eh?”.

Que es exactamente lo que Roger pensará cuando Elaine explote hecha una furia a raíz de que él ha cometido uno más de los innumerables delitos que él considera insignificantes, como invitar a su cuñada a salir, que los tíos siempre cometen cuando tienen una relación porque básicamente no tienen ni idea de que la están teniendo.

“¿Cómo pudo hacerlo? –preguntará Elaine a sus amigas-. ¿En qué estaba pensando?”.

La respuesta es que no estaba pensando, en el sentido que las mujeres dan a la palabra. No puede hacerlo, ya que no posee el tipo de cerebro adecuado. Tiene un cerebro de tío, que es esencialmente un

òrgano analític resolutor de problemes. Le gusten les coses clares, medibles y concretes. No està a gust amb els conceptes nebulosos e imprecisos de tipus relacional com amor, necessitat y confiança. Si el cervell del tíu té que formar-se una opinió sobre una altra persona, prefereix tomàrsela a partir de alguna cosa concreta de aquella persona, com els seus ingressos anuals.

De manera que el cervell dels tíus no està fet per captar relacions. Encara que és bo per analitzar y resoldre problemes mecànics. Per exemple, si una parella és propietària d'una casa y vol tornar a pintar-la per poder vendre-la, probablement serà el tíu qui es encarregui d'aquest projecte. Efectuarà metòdicament totes les mesures necessàries, calcularà l'àrea total de la superfície a pintar y determinarà la capacitat de cobertura per litre de la pintura; després, utilitzant les seues dotes analítiques y matemàtiques innates, s'aplicarà a trobar una bona excusa per no pintar la casa.

“Falta molta humitat” –dirà. O bé: “He llegit que als compradors els atrau més una casa amb un munt de sucietat a la façana”.

Els tíus simplement tenen un don natural per resoldre aquest tipus de problemes. Per això sempre tenim als tíus controlant el dèficit del pressupost estatal.

Però el que estic intentant dir és que si ets dona y vols una relació satisfactoria amb un tíu, el Consell Número Un que sempre has de tenir present és: *nunca des por sentado que el tíu entén que tu y ell teniu una relació.*

El tíu no se darà compte per si mateix. Tens que inculcar-li la idea en el seu cervell fent constants referències a ella en les teues conversacions diàries. Per exemple:

-Roger, ¿me passes una galeta, ja que tenim una relació?

-¡Desperta, Roger! ¡Hi ha un intrús a la sala y tenim una relació! Tu y jo, vull dir.

-¡Bones notícies, Roger! ¡El ginecòleg diu que anem a tenir el nostre quart fill, o sea, un nou signe de que tenim una relació!

-Roger, ja que aquest avió va a estrellar-se y probablement només nos queda un minut de vida, vull que saps que hem tingut cinquanta y

tres maravillosos años de matrimonio, cosa que a todas luces constituye una relación.

Nunca os rindáis, mujeres. Machacad implacablemente este concepto y con el tiempo empezará a penetrar en el cerebro del tío. Puede que algún día incluso empiece a pensar en él por su cuenta. Estará hablando con otros tios sobre las mujeres e, inopinadamente, dirá:

“Elaine y yo tenemos, ummmm... Tenemos, ahhh... Nosotros... nosotros tenemos esa cosa”.

Y lo dirá sinceramente.

El Consejo Número Dos para mejorar la relación es: *no cuentes con que el tío contraiga un compromiso precipitado.*

Con “precipitado” quiero decir “mientras vivas”. Los tios son extremadamente reacios a comprometerse. Esto se debe a que nunca se sienten preparados. “Lo siento –dicen siempre a las mujeres-, pero aún no estoy preparado para contraer un compromiso”.

Los tios viven en un estado permanente de falta de preparación. Si fuesen pechugas de pavo, podrías meterlos en el horno a 180 grados C el cuatro de julio y ni siquiera así estarían hechos a tiempo para Navidad.

A las mujeres les cuesta comprender esto. Se preguntan cómo es posible que un tío diga que no está preparado para contraer un compromiso permanente con una mujer con la que a todas luces es compatible, una mujer con la que lleva años saliendo, una mujer que una vez llevó a su perro (de él) al veterinario en su coche nuevo (de ella) cuando sus entrañas (las del perro) empezaron a hacer ruidos extraños para luego vomitarse encima abundantemente tras haberse zampado un pastel de cumpleaños entero, velas incluidas, que ella había preparado en casa para él (el tío), siendo el resultado de todo ello que el coche apestará como los aseos de un estadio durante los próximos cinco años, al final de los cuales lo más probable es que el tío siga diciendo que no está preparado. ¿Y cómo es posible que ese mismo tío alguna vez hubiera sido capaz, a la edad de siete años, de comprometerse en una apasionada e incondicional relación con los Kansas City Royals, que ni siquiera se han dignado nunca a enviarle una triste postal?

Muchas mujeres han llegado a la conclusión de que el problema es que los tios, como grupo, tienen la madurez emocional de los hamsters.

Pues no es así. Un hámster es más capaz de establecer un compromiso duradero con una mujer, sobre todo si ésta le da esas bolitas de pienso. Mientras que un tío, en una relación, comerá bolitas de relación y correrá en la rueda de la lujuria, pero en cuanto perciba que la puerta del compromiso está a punto de cerrarse para atraparlo en la jaula de la auténtica intimidad, se escurrirá por la rendija, correteará por la cocina de la incertidumbre y se esconderá bajo la nevera de la falta de preparación.

Se trata de una conducta natural. Los tíos nacen con una enfermedad mental básica, transmitida genéticamente, que los psicólogos conocen como miedo a que si te comprometes con una mujer, algún tío sin ataduras, en alguna parte, lo estará pasando mejor que tú. De ahí que todos los tíos casados den por sentado que todos los tíos solteros llevan una vida de constante excitación en la que no faltan jacuzzis llenos de modelos internacionales desnudas; cuando, de hecho, para casi todos los tíos solteros, el clímax de una velada típica consiste en ver un publireportaje de laca mientras toman sopa de cebolla directamente del envase. (Esto también es cierto para los tíos casados, aunque según las estadísticas es bastante más probable que utilicen una cuchara).

Así pues, los tíos son extremadamente reacios a contraer compromisos, e incluso a dar algún paso que pueda conducir a un compromiso. Esto explica por qué cuando un tío sale por primera vez con una mujer y se encuentra con que realmente le gusta, suele demostrarle su afecto evitándole el resto de su vida.

Esto desconcierta a las mujeres.

“No lo entiendo –dicen-. ¡Lo pasamos estupendamente! ¿Por qué no me llama?”.

La razón es que el tío, sirviéndose del proceso de pensamiento lineal propio de los tíos, ha comprendido que si sale con ella de nuevo probablemente le gustará aún más, de modo que quedará con ella otra vez, y finalmente se enamorarán y se casarán y tendrán hijos y luego nietos y en un momento dado se jubilarán y darán la vuelta al mundo y estarán paseando cogidos de la mano por una playa espectacular de los mares del Sur, rememorando toda una vida de experiencias compartidas, y en ese momento se cruzarán con un grupo de modelos internacionales

desnudas que lo invitaràn a meterse en un jacuzzi con ellas y èl no estarà en condiciones de hacerlo.

Esto es lo que se llama Lògica Bàsica del Tio. La cual nos conduce al último y màs importante consejo para las mujeres que desean mantener una relación satisfactoria con un tio. Este Consejo Nùmero Tres reza: *no hagas que el tio se sienta amenazado.*

Los tios se sienten amenazados ante la màs ínfima insinuación de que han contraído una obligación aunque no sepan cuàl ni còmo, de modo que tienes que aprender a dar respuestas tranquilizadoras y nada intimidatorias, sobre todo en ciertas situaciones peligrosas, como se muestra en la tabla siguiente:

SITUACION	RESPUESTA AMENAZADORA	RESPUESTA NO AMENAZADORA
Conoces a un tio por primera vez.	Hola.	Soy monja.
Estàis en vuestra primera cita. El tio te pregunta por tus aspiraciones de futuro.	Bueno, me gustaría seguir con mi carrera profesional durante un tiempo, y luego casarme y quizá tener hijos.	Un vodka Collins, con bastante hielo.
Lo pasàis en grande toda la velada y el tio te pregunta si te gustaría volver a salir con èl.	Sì.	Vale, pero recuerda que sòlo me quedan tres meses de vida.
El sacerdote te pregunta si quieres tomar a ese hombre por marido en la riqueza y en la pobreza, en la salud y en la enfermedad, etc, hasta que la muerte os separe.	Sì, quiero.	Sì, claro, pero no en sentido literal.

PROBLEMAS DE TÌO

El sufrimiento.

La angustia.

El aseo de caballeros.

Uno de los mayores problemas que tienen los tìos es que muchas personas –y aquì me estoy refiriendo a las mujeres- piensan que los tìos no tienen problemas.

“¿Què problemas pueden tener? –dicen siempre las mujeres, cuando creen que no las oyen-. Los tìos no se preocupan por las relaciones. No les importa si las ventanas tienen alguna clase de limpiador de ventanas automàtico. Son incapaces de ver la suciedad o de quedarse embarazados. No es de extrañar que tengan vello facial. Pueden llevar el mismo conjunto toda la vida (para trabajar, para salir a cenar, ir a misa, al teatro, a fiestas, bodas y comuniones) y luego ser enterrados con èl. Todos sus calcetines son del mismo color. Y pueden orinar de pie”.

Sì, para los integrantes de según què gènero, la vida de los tìos parece bastante ideal. Ahora bien, bajo la plàcida superficie del tìo comùn, la confusi3n y el sufrimiento se ceban en su fuero interno. El observador externo no se da cuenta de ello. Por lo general, ni siquiera el propio tìo se da cuenta de ello, sobre todo si tiene la mente ocupada en una carrera de motos.

Pero la confusi3n y el sufrimiento siguen estando presentes incluso entonces. Porque un tìo tiene que resolver constantemente cierta clase de problemas a los que s3lo se enfrentan los tìos, y que nunca son objeto de debate en el instructivo programa televisivo de Oprah Winfrey o de Sally Jessy Raphael. Aquì estoy hablando de problemas muy graves, problemas angustiosos, problemas extremadamente complejos, problemas terribles, problemas tan desgarradores que incluso un escritor profesional tan bien formado como yo tiene dificultades para expresarlos con palabras porque, con franqueza, todavìa no he entendido en què consisten. S3lo estoy ganando tiempo para ver si se me ocurre alguno.

Vale, ya tengo uno. Un problema grave con el que los tíos se enfrentan es el de la ferretería.

Imagínate en esta situación: eres un tío y acabas de entrar en una ferretería portando alguna cosa rota. Esta cosa podría ser un cojinete, aunque no estás muy seguro. También podría ser un piñón, una junta o incluso un voltio. Simplemente no lo sabes. En realidad nunca has sabido qué son estas cosas. Sólo sabes que se encuentran dentro de diversos objetos mecánicos que los tíos se supone que comprenden automáticamente, como si las aptitudes mecánicas fueran una etapa del crecimiento masculino durante la pubertad. Un buen día te despiertas y descubres que te están saliendo pelillos en el sobaco, y al día siguiente te despiertas siendo capaz de reparar un cambio de marchas.

Pero a ti en realidad eso no te ha sucedido. Este es tu vergonzante secretillo de tío: no tienes ni idea de cómo funcionan las cosas mecánicas. La última cosa mecánica que hiciste fue en el taller de carpintería del colegio, cuando, durante el mes que pasaste intentando construir una estantería, lograste clavar con éxito tu camisa a una tabla. Cuando miras algo mecánico, como el funcionamiento del motor de un automóvil, o un electrodoméstico, o un avión, o un váter, lo único que ves son cosas sucias dispuestas aleatoriamente que sabes identificar como piezas. Y todas parecen la misma pieza. Por lo que a ti respecta, todos los artefactos mecánicos en esencia son iguales por dentro; crees secretamente que bastarían unas pequeñas modificaciones para que un Toyota fabrique cubitos de hielo, un inodoro reproduzca compact discs, y un congelador vuele a treinta mil pies de altura.

Aunque, por supuesto, nunca lo reconocerás ante nadie porque tú, como la mayoría de los tíos, estás convencido de que todos los demás tíos realmente comprenden cómo funcionan las cosas mecánicas. Y para colmo, lo cierto es que algunos sí lo comprenden. Estos son los tíos – suelen llamarse Steve- a quienes te ves obligado a pedir que vayan a tu casa cuando sospechas que quizá tienes un problema mecánico grave.

Normalmente sueles hacer caso omiso de los problemas mecánicos. De hecho, normalmente niegas incluso su existencia porque no quieres enfrentarte al hecho de que eres incapaz de arreglar nada. Con los años, sobre todo después de que te casaste, te has vuelto muy habilidoso en lo

de fingir que las cosas no están estropeadas cuando es obvio que lo están. Pongamos por caso que tu esposa te comenta que la puerta principal no se abre y su tono de voz indica claramente que piensa que debería hacerlo.

“Cariño –diràs con la voz exasperada y ligeramente condescendiente que los tíos emplean para hablar de cuestiones mecánicas con sus esposas buscando disimular el hecho de que son unos mentirosos impresentables-, està previsto que no se abra. Nuestra puerta es un tipo de puerta de seguridad que, transcurrido cierto número de años, permanece siempre cerrada”.

O pongamos que los niños te dicen que la tostadora saca llamas cada vez que la encienden. “¡Niños! –diràs-. ¿Cuántas veces tengo que decirlo? Esta tostadora es para usar al aire libre”.

Sin embargo, hay ciertos problemas mecánicos del hogar que simplemente no pueden pasarse por alto. Pongamos que una mañana, mientras ayudas a los niños a extinguir el fuego de sus tostadas, echas un vistazo a la sala de estar y adviertes que se ha desplomado el sótano. Ni siquiera tú puedes negar que esto es un problema. Así pues, para conservar tu dignidad masculina, finges que eres capaz de manejar la situación.

-Muy bien –le diràs a tu esposa, mientras contemplas el inmenso foso lleno de escombros que ocupa el lugar de vuestra sala de estar-. Necesitarè un poco de cinta aislante.

Pero no estàs engañando a nadie. Finalmente tienes que dar tu brazo a torcer y avisar a Steve.

Steve llega en un camión. Es un camión grande. Sus antebrazos son màs grandes que tu sofá. Entra en tu casa a grandes zancadas (de paso, como quien no quiere la cosa, arregla la puerta que no se abría) y durante unos minutos evalúa el problema entrecerrando los ojos con aire de entendido. Entonces te llama.

-Señor Barry –dice-, quiero mostrarle algo.

Èsta es la parte que detestas. Siempre es mal asunto que quieran mostrarte algo.

-Eche un vistazo a esto –dice Steve, señalando un trozo de la casa cualquiera-. ¿Lo ve?

Lo miras y frunces el entrecejo. No tienes la menor idea de cuál es el trozo que ha señalado Steve. Podría ser una viga. Podría ser un muro de mampostería sin mortero. Podría ser una vigueta. Podría ser un gablete. Podría ser la rueda del timón del Titanic.

-Ajà –dices, mirándolo.

-Pues eso –dice Steve-. Tiene usted un problema.

-¿Qué clase de problema? –preguntas.

Steve te echa una mirada de reojo, lo cual te revela que, en su opinión, eres el propietario más estúpido que ha conocido en su vida entre todos los que son capaces de caminar erguidos. Se muere de ganas de contárselo a su pandilla cuando esta noche vaya a la Taberna de los Tíos Competentes. Porque este problema es insólitamente obvio para un tío como Steve. Un tío como Steve es capaz de diagnosticar esta clase de problema incluso bajo los efectos de una anestesia general. De modo que, con un claro tono de condescendencia similar al que tú empleaste para explicar el funcionamiento de la puerta de seguridad a tu esposa, te explica en qué consiste exactamente el problema de la manera más sencilla y clara que puede.

-Tiene calcificación en las arandelas de las viguetas de compensación.

-Me lo temía –dices tú.

-Pues eso –dice Steve.

-¿Puede arreglarse? –preguntas.

-Bueno, claro que puede arreglarse –dice Steve, quien no puede creer que esté hablando con semejante idiota-. Lo único que usted tiene que hacer es levantar los pernos laminados con el gato y meter un catéter de tres dieciseisavos con el cabrestante para darles caña.

Cuando Steve dice usted no quiere decir tú, por supuesto. La única herramienta que tú tienes es un juego de cortaúñas. En cambio, Steve tiene todo un surtido de gatos y cabrestantes. Los hijos de Steve juegan con gatos y cabrestantes. Steve tiene en el camión todas las herramientas que pueda necesitar. Si alguna vez la economía mundial se viene abajo y la humanidad se retrotrae a un estado primitivo, los tíos como Steve vivirán en refugios resistentes y seguros que habrán construido con sus propias

manos y se alimentarán de comida que habrán cultivado o cazado, mientras que los tíos como tú adoptarán las costumbres de los lobos.

Así pues, Steve, sudando la gota gorda del trabajo honesto, comienza a meter gatos y cabrestantes en tu casa y tú te marchas a tu jornada de trabajo, durante la cual masticar será la tarea física más ardua que afrontarás.

Finalmente Steve arregla tu casa, tú le extiendes un cheque con una abultada cifra y él se marcha. Pero muy pronto te percatas de que sigue siendo un tema de interés para los miembros de tu familia.

-Hoy he visto a Steve –dirá tu esposa-. Estaba sacando el coche de Audrey de una cuneta.

-¿Con un cabrestante? –preguntas.

-No –dice tu esposa, y detectas claramente un tono ensoñador en su voz-. Lo levantaba con los brazos.

-¡Uau! –exclama tu hijo, que sigue jugando con el diminuto submarino (alimentado por un reactor nuclear minúsculo pero que funciona a pilas) que Steve la construyó con las latas vacías de Sprite.

Naturalmente, esto te molesta. Te preguntas a qué vienen tantos espavientos. De acuerdo, Steve puede hacer muchas cosas, pero ¿sabría hacer algunas de las que haces tú?. ¿Sabría analizar una hoja de cálculo financiera, por ejemplo? ¿O mantener una conferencia con cuatro teléfonos a la vez? ¡Ja! Te gustaría ver a Steve intentándolo.

Pero sabes que sólo te engañas a ti mismo. En realidad, te gustaría tener más destreza en cuestiones mecánicas. Finalmente decides hacer algo al respecto. Vas a la sección de herramientas de Sears a equiparte como es debido.

VENDEDOR: ¿Puedo atenderle?

TÚ: Sí, me gustaría comprar una herramienta.

VENDEDOR: ¿Qué clase de herramienta?

TÚ: Una que no pese mucho.

Llegas a casa con un kit de llaves de tubo de cincuenta y tres piezas dentro de su magnífico maletín. A veces, cuando no hay moros en la costa, lo abres, sacas una de las piezas tubo y la encajas en el mango. Entonces

rondas por la casa, mirando con los ojos entrecerrados los objetos mecánicos, alerta por si acaso te tropiezas con algo que necesite ser arrancado. Te saber preparado. Lo único que te falta es una oportunidad.

Y entonces, un sábado por la mañana, por fin se presenta la ocasión.

-Querido –dice tu esposa-, me parece que tenemos un problema con el calentador.

-¿Qué clase de problema? –preguntas con lo que para ti es una voz bastante grave.

-La clase de problema que nos tendría que resolver Steve –dice tu esposa.

-No será necesario –dices, con la misma voz bastante grave.

Acto seguido, con un movimiento ágil y bien ensayado, coges el asa de tu maletín de llaves de tubo. Y entonces, con una gracia y soltura física de las que todavía no te sabías capaz, te pones en cuclillas para recoger del suelo las cincuenta y tres piezas que se han caído porque habías olvidado cerrar el maletín.

Con una mirada de adusta determinación, te diriges resueltamente al garaje. Allí, tras varios minutos evaluando la situación analizando escrupulosamente las pruebas materiales, consigues dar en el meollo de la cuestión: el calentador está ubicado en el sótano.

De modo que te acercas a él con paso decidido y ves que, en efecto, algo le pasa al calentador, pues está escupiendo agua al suelo y emite un gemido lastimero. Reconoces en el acto estos típicos síntomas mecánicos que sólo pueden significar una cosa. Está claro: ¡el calentador está embarazado! ¡Está a punto de tener un bebé calentador! ¡Necesitará agua caliente, y en abundancia!

No, te dices, contrólale. Abres tu maletín de llaves de tubo, eliges cuidadosamente una llave al azar y la encajas en el mango. Tu esposa ha bajado a observarte. Te aproximas al calentador con sigilo, caminando de puntillas, buscando una abertura con la esperanza de que baje la guardia un instante antes de poder meterle mano y arreglarlo. Te fijas en una cajita a un lado del calentador, de la que salen unos cables; parece una zona vulnerable. Pruebas con la llave. Nada. Pruebas con un poco más de saña. Nada. Caes en la cuenta de que probablemente sea el tipo de caja diseñada para ser golpeada con mucha fuerza, de modo que le arreas un

mamporrizo con el mango de la llave. La tapa salta. Tu esposa, soltando un ruido semejante al que està emitiendo el calentador, se marcha escaleras arriba.

Dentro de la caja, tal como sospechabas, encuentras piezas. ¡Ahora vas bien! Sirviéndote del mango de la llave, hurgas entre las piezas en busca de algún indicio del problema, como una parte que exhiba un papelito que ponga AYÚDAME. De pronto ves una chispa, oyes un bum y una de las piezas cae al suelo. Justo entonces, el calentador deja de gimotear. ¡Hurra!

Pero todas las luces se han apagado. Y huele a humo. Un viejo proverbio del bricolaje reza: “No puedes hacer una tortilla sin cascar huevos ni cortar la corriente y posiblemente prender fuego a tu casa”. Sin embargo, no estás preocupado. Deduces que lo único que tienes que hacer para terminar el trabajo es encontrar la pieza caída –sin duda la raíz del problema- e ir en busca de una nueva a la ferretería. De modo que te pones a gatear por el suelo mojado hasta que a tientas encuentras la pieza. También podría ser algo duro que regurgitò el perro tiempo atrás. Sea lo que sea, tendrá que servir, porque no estás particularmente a gusto en este sótano a oscuras. Has visto arañas grandes como las ruedas de un autobús. La próxima vez traeràs la llave de tubo màs grande.

Asì pues, sujetando la pieza con fuerza, vuelves a subir y te percatas asombrosa coincidencia- de que en el resto de la casa también se ha ido la luz. Y también huele a humo. Tendràs que echarle un vistazo a esto en cuanto hayas resuelto el tema del calentador.

-Voy a la ferretería –dices a tu esposa, que està sentada a la mesa de la cocina, lloriqueando cabizbaja. Es lo que pasa con las mujeres: se emocionan por nimiedades como un calentador estropeado, de ahì que no se pueda contar con ellas para que tomen medidas y resuelvan una situación.

Por consiguiente, hemos regresado a la escena inicial: tù, un tìo solitario, llegas a la ferretería con una pieza rota que no sabes còmo se llama. Deambulas por los pasillos en busca de una pieza idéntica a la que llevas en la mano. A tu alrededor, este sàbado por la mañana, quizás haya una docena de tìos. Cada uno de ellos, igual que tù, està metido en una reparación domèstica que ya ha alcanzado el punto de no retorno. Han

desmontado algo y le han quitado una pieza crucial, e incluso si la pieza no estaba rota antes, desde luego ahora sí lo está, y a menos que consigan encontrar otra igual se verán metidos en un buen lío con el propietario de la vivienda.

Así que los tíos vagan por los pasillos, mirando con ceño miles de artículos expuestos en la ferretería, comparándolos con las piezas que llevan en la mano, buscando la que coincida. Pero las ferreterías nunca tienen la pieza que uno busca. Ésta es la ley fundamental del bricolaje de los tíos. No es sólo que las ferreterías no tengan nuestra pieza, es que nadie la tiene. El fabricante original destruyó todos los planos y ejecutó a los trabajadores implicados, para así asegurarse de que esa pieza jamás pudiera reproducirse.

Pero durante un tiempo proseguís con vuestra infructuosa búsqueda. Vais de ferretería en ferretería con la pieza a cuestas. Os hacéis buenos amigos de otros tíos que también van en pos de piezas. A veces intercambiáis piezas, de modo que todo el mundo tenga algo nuevo que buscar. Al final, algunos tíos se van a buscar la pieza a otros estados, incluso a otros países. Los hay que solicitan puestos en la NASA con la esperanza de proseguir algún día la búsqueda en otras galaxias.

Pero tú eres realista y finalmente te das cuenta de que vas a tener que regresar a tu casa humeante y sin luz, enfrentarte con tu fracaso y disculparte ante tu esposa, ver cómo siguen los niños y –sobre todo– ponerte ropa interior limpia. De modo que un día te tragas tu orgullo y vuelves a casa. Y al llegar ves, aparcada en el sendero de entrada, una hiriente e inmensa presencia: el camión de Steve.

Y el dolor que sientes en ese momento es algo que ninguna mujer comprenderá nunca.

El problema de los aseos públicos es un problema al que se enfrentan los tíos cuando van a un aseo público. Cuando las mujeres van a un aseo público cuentan con la intimidad de sus cabinas, pero los tíos tienen que hacerlo de pie y sin ningún resguardo, a veces al lado de muchos otros tíos.

Esto puede resultar peliagudo, pues el acto de hacer pipí está estrechamente ligado, en la mente de los tíos, con la masculinidad. Piensa

en el comportamiento de los perros tìo, que se pasan la vida intentando establecer su dominación masculina haciendo pipì sin tregua encima de cuanto pillan a mano. Los científicos creen que el motivo por el que los perros aúllan a la luna es que están disgustados (los perros, aunque también algún científico) porque no pueden subir hasta ellas y hacer un pipì.

Como se habrá visto, tengo dos perros: un perro principal grande que se llama Earnest y un perro auxiliar de apoyo màs bien pequeño que se llama Zippy. Earnest, que es la hembra grande, sòlo hace pipì cuando tiene que hacer pipì. Zippy, el macho menudo, suave y sedoso como un peluche, básicamente nunca para de hacer pipì. Es como una pequeña bola de algodón andante que va soltando orines constantemente. A veces se encuentra con el perro de los vecinos, Prince, y entre los dos montan un concurso de pipìs. Se olfatean uno al otro un momento, salen disparados con aire resuelto a echar un chorrito en varios arbustos, vuelven a la carrera para olerse un poco màs, corren otra vez hasta los arbustos, y así sucesivamente, como un par de goteantes tornados de testosterona con un coeficiente de inteligencia ínfimo, ambos plenamente convencidos de ser el mayor semental del planeta.

Lo que quiero decir con esto es que para los tìos hacer pipì reviste una importancia que va mucho màs allà de la mera eliminación de fluidos corporales. Se trata de una afirmación territorial en toda regla. De ahì que cada vez que un tìo entra en un aseo público tenga que enfrentarse con un problema crucial para los tìos; a saber: ¿què urinario usar? Su objetivo es evitar a toda costa hacer pipì al lado de otro tìo, pues entonces estarían violando el territorio del vecino.

Asì las cosas, en el aseo público los urinarios estarían ubicados con una separación mínima de quince metros. Lamentablemente, en el mundo real están pegados uno al lado del otro, lo cual significa que con frecuencia el tìo se ve obligado a tomar decisiones estratègicas en fracciones de segundo. Para ilustrar este proceso, imaginemos un aseo públido en un aeropuerto. Supongamos que el aseo tiene una fila de cinco urinarios, que se representan como rectángulos en el siguiente diagrama científico:

1	2	3	4	5
---	---	---	---	---

Supongamos también que cuando entra el tío A no hay nadie en el aseo. Casi con toda seguridad elegirá uno de los urinarios situados en los extremos –bien el 1 o el 5- porque sabe que así estará lo más lejos posible del siguiente tío que entre en el aseo. Pongamos que elige el urinario número 5, con lo cual la situación queda así:

1	2	3	4	Tío A
				5

Cuando entre el tío B, siempre elegirá el 1. Jamás de los jamases, ni en un billón de años, elegirá el 4. Semejante cosa haría que el tío A se alarmara hasta el punto de subirse la bragueta a toda prisa corriendo el consiguiente riesgo de mojarse los pantalones, y posiblemente lastimar su hombría, antes que permanecer ahí. El tío B puede que sea una persona decente, segura de sí misma, de actitud abierta y nada sentenciosa, sin ningún prejuicio hacia el colectivo gay, pero aún así preferiría arrancarse ambos ojos antes de permitir que el tío A piense que él lo es. De modo que se plantará en la otra punta. Si la fila de urinarios fuese de un kilómetro, no sería de extrañar que el tío B decidiera pegarse la caminata hasta el otro extremo, aunque eso supusiera perder el avión.

De modo que ahora la situación está así:

Tiò B	2	3	4	Tiò A
1				5

Cuando entre el tío C, está claro que elegirá el urinario 3. No es que la idea lo vuelva loco, pero por lo menos tiene un urinario barrera a cada lado:

Tiò		Tiò	Urinario Barrera	Tiò
B	Urinario barrera	C	4	A
1	2	3		5

Pero ahora entra el tío D, y él sí se enfrentará a un verdadero problema de tío, porque elija el urinario que elija, estará justo al lado de otros dos tíos. Esto resulta muy molesto. Hay tíos que en esta situación deciden hacer pipí en un retrete cerrado, o aguardar hasta que quede libre un sitio con sus correspondientes urinarios barrera, o irse a un rincón y hacer pipí contra la pared.

Si el tío D elige uno de los urinarios disponibles –pongamos el 2– tanto él como los tíos B y C se quedarán como paralizados, mirando fijamente al frente, como si en las baldosas de la pared estuviera grabada la fórmula secreta para convertir uvas en platino. MORIR ANTES DE CRUZAR UNA MIRADA, ese es el lema de los tíos en un urinario.

Soy consciente de que las lectoras pensaréis que me estoy inventando todo esto. Pero pedid al tío de vuestra vida que lea esta

sección y apuesto a que asentirá con la cabeza en señal de reconocimiento. Èl ha estado ahí, ha pasado por ello, y conoce la conducta que estoy describiendo, aunque nunca se ha sentido cómodo para comentar el tema contigo porque èste es un ámbito extremadamente delicado para èl. Tambièn sabe que es una estupidez. Aunque no le llega ni a la suela del zapato a un problema de tìos mucho mayor, posiblemente el màs grande de todos: el suplicio del deporte.

Los tìos son muy vulnerables a esto. Porque se preocupan por equipos de distintos deportes. No estoy hablando simplemente de arraigo; estoy hablando de una relación que los tìos establecen, de un compromiso con un equipo deportivo que los tìos toman màs en serio que, por ejemplo, los votos matrimoniales.

Cuando un tìo se casa, tal vez diga que lo hace en la riqueza y en la pobreza, hasta que la muerte los separe, etc., pero sabe que, en algún profundo recoveco de su mente, puede ocurrir algo que le haga cambiar de parecer, incluso durante el banquete de bodas. Mientras que el vònculo que establece con su equipo deportivo es permanente.

Quizás opines que hay algo retorcido en los valores de un tìo que puede estar màs comprometido con un puñado de atletas pasajeros –a ninguno de los cuales conoce de verdad y ninguno de los cuales sabe siquiera de su existencia- que con su propia esposa. Pero tienes que considerarlo desde el punto de vista del tìo: su esposa tal vez sea una persona cariñosa, amorosa y leal, pero es imposible que alguna vez juegue la final. Ni siquiera si entrena a fondo fuera de temporada. Mientras que siempre existe la posibilidad de que, si el tìo permanece leal, su equipo llegue no sòlo a la final sino incluso a ganar el campeonato.

Ahora bien –todo tìo cree esto en secreto-, el equipo puede triunfar sòlo si èl se preocupa realmente, si verdaderamente se dedica a èl dìa y noche, aunque eso signifique desatender a su familia, su trabajo y la amenaza del calentamiento atmosférico. Que lo haga o no puede influir en el resultado; èl puede formar parte del esfuerzo vencedor, puedo contribuir a la victoria casi en pie de igualdad con los propios atletas, salvo en lo que conlleve hacer algo atlético.

Yo lo he experimentado de primera mano. Cuando vivía en Filadelfia, mi amigo Buzz Burger y yo teníamos un abono de temporada para los partidos de la NBA que jugase el equipo local. Las localidades eran geniales, justo detrás del banco del equipo visitante. Oíamos todo lo que decía el entrenador rival y podíamos gritar inútiles sugerencias y palabras de aliento. A veces nos poníamos tan alentadores que el entrenador visitante nos chillaba que nos calláramos, provocando que los entregados hinchas que nos rodeaban nos felicitasen a viva voz y chocando esos cinco.

Pero nuestra función principal y nos la tomábamos muy en serio, era asegurarnos de que el equipo local ganara. Esto lo hacíamos preocupándonos profundamente por él, casi hasta la locura. Si pudieses analizar detenidamente los videos de los momentos críticos de ciertos partidos críticos, verías unos débiles pero claramente visibles Rayos de Preocupación que salían de mi cabeza y de la de Buzz hacia la pista de baloncesto, afectando el curso del juego.

El último ejemplo de esto ocurrió en 1986, durante el partido que los locales jugaban contra los Boston Celtics. Este partido sigue siendo uno de los momentos culminantes de mi vida. El partido en sí, como logro humano, estuvo a la altura del descubrimiento de la penicilina.

Debes comprender que, como hincha veterano de los Sixers de Filadelfia, yo odiaba a los Celtics. No como odio, por ejemplo, a Hitler, sino más a menudo.

En este partido, los Sixers no contaban con su pívot, Moses Malone, que era el rey mundial del rebote y un individuo tan grande que él solo debería estar representado por al menos tres miembros del congreso. Sin Malone en la cancha, los Sixers las pasaban moradas y los Celtics dominaban el juego. Parecía que iban a ganar fácilmente, cosa bastante mala de por sí y, en esa ocasión, empeorada porque justo detrás de nosotros había tres hinchas de los Celtics. Por supuesto, eran los típicos hinchas del Boston, con lo que quiero decir que sumaban dos tercios de la petulancia del mundo conocido. No es que animaran a los suyos sino que se sonreían con suficiencia y gritaban a pleno pulmón justo en nuestros oídos, diciendo que era pan comido, que no había comparación y que Julius Erving, el capitán de los Sixers, estaba para el arrastre. Cosa que era cierta, pero esas personas no tenían derecho a decirlo. Porque Julius

Erving era, y sigue siendo, un buen tipo, y si los votantes tuvieran la sensatez de elegirlo presidente, en lugar de los politicastos que no paramos de poner al cargo, esta nación iría mucho mejor de lo que va.

Sea como fuere, pese a no contar con Malone, los locales se las arreglaron para recuperarse y, a falta de menos de treinta segundos para el final, sólo les llevaban una ventaja de dos puntos. Ésa era la buena noticia. La mala era que Larry Bird, la estrella de los Celtics, iba a efectuar dos lanzamientos en la línea de los tiros libres.

La gente se pregunta a veces cómo es que los blancos no juegan tan bien al baloncesto como los negros. La respuesta, a mi juicio, es que por alguna misteriosa razón la naturaleza decidió concentrar toda la habilidad balocentista de la raza blanca durante los últimos cincuenta años en Larry Bird.

De modo que el público supuso que Bird iba a encestar esos lanzamientos y dejar el partido sentenciado. Los tres petulantes hinchas del Boston lo sabían. Y saltaba a la vista que Larry también lo sabía cuando se encaminó a la línea de tiros libres, dio unos botes a la pelota y se dispuso a lanzar.

Una vez leí un artículo que sostenía que en América Central se toman el deporte demasiado en serio en el sentido de que cada tanto los hinchas de fútbol se matan entre sí. (Que conste que a mí me parece una reacción bastante excesiva, salvo, por supuesto, que estemos hablando de una final). En fin, el caso es que con ocasión de aquel partido en que El Salvador venció a Honduras, o al revés, al día siguiente un periódico del país vencedor afirmó que el pie de Jesús había bajado varias veces del cielo y desviado varios balones de la portería del equipo vencedor. La página incluía una ilustración y todo.

Bien, puede que tú te rías de esto, pero yo no. Porque algo muy parecido ocurrió en el partido de los Sixers contra los Celtics, salvo que no fue el pie de Jesús (aunque quizá Él contribuyó). Fueron Rayos de Preocupación que emanaban de Buzz y de mí con un nivel de intensidad que no habíamos alcanzado nunca antes. Estos rayos, que nos salían de la frente como si fueran de láser, interceptaron la pelota en lo más alto de la trayectoria e hicieron que Larry Bird fallara dos veces seguidas.

No busco alabanzas con esto. Me limito a exponer un hecho.

Y ahora los Sixers tenían la pelota. Intentaron una jugada pero la pifiaron y terminaron con Charles Barkley, de metro noventa y ocho de estatura y un poco más de anchura, en una situación de uno a uno frente a Kevin McHale de los Celtics, que mide dos cero ocho. Y sólo quedaban tres segundos. El público se había puesto en pie, haciendo más ruido que todos los lanzamientos de transbordadores espaciales juntos.

Y esto es lo que sucedió: Barkley gana en el uno contra uno. Y la pelota va a Julius Erving, el viejo Doctor J que está para el arrastre, a quien marca Danny Ainge, el llorica rey de los marcajes, y –sólo queda un segundo ahora- Erving lanza una canasta de tres puntos.

Buzz y yo sabemos que podemos ayudar a ese lanzamiento. Pero – ésta es la clase de sacrificados hinchas que somos- queremos que Doctor J se lleve toda la gloria. De modo que dejamos en paz su tiro, que se eleva por encima de la mano de Ainge y las cabezas de los Celtics, incluso la de Larry Bird, y luego baja y baja y entra limpiamente en la canasta. El partido ha finalizado. Los locales han ganado. Por el sistema de megafonía, puesto a volumen suficiente para ser oído en Guam, comienza a sonar la versión de los Isley Brothers de Shout. Y Buzz y yo, moviéndonos con soltura, como bailarines bien entrenados que han tomado unas cervezas de más, nos incorporamos de un brinco, giramos en redondo para ponernos de cara a los hinchas de Boston y nos llevamos las manos a los oídos, indicando con ese gesto lo mucho que nos extraña que, por primera vez en todo el partido, no se les oiga decir nada. Y, por descontado, no tienen nada que decir.

Lo que quiero subrayar con esta anécdota es que un tío puede comprometerse con un equipo. De esa manera el tío tiene la oportunidad de vivir momentos mágicos y maravillosos como el que acabo de describir. Pero también deja al tío vulnerable –sí, vulnerable- a una clase de aflicción emocional que, francamente, muy pocas mujeres son capaces de imaginar.

Sintoniza cualquier tertulia deportiva radiofónica y te hará una idea de lo que estoy diciendo. Oírás sufrimientos humanos de una magnitud que rara vez se encuentran fuera de las unidades de cuidados intensivos. Oírás a tios que casi nunca exteriorizan sus emociones, tios que no lloran en los funerales, tios reticentes a abrazar abiertamente a sus propios

hijos, oiràs a estos tios al borde de las làgrimas a causa de eventos deportivos que pueden haber tenido lugar años atrás. (Si quieres ver dolor en estado puro, acércate a cualquier hincha de los Red Sox y di: “¿Què me dices de ese error de Bill Buckner en la final de 1986?” ¡Adelante! ¡Pregùntale! ¡Es divertido!)

Mientras escribo estas líneas en el verano de 1993 en Miami, Florida, estoy escuchando una tertulia deportiva radiofónica en la que los oyentes que llaman –todos tios- se muestran muy disgustados con el traspaso de Dave Magadan. Es de lo único que quieren hablar.

Para aquellos de vosotros que no seguís de cerca la actualidad mundial, debo explicar que Dave Magadan era un jugador de los Florida Marlins que fue traspasado a los Seattle Mariners. Muchos tios de por aquí creen que este traspaso fue una equivocación y que los Marlins tendrían que haber traspasado en su lugar a un jugador que se llama Orestes Destrade. De modo que estos tios llaman a las tertulias radiofónicas día y noche para dar rienda suelta a sus sentimientos. La cuestión es que el traspaso de Magadan tuvo lugar hace màs de un mes. Dudo mucho que a estas alturas siquiera el propio Magadan siga hablando de ello.

Pero a estos tios les trae sin cuidado. Como tampoco les importa no conocer personalmente a Magadan ni a Destrade, como tampoco que este traspaso no vaya a tener ningún efecto observable en sus vidas. Lo que importa es que se preocupan, cosa que explica por què no pueden dejar de rascarse sin tregua esa costra emocional.

PRESENTADOR DE TERTULIA RADIOFÒNICA: adelante, està en el aire...

OYENTE QUE LLAMA: Estoy verdaderamente disgustado con este asunto del traspaso de Magadan. Me parece que apesta. No puedo creer que...

PRESENTADOR: ¡Un momento! ¡Acaban de pasarme un boletín informativo! ¡Dice que la central nuclear de Turkey Point ha explotado y que una gigantesca nube radiactiva està cubriendo todo el sur de Florida!

OYENTE: Lo que quiero decir es que estamos hablando de un tío que ha sido un lanzador de primera toda su vida.

Por supuesto que he inventado el diálogo precedente. Es poco realista, ya que la central nuclear de Turkey Point no explotò, y aunque así hubiese sido, el presentador jamás habría interrumpido el programa con semejante frivolidad tan poco tiempo después de un traspaso tan sonado.

Porque también es un tío.

En este capítulo he referido algunos de los problemas a que los tios tienen que enfrentarse todos los días. Quede claro que los tios tienen otros problemas que pueden ser tan devastadores y traumáticos o más. Me acuden a la mente los pelos de las orejas, por ejemplo. Pero no voy a abundar en estos problemas, pues parte del Còdigo de los Tios consiste en ser duro, no quejarse y soportar en silencio las penurias que dejarían postrado de rodillas a un género más débil.

Además tengo los dedos cansados.

PREOCUPACIONES MÈDICAS ESPECÌFICAS DE LOS TIOS

O: "Sòlo es una distensión".

El cuerpo de un tío es distinto del de la mujer. Y aquí no me refiero a los picos y valles más amplios. Me refiero a un problema físico exclusivo de los tios, una gran desventaja genética que supone un grave riesgo para la salud del cuerpo de un tío; a saber, que està bajo el control de la mente del tío.

La mente del tío no cree en la asistencia mèdica. Por lo general, los tios no buscaràn asistencia mèdica para sè mismos ni para los demás salvo en ciertas situaciones bien definidas, como una decapitación. E incluso entonces, los tios no van a estar seguros al cien por cien.

"Peguèmosle la cabeza con cinta adhesiva y veamos si puede jugar un par de entradas más"

Èsta es la actitud predominante entre los tios.

Existe una razón para ello. Si eres tío, has aprendido, a las duras, que cuando te ves envuelto en una situación mèdica, incluso como

transeúnte curioso, siempre existe la posibilidad de que un profesional de la medicina, de súbito y sin previo aviso, se ponga un guante de goma y te meta un dedo por el culo en busca de la próstata. Casi ningún tío sabe qué es la próstata, pero todos están bastante seguros de que si tuvieran una dentro del culo, a estas alturas ya lo sabrían.

De modo que los tíos desconfían de la asistencia médica. Voy a ilustrar esta actitud con una anécdota real que le ocurrió a un tío que conozco, Ted Shields. Conocí a Ted a través de un equipo que fundó junto con otro tío llamado Pat Monahan: el Mundialmente Famoso Equipo de Cortadores de Césped Sincronizados de los Guardas Forestales del Césped de Arcola, Illinois.

Arcola (lema: "Asombrosa Arcola") es una pequeña localidad del centro de Illinois (lema: "Apuesta a que es llano"). Antaño Arcola era un gran centro de producción de retama de escoba, un tipo de retama que se utiliza para manufacturar escobas (vaya). El pueblo sigue ocupando un lugar importante en la industria manufacturera de escobas y alardea de tener una de las mayores colecciones del mundo, además de un establecimiento llamado La Embajada Francesa, el único lugar del mundo donde conviven un restaurante francés gourmet y una bolera. Y no me lo invento.

Cada año, en septiembre, Arcola celebra un Festival de la Escoba de Retama que incluye un desfile, y uno de los elementos más populares de ese desfile son los mundialmente famosos Guardas Forestales del Césped, que desfilan por la calle empujando cortadoras de césped personalizadas, escobas en ristre, y ejecutando maniobras sincronizadas. Los miembros de esta asociación son mayormente pilares de la comunidad que creen que es posible pasarlo bien sin hacer ni por asomo algo útil para la sociedad.

Me sentí profundamente honrado cuando me invitaron a unirme a los Guardas Forestales del Césped hace unos años. No es fácil pertenecer a un club tan exclusivo: la admisión está estrictamente reservada para quienes se dejan caer por el garaje de Ted el día del desfile. Allí es donde se lleva a cabo la Instrucción de Guardas Forestales del Césped. La Instrucción de Guardas Forestales del Césped consiste en:

Preparación Mental, con lo que quiero decir beber cerveza (los Guardas siguen practicando la Preparación Mental mucho después de que

haya acabado el desfile. “Nunca puedes estar demasiado preparado” es uno de sus lemas); la Reunión de Trabajo, que consiste en actividades demasiado infantiles para mencionarlas incluso en este libro, salvo para decir que comprende, entre otras cosas, a un hombre que se encarama a una escalera de mano y, con accesorios de atrezzo, interpreta una versión de una canción mientras los Guardas intentan adivinar el título, cosa que no entraña dificultad ya que en la canción siempre aparece la palabra “luna”(el atrezzo para la Luna Sobre Miami consistía en dos cocos y una banana) y el Campamento de Reclutas, que es donde los Guardas novatos, bajo la atenta aunque firme guía de los avezados veteranos (“Escuchad, cerdos apestosos”) aprenden las maniobras sincronizadas del desfile de los Guardas, las cuales consisten en “pasear al perro”, que es cuando sostienes la escoba en el aire con una mano y haces girar la cortadora de césped en un círculo de 360 grados, y “cruzar y lanzar”, que es cuando dos columnas de Guardas que van desfilando cambian de lado, se arrojan las escobas unos a otros e intentan cogerlas, aunque las más de las veces no lo consiguen.

Con frecuencia, los reclutas tienen que pasar no menos de dos minutos bajo el extenuante sol de Illinois central antes de ser capaces de realizar estos números con el nivel de precisión que distingue a los Guardas Forestales del Césped.

Una vez finalizada la Instrucción en el Campamento de Reclutas, los Guardas Forestales forman aproximadamente dos columnas y desfilan por las calles. Si nunca has estado allí, me resultará difícil explicarte la electrizante sensación que impregna el aire mientras los Guardas, luciendo sus uniformes tradicionales son sombreros de vaquero y máscaras de Halloween para preservar secretas sus identidades, circulan con las segadoras por la vía principal del pasacalles, y los Jefes de Columna –que llevan desatascadores de mango largo para denotar su rango- dan la orden de “¡Escobas arriba!” como preparación de una maniobra sincronizada, y cincuenta Guardas, como una máquina bien engranada, hacen simultáneamente unas cuarenta y cinco cosas distintas. Lo único que puedo decir es que si piensas ir a vernos, más te vale tener una buena vejiga.

Soy consciente de que me he apartado del tema de este capítulo, que es el de las preocupaciones médicas de los tíos, pero he sentido la necesidad de hacer un sitio a los Guardas Forestales del Césped, dado que constituyen la personificación del concepto de ser tío. En mi opinión, si hubiese más tíos dispuestos a unirse a organizaciones sosegadas, carentes de propósito y medio disfuncionales como los Guardas Forestales del Césped, habría muchos menos tíos implicados en organizaciones agresivas, corruptas, destructivas y con frecuencia criminales como el Congreso de los Estados Unidos.

Pero mi siguiente anécdota atañe al cofundador de los Guardas, Ted Shields, que salió de pesca con otros Guardas en la costa de Luisiana, cayó mal sobre un tobillo y se lo rompió. Naturalmente dijo que sólo era una distensión. Los tíos siempre dicen que “sólo es una distensión” porque de este modo pueden librarse de caer en las garras de la asistencia médica. Un tío podría tener un miembro en el suelo a unos tres metros del resto de su cuerpo y sostendría que “sólo es una distensión”.

De modo que aunque a Ted le dolía el tobillo, que se estaba hinchando y poniéndose de colores nada convencionales, decidió seguir a bordo y tratarse la herida él mismo.

-Por suerte –recuerda-, llevábamos cerveza.

Siguiendo un procedimiento convencional de la Cruz Roja, Ted sacó unas latas de cerveza de la nevera portátil para que el pie cupiera en el hielo.

-Esto significò que tuvimos que bebernos las cervezas de inmediato, antes de que se entibiaran –recuerda-. Pero, qué remedio, haces lo que tienes que hacer.

Los Guardas pescaron durante el resto del día –Ted pescò con el pie dentro de la nevera- y luego regresaron a tierra firme, donde aquella noche, conscientes de que uno de ellos estaba herido y deseosos de no correr riesgos innecesarios, salieron todos a bailar.

-El pie me dolía bastante –recuerda Ted-, pero fui uno de los pocos Guardas que no se desplomò en toda la noche.

Al día siguiente regresaron a Arcola, donde Joyce la esposa de Ted y una perspicaz observadora, notò que su marido casi no podía caminar y

que una de sus piernas se había vuelto mucho más grande que la otra; de hecho, era más grande que muchas personas enteras.

-Más que una pierna parecía una morcilla gigante –la describe Joyce.

-Sòlo es una distensión –insistiò Ted.

No obstante, Joyce le llevó al hospital, donde tuvo que rellenar un montòn de formularios porque Ted estaba atareado explicando al personal del hospital que en realidad no necesitaba tratamiento.

-Su tobillo era grotesco –recuerda Joyce-. La gente lo miraba con asombro mientras yo intentaba rellenar aquellos papeles, y Ted se apoyaba en mi hombro y me decía una y otra vez que “sòlo es una distensión”.

Unas semanas después, a Ted le quitaron la escayola justo a tiempo para desfilas en el Festival de la Escoba de Retama. De modo que todo acabò bien.

Pero lo que quiero decir es que si hay un hombre en tu vida y quieres que reciba asistencia mèdica como es debido, no puedes confiar en èl ni en Hillary Clinton para que se responsabilicen de ello. Tienes que emplear una técnica que perfeccionaron los funcionarios de los parques naturales para usarla con los osos y los rinocerontes, a saber, los dardos sedantes. Èsta será la única manera de asegurarse de que un tìo acuda a un centro sanitario en el momento oportuno; por ejemplo, cuando se lesione durante un partido de rugby y te des cuenta de que tiene varios huesos dislocados, además de una hemorragia en la aorta, pero èl siga insistiendo en que probablemente se curarà por sì mismo. En este caso debes dispararle uno o dos dardos y dejar que se tambalee durante un par de jugadas màs hasta que se venga abajo, para luego meterlo en el coche y llevarlo al hospital. Y cuando lleguéis allí, asegúrate de decir a los mèdicos que, además de las heridas màs evidente, lleva un tiempo quejándose de la próstata.

Se lo merece.

Ahora nos ocuparemos de las afecciones de los tìos.

Hasta aquí hemos comentado la actitud básica de los tìos ante la asistencia mèdica, actitud que cabe adjetivar con una sola palabra:

estúpida. Pero también es preciso que abordemos afecciones concretas a las que los tíos son especialmente propensos, como la “visión de tío”.

Èsta es una afección que les impide ver ciertos tipos de detalles. Nótese que digo ciertos tipos. Hay algunos detalles que los tíos pueden ver extremadamente bien. Por ejemplo, un tío en un partido de béisbol puede ver con perfecta claridad que el árbitro ha señalado una falta completamente errónea y posiblemente criminal contra el equipo local. Un tío puede ver ese tipo de detalle aunque se haya tomado cuatro cervezas y esté a cientos de metros del terreno de juego; incluso hay tíos capaces de ver este tipo de detalle perfectamente aunque estén en el aseo en el momento de la jugada.

Los tíos también pueden ver pechos desnudos de mujeres desde distancias increíbles. Si hay un pecho en los alrededores, un tío lo verá. Y una vez que lo vea, será prácticamente incapaz de dejar de mirarlo, sin que importe lo demás (véase la sección del capítulo dos sobre Congelación Cerebral inducida por la Lujuria). No hace mucho, fui a almorzar a Miami Beach con un grupo mixto y después de comer decidimos dar un paseo por la playa. Hacía un hermoso día soleado e íbamos conversando cuando, de repente, tres tíos detectamos dos pechos desnudos que resultaron pertenecer a una mujer tendida sobre una toalla. Bien, en Miami Beach muchas mujeres toman el sol en topless. Lo hacen con toda tranquilidad, y yo procuro tomármelo con la misma tranquilidad, pero en realidad nunca deja de asombrarme que eso esté sucediendo. Cuando era adolescente, la única fuente fiable para ver pechos era el National Geographic, una revista que entonces se dedicaba, según mi discernimiento, a divulgar artículos sobre todas las tribus primitivas del mundo en que las mujeres iban con el pecho al aire. En el instituto, mis amigos y yo estábamos seriamente interesados en estos artículos, sobre todo por las fotos que llevaban pies como “Una muchacha de la tribu Mbonga prepara la cena empleando utensilios primitivos”. Pasábamos largos ratos contemplando embelesados cómo era posible que hubiésemos tenido la mala suerte de haber nacido en la única sociedad del mundo (a juzgar por el National Geographic) en que las mujeres llevaban siempre un montón de ropa encima. Si hubiese existido una playa cerca de nuestras casas donde las mujeres tomaran el

sol con los pechos al aire, habríamos vivido allí, sobreviviendo a base de comer medusas.

En fin, sea como fuere, cuando los tres tíos reparamos en la mujer que tomaba el sol, al instante intercambiamos miradas, la señal Aviso Urgente Prioridad Uno Código Rojo Pecho Desnudo. Procuramos mostrarnos despreocupados al máximo y continuamos charlando con las mujeres, fingiendo interés en la conversación, pero en realidad nuestros cuerpos estaban dividiendo nuestra capacidad cerebral a razón de:

- 5% porción de capacidad cerebral dedicada a conversar, pensar sobre los acontecimientos del mundo, mantener funciones corporales como la respiración, etc.
- 95% porción de capacidad cerebral dedicada a echar una ojeada a los pechos de las mujeres que toman el sol.

Lo que quiero decir es que los tíos son capaces de una concentración visual tremenda. Por desgracia, no tienen ni voz ni voto en la decisión acerca de aquello en lo que eligen concentrarse sus globos oculares, lo cual significa que a menudo se pierden ciertos detalles sutiles, como por ejemplo, el aspecto que presentan sus esposas. Tomemos el caso de una pareja que conozco. Se llaman (en serio) Steele y Bobette Reeder. Una vez Bobette estaba preparándose para hacerse un cambio radical de peinado y, en un arrebato de compasión, decidió avisar a Steele.

-Steele –le dijo-, nunca te das cuenta cuando cambio de peinado, de modo que esta vez te aviso con antelación: hoy voy a cambiar de peinado. Tendré un aspecto totalmente distinto.

De modo que aquella tarde, cuando Steele llegó a casa del trabajo, comenzó de inmediato a cantar las alabanzas al nuevo peinado de Bobette, insistiendo en que le gustaba mucho más que el anterior, etc. estaba tan entusiasmado con su nuevo peinado que Bobette tuvo que interrumpirle para decir:

-Steele, cancelaron mi cita.

Los tíos pueden meterse en líos hasta cuando se fijan en los peinados de sus esposas. Lo que sigue es un fragmento de una carta

que me envió un tío llamado John Maines en el que describe un incidente con la mujer con la que salía, que se llamaba Shawn.

una vez fui en coche hasta Georgetown para recogerla después de que le hicieran una permanente. Me sentía muy nervioso porque el tráfico era muy denso y me había perdido por el camino y llegaría tarde a la esquina donde tenía que recogerla.

Shawn subió al coche, con su larga melena toda rizada. Estaba guapa, pero yo seguía concentrado en la conducción. Pasado un minuto, me dijo:

-No te gusta, ¿verdad?

-En absoluto –contesté con la mirada al frente y las manos aferrando el volante-. Apuesto a que tardaremos media hora en avanzar tres manzanas.

Bueno, hoy Shawn y yo somos lo que ella llama “grandes amigos” (y todos los tíos saben lo que eso significa desde el punto de vista del sexo)

Muchos tíos también tienen problemas para ver detalles de su propia persona. Esto explica por qué hay tíos que van por ahí convencidos de ser los sementales más irresistibles del continente, luciendo camisetas que se acaban diez centímetros más arriba del cinturón, lo cual deja a la vista unos dos kilos de gordura peluda y pàlida, con el ombligo por el medio, con el aspecto de una abotargada morsa mutante albina de un solo ojo intentando escapar de sus pantalones. Y también por qué algunos tíos creen sinceramente que pueden peinarse el poco pelo que les queda de una forma incluso atractiva sobre zonas calvas del tamaño de la isla de Samoa.

Hay muchos tíos incapaces de ver la suciedad. De ahí que sean tan malos en las tareas del hogar. En parte se debe, por supuesto, a que han aprendido que si lo hacen lo bastante mal dejarán de pedirles que se ocupen de las tareas de limpieza, pero mayormente se debe a que la suciedad les resulta del todo invisible. Son capaces de “limpiar” un cuarto de baño de tal modo que, cuando han terminado, sigue conteniendo colonias activas de moho capaces de capturar y comerse un perro pequeño.

Una variante de esta afección es la Ceguera del Suelo. Mi hijo Rob la padece. Normalmente tiene vista de halcón: puede leer libros de Stephen King completamente a oscuras, ver galletas de chocolate a través de puertas macizas de armarios de cocina y detectar un rótulo

de Burger King a veinticinco kilómetros de distancia. Sin embargo, no consigue ver las cosas que están en el suelo, sobre todo si se trata de las suyas propias.

-Rob, quiero que recojas tu habitación –le digo.

-Ya lo he hecho –contesta èl con voz molesta.

Entonces yo voy a su habitación para inspeccionar el suelo y ni siquiera consigo verlo. Està completamente cubierto de capas y màs capas de cosas de Rob.

Ahora bien, por màs problemática que sea la “visión de tìo”, no es ni mucho menos tan grave como otra afección de los tìos relacionada con ella, a saber: “los fallos de memoria”.

Aquí el problema fundamental es que los tìos, como he señalado, dedican una parte importante de su cerebro a recordar datos vitales como quièn fue nombrado mejor jugador del año en la superbowl de 1978, que no siempre està en condiciones de recordar detalles de menor importancia, como que han dejado un bebè encima del techo del coche.

Pensaràs que estoy exagerando, mas no es así. Según un artículo publicado en el Boston Globe en 1992, un tìo de Massachusetts hizo eso el dìa de la Madre. Tenía a sus dos hijos con èl y los estaba subiendo al coche cuando se acordó –dèmosle crédito- de que tenía que abrochar el cinturón de su hija de veinte meses. Pero la cantidad de concentración que un tìo requiere para recordar este tipo de detalles relacionados con el cuidado de los niños puede suponer mucha presión para su capacidad mental, de modo que sufrió un Fallo Agudo de Memoria de Tìo y olvidò que había dejado una sillita de coche que contenía a su hijo de tres meses encima del techo del vehículo. Al acelerar para entrar en la Interestatal 290, notò que algo iba mal cuando, según el Globe, “oyò una especie de arañazo en el techo del coche”.

(Se trata de una conducta típica de tìo: no repara en que sòlo lleva en el coche el 50% de sus hijos, pero sí en que el coche hace un ruido extraño).

Total, que el coche iba a unos ochenta kilómetros por hora cuando la sillita que contenía al niño de tres meses salió disparada y aterrizò en

la carretera, donde –esto es una prueba fehaciente de que Dios es tìo- se deslizò sin ningún percance hasta detenerse con el niño sano y salvo. De modo que la historia tiene un final feliz, con la salvedad, por supuesto, de que este tìo en concreto tuvo que contarle lo sucedido a su esposa (¡feliz día de la madre, cariño!).

Quizás estaràs pensando: “Dave, ¿no estaràs siendo injusto? ¿No estaràs usando meras anécdotas para reforzar un desafortunado estereotipo de gènero sobre los hombres? ¿No es perfectamente posible que una mujer pudiera dejarse a su hijo en el techo del coche y arrancar?

No.

Como tampoco me parece probable que nadie que no sea un tìo pudiera haber sido responsable de otra aventura automovilística que difundió en 1992 la agencia de noticias Scripps-Howard. El protagonista era un tìo de Colorado que salió con su furgoneta de una estación de servicio cerca de Wahington, Pensilvania, y condujo a través de Virginia Occidental y parte de Ohio sin darse cuenta de que su esposa, madre de sus dos hijos, se había quedado en la estación de servicio. El tìo supuso que ella dormía en la parte trasera de la furgoneta. Siguió avanzando hasta los alrededores de Columbus, Ohio, donde detuvo el vehículo y –aùn sin percibir nada raro- decidió echarse una siesta. Sòlo después de despertarse al cabo de hora y media se dio cuenta de que su esposa no estaba, técnicamente, en la furgoneta. En ese momento dio media vuelta al este por la carretera 70, llegando hasta Wheeling, Virginia Occidental, donde chocò con un ciervo. El accidente estropeò la furgoneta, de modo que fue caminando hasta un bar de carretera, donde se reunió con su esposa, a quien habían transportado hacia el oeste unos amables policías.

Adivina què día era cuando sucedió esto.

En efecto: el día de la Madre. Y no me lo estoy inventando.

Voy a exponer otro caso clìnico de Fallo de Memoria de Tìo, aparecido en la sección de sucesos de The Mining Journal de Marquette, Michigan. Me lo enviaron los avispados lectores Tina y Dan Mc-Faddin. Se trata de una pareja que viajaba por una zona rural sin

àreas de servicio cuando la naturaleza los llamò. El artículo comienza así:

“Una mujer de Wisconsin sufre rotura de costillas cuando su marido la atropella involuntariamente al dar marcha atrás con su furgoneta el lunes por la noche mientras ella orinaba”.

Milagrosamente, este incidente no ocurrió el día de la Madre. Y si esta mujer tiene dos dedos de luces, cuando el día de la Madre se aproxime se atrincherará en un refugio antiaéreo hasta que haya pasado.

Estos ejemplos nos hacen ver que los Fallos de Memoria de los Tios entrañan peligro mayormente para el prójimo. Pero hay ciertas afecciones de los tios que sólo entrañan peligro para los propios tios, siendo la más temida la que conlleva “amenazas a las intimidades de los tios”.

Con esto no estoy dando a entender que sólo los tios tengan intimidades. Soy consciente de que las mujeres también tienen intimidades, y muchas. Pero sus intimidades son mucho más íntimas. Están guardadas a buen recaudo en diversas cámaras del cuerpo femenino; mientras que las intimidades de los tios –que contienen no sólo la mitad de las terminaciones nerviosas de los tios, sino también un buen 83% de su motivación- están, debido a un error de diseño increíblemente estúpido, colgando fuera de una manera absurdamente vulnerable (una prueba más de que la Madre Naturaleza es mujer), como Harold Lloyd pendiendo de la esfera de un reloj gigante, aguardando a que le caiga encima la desgracia.

Casi todos los tios, en una ocasión u otra, han sido golpeados en las partes pudendas por un balón, un manubrio de bicicleta, una rodilla o lo que sea, y èste es el tipo de cosa que un tío recuerda durante mucho tiempo. Todavía me acuerdo vívidamente de un incidente acaecido en el otoño de 1960, cuando a un montón de chicos de instituto nos dieron permiso para asistir a un mítin republicano en el que intervenía el presidente Eisenhower. Se celebrò en el aeropuerto de Westchester County (Nueva York) y asistió una gran multitud. Mi amigo Emil Sommer y yo hacíamos turnos llevándonos a hombros en un intento de ver mejor. Justo cuando se acercaba la comitiva presidencial, resbalè

de mi posición privilegiada de tal modo que me di un buen golpe en mis partes contra el codo de Emil mientras me bajaba. Probablemente podía haberme hecho más daño, aunque sólo si hubiese utilizado herramientas eléctricas.

De modo que estaba doblado con un malestar extremo en medio de varios miles de entusiasmados republicanos de Westchester County que gritaban “¡Aquí está!”. Así que levanté la vista y allí, brevemente, a través de la muchedumbre, y a través de la neblina rojiza de mi dolor, alcancé a ver la sonriente cara de pan y los brazos que se movían espasmódicamente de Richard Nixon.

Técnicamente, no fue culpa suya, pero nunca he sido capaz de volver a mirarlo sin una considerable incomodidad.

Aunque este incidente no fue nada comparado con lo que le ocurrió a un tío en Singapur en agosto de 1993. La cita procede del The Singapore Straits Times:

Ayer, un antiguo campeón nacional de lanzamiento de peso y disco fue mordido en los testículos por una pitón que estaba escondida en la taza del váter en que estaba sentado.

El Singapore Straits Times –que cubrió esta historia tal como el New York Times cubre el conflicto en Oriente Próximo– señaló diligentemente que la mordedura de pitón es “particularmente desagradable” debido a que estos bichos tienen “filas de dientes curvados hacia dentro y afilados como agujas”. Después de que la víctima –cuyo nombre (y sigo sin inventármelo) es Fok Keng Choy– fuera cosida en el hospital, el Singapore Straits Times le preguntó si le había dolido y él contestó elocuentemente: “No hay palabras para describirlo”.

Fueron necesarios cuatro hombres para sacar a la pitón de la taza del váter. El Times señaló que una mujer había utilizado el mismo retrete cuarenta y cinco minutos antes de que lo hiciera el señor Choy “sin que ocurriera nada”, lo cual viene a corroborar mi argumento sobre la extrema vulnerabilidad de los tios debido al Síndrome del Colgajo.

Otro caso de pene cercenado por la airada naturaleza apareció publicado en 1992 en el rotativo británico The Sun. La noticia relataba que un carpintero se había sentado en un retrete portátil instalado en una obra y que una araña viuda negra “hincò los colmillos en su virilidad”. El artículo explicaba que el hombre “pasò cuatro días retorciéndose de dolor en el hospital” y que desde entonces no había vuelto a tener lo que llamaríamos una vida sexual activa. Además, había desarrollado un miedo profundamente cerval a los retretes portátiles, aunque el Sun, abordando ambos lados de la historia, citaba a un portavoz de la empresa suministradora de retretes portátiles: “Es la primera vez que sucede algo semejante en la historia de los retretes portátiles”.

No estoy criticando a la araña. La pobre no hizo màs que defender su hogar. Imagina que tù fueras la señora Araña Viuda Negra, instalada en tu tela, sintiéndote segura y a salvo, poco después de haberte zampado una buena cena consistente en una mosca y estàs a punto de cerrar tus cuarenta billones de ojos cuando, de sùbito, el techo se abre y tu tela, tu hogar, es asaltada por un òrgano sexual que, comparativamente, tiene el tamaño del zepelìn de Goodyear. Sin duda te molestarías. Està claro que hincarías tus colmillos primero y preguntarías después.

La naturaleza no es la única que supone una amenaza para las intimidades de los tios. Los tios ni siquiera están a salvo de su propia ropa interior. Tengo aquí un artículo publicado en 1991 en el South County Register de Waldport, Oregòn, encabezado con el siguiente titular:

HOMBRE GANA PLEITO POR ETIQUETADO DE SUS PARTES PUDENDAS.

El artículo referìa que este tipo comprò ropa interior en unos grandes almacenes, se la puso para dormir y al despertar descubrió que la etiqueta de control del calconcillo –aquella prenda en concreto había sido inspeccionada por el Nùmero 12- estaba pegada a su òrgano personal y no podía arrancarla.

De modo que tuvo que llevar su órgano a una clínica. Apuesto a que fue divertido. Apuesto a que disfrutò de lo lindo al explicar la situación a la recepcionista, sobre todo si la clínica estaba concurrida y la recepcionista era una persona propensa a contar chistes. (“¡Mìrele el lado bueno, señor! ¡Al menos pasò la inspección!” Sonoras carcajadas de los demás pacientes de la zona de recepción).

La clínica, utilizando disolventes, consiguió retirar la etiqueta. Pero entonces, nos cuenta el artículo, el tìo desarrollò un “grave sarpullido”, y aunque el sarpullido respondió al tratamiento, el tìo terminò con una cicatriz permanente del tamaño y forma de una etiqueta de control.

Probablemente habrá tìos que intentarían dar la vuelta a una situación como èsta para sacarle provecho, sobre todo en los bares (“¡Hola! ¿Quieres ver mi etiqueta?”). Pero este tìo, que era abogado, denunciò a los grandes almacenes alegando que lo “habían convertido en el hazmerreir” de su familia (¡Eh, Morton, cabroncete, ¿cuàndo vas a presentarnos a ese Nùmero 12?). acabò cobrando tres mil dólares, lo que no està mal.

El ejemplo supremo de emergencia mèdica de un tìo desdichado es, por supuesto, el famoso caso de John Bobbitt, cuya esposa Lorena le cortò el pene con un cuchillo, se dio a la fuga, y arrojò el miembro por la ventanilla del coche. Afortunadamente, la policìa fue capaz de seguir el rastro del pene (incluso a pesar de que no estaba etiquetado) y llevarlo al hospital, donde lo pusieron en fila con otros cinco penes para que el señor Bobbitt lo identificara.

No, en serio, fue pegado quirùrgicamente al señor Bobbitt y este incidente se convirtiò en una gran noticia de àmbito nacional. Durante semanas, cada vez que encendías el televisor, había una alegre presentadora de noticias que muy sonriente pronunciaba la frase “le cortò el pene con un cuchillo de cocina” en cuanto tenía ocasiòn. (“Tenemos un frente frìo avanzando hacia Virginia, el mismo estado donde la esposa de John Bobbitt le cortò el pene con un cuchillo de cocina”). La producciòn industrial de Estados Unidos cayò en picado porque muchos tìos iban de un lado a otro cubriéndose las intimidades con ambas manos.

Hoy, naturalmente, el pene de John Bobbitt es una gran celebridad que tiene su propio agente y una exitosa carrera en el mundo del espectáculo (¿Por qué no? Tiene más talento que cualquiera de los que salen en Melrose Place). Este pene en concreto es mucho más conocido que el vicepresidente de la nación (como se llame). Pese a todo, fue un incidente espeluznante para los tíos, y yo soy el primero en pensar que tenemos sobrados motivos para exigir la prohibición federal de la venta y posesión de cuchillos de cocina. También pienso que, por si acaso, debería ser obligatorio inscribir en un registro las centrifugadoras de lechugas.

Voy a terminar este capítulo sobre las preocupaciones médicas de los tíos presentando una idea para hacerse realmente rico: abrir un centro médico para tíos. El lema del centro podría ser: ¿Pròstata? ¿Qué próstata?

Todos los médicos serían tíos que habrían recibido una formación especial para tratar específicamente las dolencias de los tíos. Los tíos no tendrían miedo de acudir a este centro, pues sabrían que recibirían la clase de asistencia médica que desean:

MÈDICO: Veamos, ¿cuál es su problema?

PACIENTE: Bueno, lo principal es que no dejo de escupir sangre. Además tengo estas llagas supurantes por todo el cuerpo. También sufro dolores agudos en el pecho y veo doble, y de vez en cuando estos gusanitos me atraviesan la piel.

MÈDICO: Es sólo una distensión.

PACIENTE: Es justo lo que pensaba.

LOS TÍOS Y LA VIOLENCIA

La maldición del gen del coscorrón.

Tengo aquí un artículo aparecido en el San Francisco Chronicle con este titular:

ESCRITORA ACHACA LA EXISTENCIA DEL CRIMEN A LA MASCULINIDAD.

El artículo versa sobre June Stephenson, autora del libro –el título es real- “Los hombres no son rentables”. El argumento fundamental de la señora Stephenson, según el artículo, es que el crimen es un problema fundamentalmente masculino, que los varones no se convierten en criminales debido a influencias de su entorno o la sociedad sino simplemente porque son hombres.

“No estoy diciendo que todos los hombres sean criminales –declara en el artículo-, pero casi todos los criminales son, de hecho, hombres”.

El artículo añade que la señora Stephenson cree que “experiencias tales como la circuncisión en las primeras etapas de la vida quizás induzcan a conductas violentas.

(Permitaseme señalar que si querèis ver una conducta de verdad violenta en un tío, no tenèis màs que intentar circuncidarlo en una etapa posterior de su vida).

Pero he aquí el punto clave: según el artículo, Stephenson propone “que los hombres (no las mujeres) deberían cargar con el coste de las prisiones, quizá mediante un impuesto especial”.

De modo que a esto hemos llegado: un impuesto sobre los tios.

Supongo que era inevitable que alguien propusiera algo así porque, en efecto, los tios tienen la reputación de recurrir a la violencia. Ahora bien, ¿es merecida esta reputación? ¿Es justo decir que la violencia es un problema de los tios simplemente porque las mujeres casi nunca hacen algo màs violento que picar cebollas, mientras que los tios a veces tienden a perder los estribos, quizás arrear unos cuantos puñetazos irreflexivos en ocasiones, quizás incluso disparar un arma llevados por el enojo e invadir un país vecino o subirse a aviones y arrojar miles de potentes bombas sobre zonas urbanas?

De acuerdo, admitamos que los tios parecen tener un problema con la violencia. Hasta puede que June Stephenson lleve razón: quizá debería aplicarse un impuesto especial a los tios para costear el sistema penitenciario. Pero seamos justos, por favor: si vamos a gravar a los tios por las cárceles, ¿acaso no deberíamos gravar también a las mujeres por los costes adicionales que ellas imponen a la sociedad? Por

ejemplo, los científicos estiman que, sólo desde 1980, la población estadounidense ha perdido 875.000.000.000.000.000.000 de horas intentando tomar sin éxito una decisión definitiva acerca de dónde poner los muebles. Y los responsables de esto no son precisamente los tíos. Tal como he mencionado antes, si los tíos estuvieran a cargo de la ubicación del mobiliario, lo dejarían donde ha estado siempre. Casi todos los muebles del mundo seguirían estando en la antigua Grecia.

También deberíamos tener en consideración que ciertos géneros hacen un consumo mucho mayor de ciertos recursos que otros géneros. Para citar sólo un ejemplo, si todo el mundo fuese tío, la raza humana se las arreglaría la mar de bien con menos de una veinteaava parte del número actual de zapatos.

Y no olvidemos el uso de las líneas telefónicas. Consideremos qué parte de los valiosos recursos telefónicos de la nación están ocupados, en cualquier momento dado, por mujeres que tratan de decidir conjuntamente cuestiones tales como cuál es la mejor manera de celebrar el cuadragésimo cumpleaños de una amiga íntima. Muchos recursos telefónicos, ésta es la parte. Porque dos mujeres que estén tomando esta clase de decisión querrán discutir todos los aspectos de la situación, incluyendo cómo se siente la amiga a propósito de lo de hacerse mayor, y cómo se sienten todas las personas que conocen a propósito de lo de hacerse mayor, y si quizá la amiga preferirá una reunión pequeña, y si es así, a quién deberían invitar y a quién no deberían invitar, y cómo se sentirían ellas si no las invitaran, de modo que quizá sería mejor organizar una reunión un poquitín más grande, y cómo se sentirá su amiga ante una reunión un poco más grande, y cómo se sentirían ellas ante una reunión un poco más grande, y qué clase de comida deberían servir, y si deberían servir principalmente entremeses bajos en calorías, o si su amiga entonces supondría que servían entremeses bajos en calorías porque está engordando, de modo que quizá deberían servir entremeses ricos en calorías para dar a entender que no se han percatado de que está engordando, aunque esto quizá parecería una falta de delicadeza, de modo que quizá lo mejor sería servir un combinado de entremeses ricos y bajos en calorías, o quizás incluso limitarse a servir exclusivamente entremeses

semicalòricos, pero cortados en trozos pequeñitos, aunque esto quizás haría que su amiga pensara que estaban racaneando, de modo que quizás deberían bla bla bla bla bla bla y así hasta la eternidad telefónica. Dos mujeres podrían desperdiciar docenas de horas potencialmente productivas en este esfuerzo, y ese total puede elevarse fácilmente a cientos de horas si sale a colación el asunto de los centros de mesa.

En cambio, dos tíos, en una situación idéntica, prácticamente no perderían tiempo con este problema porque lo manejarán mediante la lógica, eficiente y rentable técnica de tío consistente en no tener nunca la más remota idea de cuándo es el cumpleaños de nadie. No se darán cuenta de si su amigo íntimo ha cumplido cuarenta hasta bastante después de que haya cumplido los cuarenta y cinco.

Por consiguiente, vemos que existen grandes costes económicos asociados a las mujeres, de modo que lo justo sería que, si vamos a aplicar un impuesto a los tíos por las cárceles, también aplicásemos un impuesto a las mujeres por su conducta despilfarradora. Para empezar, podríamos aplicar a June Stephenson una tasa fija de setenta y cinco mil dólares por cada ejemplar vendido de Los hombres no son rentables.

Pero me estoy alejando del tema principal de este capítulo, que es el de los tíos y la violencia. Los tíos son violentos, sí. No cabe duda al respecto. Si no te lo crees, lo único que tienes que hacer es ir a un partido de fútbol y verás tíos arremetiendo unos contra otros, golpeándose unos a otros, arrojándose al suelo unos a otros con una fuerza tremenda. Y esto sólo los tíos hinchan. Los tíos jugadores son brutales.

¿Qué hace la violencia en los tíos? Para contestar, debemos tomar en consideración la estructura genética del tío humano. Tal como sin duda sabes, cada célula de tu cuerpo contiene una minúscula molécula (o átomo) llamada ADN, que significa “AscendenteDinohidronuclearalgoNacional”. Estas moléculas de ADN contienen también a su vez cadenas de pequeños electrones llamados genes que proporcionan, mediante un código secreto, toda la información necesaria para convertirte en una persona individual,

como el color del pelo, la talla del zapato y el número de la Seguridad Social.

La clave es que ciertos genes son específicos de los hombres o de las mujeres. Por ejemplo, todas las mujeres tienen un gen que las hace desear tener una pastilla de jabòn especial en el aseo para los invitados que nadie se atreve a utilizar. Asimismo, todos los hombres tienen un gen que los científicos creen que està relacionado directamente con la violencia.

Para ayudar a que te hagas una idea màs precisa de lo que estoy diciendo, observa el siguiente diagrama científico de una molécula de ADN de tìo:

mocosecomocosecomocosecomocosecomocosecomocosecomocoseco

Fig. 1: molécula de ADN de tìo (a tamaño natural)

Si estudias detenidamente esta molécula sirviéndote de instrumentos científicos de precisión como tus globos oculares, veràs, hábilmente codificada, la causa raíz de la violencia de los tìos: el gen del coscorròn. Este gen –que prácticamente nunca se encuentra en las mujeres- recibe su nombre del hecho de que, entre otras cosas, es el causante de que, de vez en cuando, a un tìo le acometa la apremiante necesidad de agarrar la cabeza de otro tìo y estampar sus nudillos en ella. Sì, se trata de un instinto salvaje y brutal, pero durante millones de años ha sido vital para la supervivencia de la especie. Este mismo comportamiento se da todo el tiempo en la naturaleza, donde, por ejemplo, los lobos tìo constantemente intentan darse coscorriones unos a otros mientras la manada establece su jerarquía. (Ciertos tipos de marsupiales tìo también muerden toallas).

Por desgracia, el gen del coscorròn no tiene sitio en la sociedad civilizada moderna, donde puede generar serios problemas como el crimen violento, el genocidio y las cuñas radiofónicas de concesionarios de automóviles. Además, ahora sabemos que muchos desastres de líneas aéreas comerciales de los que se culpò oficialmente a “vientos cruzados” en realidad fueron causados por el copiloto –en flagrante

contravención de las normas aeronáuticas- al arrear un coscorrón al piloto durante el despegue.

¿Qué puede hacerse acerca de esta desafortunada faceta de la estructura biológica del tío? Una solución obvia, por descontado, es extirpar quirúrgicamente todos los Genes del Coscorrón de todas y cada una de las células del cuerpo del tío, sirviéndose de unas pinzas. Phil Donahue se sometió a esta operación. Pero sería poco práctico hacérsela al grueso de la población de los tios.

No, la respuesta no radica en intentar erradicar el Gen del Coscorrón, sino en proporcionar una salida segura al comportamiento resultante, en canalizar la energía del coscorrón hacia alguna actividad relativamente inofensiva, como los bolos o la defensa nacional. Cualquier actividad que conlleve derribar cosas, hacer explotar cosas, prender fuego a cosas o hacer ruidos insoportables resulta ideal para la transferencia del coscorrón.

Cuando vivía en Pensilvania, el mecánico de mi coche era Ed, un tío barbudo con una mirada penetrante y un carácter muy serio. Creo que Ed habría supuesto una gran amenaza para la sociedad de no haber sido un fanático de los fuegos artificiales. Los compraba en cantidades ingentes. Los diseccionaba para estudiarlos detenidamente en su taller. Era capaz de encontrar tiempo para esta actividad a base de apenas trabajar con los coches. Yo visitaba regularmente su taller para ver si había hecho algún progreso en mi Camaro. Tenía un Camaro del 1975 que guardaba prácticamente a tiempo completo en el taller de Ed durante buena parte del año, por si Ed disponía de uno o dos momentos libres para arreglar el embrague.

En una memorable visita al taller de Ed, al llegar encontré en la puerta un cartel de CERRADO. Eso no me desconcertó; el cartel estaba montado permanentemente en la puerta como parte del programa de Ed para eludir clientes.

Abrí la puerta y entré en el taller. El aire estaba lleno de humo de fuegos artificiales. No se veía el otro lado del taller.

-¿Ed? -grité a la nube-. ¡Soy yo, Dave! Me preguntaba si habías tenido ocasión de...

Entonces oí un estallido, bajé la vista y vi que un pequeño tanque de cartón avanzaba hacia mí a través de una nube de humo azul, lanzando una lluvia de chispas y disparando esporádicamente su pequeño cañón. Y entre la penumbra adiviné la silueta de Ed, observando el tanque con ojo crítico.

-Acabo de recibirlos de Ohio –dijo-. Me parece que no son tan buenos como los tanques que me mandaron de Tennessee, ¿no crees? No suenan tan fuerte.

A Ed le gusta que suenen muy fuerte.

-Ed –dije-, ¿hay alguna novedad sobre el embrague del Camaro?

-Si quieres oír algo fuerte –contestó Ed-, escucha esto.

Y entonces encendió lo que parecía un cartucho de dinamita, lo dejó caer al suelo y

¡¡BUMM!!

(Esta detonación todavía suena en mis oídos, pese al hecho de que tuvo lugar en 1983).

-¿Qué me dices de eso? –dijo Ed.

-Ha sido fantástico, Ed –respondí-. Oye, ¿crees que existe alguna posibilidad de que el Camaro...?

-Quiero que veas algo –dijo Ed-. Tengo un... Espera un minuto.

Se acercó a la ventana y miró fuera con recelo. Alguien acababa de detener su vehículo frente al taller. Ed detestaba que le visitaran desconocidos, pues siempre intentaban convencerlo de que les arreglara el coche. Pero quienquiera que fuese vio el cartel de CERRADO y se marchó.

Volviéndose hacia mí, dijo:

-Tengo una pistola de cola caliente.

-¿Es algo que necesitas para arreglar el Camaro? –pregunté.

Ed se partió de risa al oírme. Ésa sí que era buena, diantres. Arreglar el Camaro. ¡Ja! ¡No era de extrañar que yo fuese humorista profesional!

Resultó que la función de la pistola de cola caliente era permitir a Ed manufacturar sus propios fuegos artificiales. Fuegos artificiales que

eran mucho mayores y mucho más ruidosos que los que le enviaban esos criajos de Tennessee y Ohio. Presenció cómo Ed probaba uno de sus petardos caseros una sola vez, y puedo asegurar que si los terroristas fundamentalistas tuviesen a Ed en sus filas, no les costaría nada derribar la Muralla China al primer intento.

Pero, aún así, los fuegos artificiales eran buenos para Ed, y para la sociedad en general, puesto que daban una salida relativamente inofensiva a sus tendencias del Gen del Coscorrón, las cuales se veían exacerbadas por el creciente estrés y fastidio que le suponía dedicarse al exigente negocio de no reparar automóviles.

Creo que sin tales vías de escape, los tíos pueden devenir peligrosos. Ya sabes lo que los vecinos suelen decir sobre el tío que de repente se vuelve loco y masaca todo bicho viviente en un Burger King con una metralleta sólo porque está harto de intentar abrir esas estúpidas bolsitas de ketchup con los dientes. Los vecinos siempre dicen: ¡Era una persona muy tranquila! –Y pueden muy bien agregar: ¡Nunca lanzaba fuegos artificiales!

De modo que cuando vemos tíos enfrascados en actividades que parecen estúpidas, sin sentido, derrochadoras, destructivas e infantiles, como arrojar deliberadamente en coche a un lago, o acarrear un piano hasta lo alto de un edificio de seis pisos para averiguar qué sucederá cuando lo lancen desde el tejado, o disparar bengalas de emergencia contra calabazas, no deberíamos censurarlos. Antes bien, deberíamos felicitarles por hallar maneras legales, socialmente aceptables y habitualmente sin consecuencias fatales para liberar sus impulsos violentos.

Por eso considero que el Comité de Entrega del Premio Nobel de la Paz debería plantearse conceder un cuantioso premio en metálico a los tíos que pertenecen al Club de Entusiastas del Corvair de Chicago por sus pioneros esfuerzos en el campo de hacer explotar aspiradoras. No me estoy inventando estos esfuerzos; los he visto personalmente en un maravilloso vídeo que me enviaron Larry Claypool y Kirk Parro, ambos socios del Entusiastas del Corvair de Chicago.

(Quizàs estès pensando que unas personas que son entusiastas, de manera màs organizada, de los coches Corvair deberían tener historiales clìnico-psiquiàtricos. Pues estès en lo cierto).

Veamos los antecedentes. Un dìa Claypool y Parro estaban leyendo una publicación titulada CORSA communiqué, que es la revista oficial de la Corvair Society of America, cuando se tropezaron con un artículo con el siguiente titular:

LAS ASPIRADORAS Y LOS SIFONES NO COMBINAN

El artículo lo firmaba un tal Chess Earman, quien referìa lo que le había ocurrido una vez al intentar sacar gasolina, mediante el tradicional método del sifón, de unos de sus cuatro Corvair. No quería que le entrara gasolina en la boca, así que decidió conseguir la succiòn uniendo el extremo de la manguera del sifón al tubo de la aspiradora. Esto significaba, claro està, que estaba absorbiendo gases de gasolina directamente al interior de un motor eléctrico, el cual, como sin duda sabràs, funciona produciendo chispas en sus entrañas. De modo que antes de que se diera cuenta, Chess Earman se encontró con una explosiòn dentro de la aspiradora y un chorro de fuego expulsado por el agujero de salida, “como si fuese un motor a reacciòn”.

Afortunadamente, Earman consiguió desenchufar la aspiradora antes de que ocurriera algo grave de verdad. Pero no dejaba de ser, en efecto, un aleccionador y escalofriante relato sobre el extremo peligro que entraña hacer tonterias con gasolina y aspiradoras, y cuando Larry Claypool y Kirk Parro lo leyeron, su reacciòn natural, como tíos, fue: ¡Eh, que guay!

“Semejante desafío no debía quedar sin respuesta” es como lo expresaron en la carta que me enviaron.

Y así fue como sucedió que, durante unos años de la década de los ochenta, la gran atracciòn del picnic anual del cuatro de julio organizado por los Entusiastas del Corvair de Chicago fue la competiciòn de Aspiradoras Llameantes. Ojalà pudieras ver la cinta de vídeo, pues me resulta difícil, con meras palabras, transmitir todo el sabor de este acontecimiento. Aunque voy a intentarlo.

Cada año, los concursantes llevaban aspiradoras que se agrupaban por equipos bajo unos carteles que indicaban su marca (Equipo Hoover, Equipo Electrolux, etc.). Una por una, estas aspiradoras salían a la pista de competición, donde eran presentadas por el comentarista a través del sistema de megafonía. La boquilla de la aspiradora se colocaba en una cacerola poco honda llena de gasolina. Entonces todo el mundo se retiraba a una prudencial distancia y la aspiradora se enchufaba a una fuente de energía de 240 voltios, haciendo que el motor arrancara y la gasolina empezara a ser engullida por la boquilla.

Por lo general no ocurría nada durante unos segundos; luego solía oírse un ¡BANG! Y la aspiradora brincaba unos centímetros por encima del suelo. Esto siempre levantaba una ovación del público. A continuación ocurrían distintas cosas, dependiendo de cada aspiradora. Algunos modelos soltaban una nube de humo negro y dejaban de funcionar, haciendo que la muchedumbre las abucheara. Pero otros modelos lanzaban un chorro de llamas de varios palmos por la parte trasera durante unos segundos. Algunos modelos más robustos seguían funcionando durante varios minutos; cuanto más rato funcionaban, más las aclamaba el público, alentado por el comentarista. A veces las llamas se acababan e, inevitablemente, se oía a alguien, por lo general un tío que había estado bebiendo mucha cerveza, gritar: “¡Más gasolina!”. Algunos modelos provistos de depósito –éstos eran los más populares entre el público, que los recibía con gritos de entusiasta aprobación- explotaban violentamente haciéndose añicos, y los tapones salían despedidos como petardos.

“Los tapones de los depósitos a menudo superaban alturas de nueve metros”, informan Claypool y Parro.

Una vez terminada la participación de cada concursante-aspirante, éste era arrastrado y arrojado a un creciente y humeante montón de cacharros carbonizados y destrozados, y el comentarista decía algo bueno sobre su participación, como: “¡No ha estado mal, Electrolux número 2!” o “¡Aplausos para Hoover número 4!”.

En la grabación, de vez en cuando se ve a mujeres que pasan por delante de la cámara dirigiéndose a buscar más ensalada de patatas o lo que sea; en ocasiones miran a los tíos, que están trabajando industriosamente de la manera en que suelen hacerlo los tíos cuando

están en una misión, poniendo a punto otra aspiradora para que entre en acción, y las mujeres niegan con la cabeza dando a entender claramente que sí, que ya sabían que los tíos podían ser unos idiotas, pero que hasta entonces no se habían imaginado que pudiesen ser unos idiotas de tamaña magnitud.

Una vez más, estas mujeres no comprendían que la competición de Aspiradoras Lameantes era, en realidad, una actividad relativamente positiva para los tíos, ya que si no gozaran de esta salida, sería hartamente probable que emprendieran algo con consecuencias nefastas. Estoy convencido de que nadie querría abrir el diario una mañana y leer un titular que diga: "Chicago ha estado a punto de ser pulverizado a causa de un fallo en un Corvair experimental propulsado por energía atómica".

No, la competición de Aspiradoras Lameantes probablemente sea algo bueno. No obstante, quiero hacer hincapié en que también es algo muy peligroso que no debería intentar ningún mero aficionado. Recuerda que los tíos que lo hacían no eran civiles normales sin una formación específica: eran Entusiastas del Corvair. Y tomaron ciertas medidas de seguridad básicas como el montaje de un sistema de megáfonía. No olvides que la gasolina y las aspiradoras no combinan y no intentes nunca, bajo ningún concepto, hacer algo parecido por tu cuenta y riesgo. Y si lo haces, por favor, hazme saber dónde y cuándo.

EL LADO DOMÈSTICO DE LOS TÌOS

O: La verdad secreta sobre por qué los tíos son mejores en mates

O: Cuál es el origen de las normas

O: Razones perfectamente legítimas para que una persona se suene la nariz con la ropa sucia

O: No seamos tan puñeteramente críticos con las lombrices

Probablemente, el sector de la economía estadounidense con un crecimiento más sostenido sea el que realiza encuestas preguntando a las mujeres por los puntos flacos de los hombres. Cada dos por tres aparecen artículos en la prensa en que se afirma que el 97,2% de las mujeres estadounidenses encuentra a los hombres patéticamente ineptos en un campo u otro, siendo las principales áreas de deficiencia masculina:

- Las tareas del hogar.

- Los orgasmos.

Cuando digo orgasmos no estoy dando a entender, ni mucho menos, que los tios no tengan orgasmos. Los tios tienen cantidad de orgasmos. Casi todos los tios tienen más orgasmos en un único día (y aquí estoy pensando en un día de las vacaciones de verano entre los dos últimos cursos de secundaria) que algunas mujeres (y aquí estoy pensando en Margaret Thatcher) a lo largo de toda su vida.

No, la gran queja que plantean las mujeres es que los tios con frecuencia no saben inducir orgasmos. Esto se debe a que la estructura biológica del tío, tal como he explicado en el capítulo 2, está diseñada para garantizar la supervivencia de la raza humana puesto que dota a los tios con la capacidad de alcanzar orgasmos casi instantáneos con prácticamente cualquier tipo de estímulo (y aquí no estoy pensando en Margaret Thatcher).

Esta capacidad revistió una importancia vital hace millones de años, cuando los humanos primitivos vivían en un entorno hostil. En aquel entonces, un tío no podía permitirse perder mucho tiempo con zarandajas sentimentales de estimulación erótica como besar, abrazar, acariciar, soltar el cacho de carne que estaba royendo, etc. Un tío tenía que alcanzar de inmediato el orgasmo con la hembra (o, si no había hembra disponible, con su mano o con un ejemplar prehistórico de la revista Playboy), de modo que enseguida estuviera listo para luchar contra depredadores o para salir a cazar o, de suma importancia biológica, para echarse una siesta.

Por desgracia, en los tiempos modernos la capacidad de tener orgasmos rápidos y acto seguido caer dormido ya no se valora como antaño, sobre todo entre las mujeres. Cuando las mujeres modernas describen las cualidades que buscan en el hombre ideal, “que sea un eyaculador realmente precoz” suele quedar en los últimos puestos de la lista.

Por consiguiente, nos encontramos con una disparidad fundamental entre las necesidades sexuales de los hombres y las mujeres, tal como se muestra en la tabla siguiente:

Tiempo medio requerido para alcanzar el orgasmo.

HOMBRES	MOSCAS DE LA FRUTA	MUJERES
2,3 (medido en segundos)	4,7 (medido en segundos)	5,6 (medido en episodios de Hospital Central)

Esta disparidad causa mucha infelicidad, porque cuando un hombre y una mujer intentan mantener una relación sexual, él suele llegar al clímax antes de que ella esté preparada. En ocasiones, él llegará al clímax antes de que ella esté, técnicamente, en la habitación.

Naturalmente, los tios cargan con todas las culpas por este problema. En ocasiones piensas que, aunque sólo sea una vez, un personaje público influyente (y aquí estoy pensando en el ministro de Economía) dirá en una conferencia de prensa:

“¡Eh! ¡Mujeres! ¡Procurad tener orgasmos más rápidos para que todo el mundo disponga de más tiempo para hacer crecer la economía y crear puestos de trabajo que tanto necesitamos, por no hablar de ver EstudioEstadio!”.

Pero no. Tal como suele pasar, la responsabilidad de este cambio recae enteramente sobre los hombros de los tios. Así pues, a lo largo de los años, los tios han desarrollado toda una gama de técnicas para retrasar el orgasmo agrupadas en dos categorías: físicas y mentales.

La técnica física más efectiva, perfeccionada a través de los años por los mejores amantes del mundo (y aquí estoy pensando en mi amigo Tom Shroder, que fue quien me la contó), consiste en que el tío, justo cuando va a alcanzar el orgasmo, golpea violentamente la cabeza contra el cabezal de la cama y se hace un chichón del tamaño de una pelota de golf. Otra técnica física muy efectiva consiste en que, en el momento crítico, el perro del tío, que ha entrado sigilosamente en el dormitorio y tiene el morro a una temperatura bajo cero, decide que es el mejor momento para olisquear el trasero desnudo del tío:

Naturalmente, las técnicas físicas no resultan prácticas en todas las situaciones, como cuando un tío está congeniando con su cita pero han decidido ir a casa de ella. (“¿Te importa que antes pasemos un momento por mi apartamento? –preguntará el tío-. Tengo que recoger a mi perro”). De ahí que los tios que desean retrasar el orgasmo también hayan desarrollado ciertas técnicas mentales.

La primordial es la técnica de las matemáticas, que es cuando el tío intenta distraerse del acto sexual mediante la resolución de una ecuación matemática. Esta técnica es la causante de que, a lo largo de los años, la inmensa mayoría de logros en el campo de las matemáticas se hayan debido a los tios. No tiene nada que ver con que los tios sean mejores en mates por naturaleza, sino con que los tios tratan desesperadamente de pensar en las matemáticas para apartar de su mente el hecho de que están realizando el acto sexual. (No creerás que Isaac Newton realmente

estuviera sentado bajo un manzano cuando entendió la gravedad, ¿verdad?).

El problema que presenta la técnica de las matemáticas es que, habida cuenta del declive general de las aptitudes académicas en Estados Unidos, muchos tios son incapaces de resolver problemas de matemáticas sin calculadora, artefacto que, aun si se utiliza con finura y sutileza, puede echar a perder el romance en un abrir y cerrar de ojos. De ahí que cada vez sean más numerosos los tios que echan mano de la técnica alternativa de Imaginar Algo Realmente Poco Atractivo, y aquí una vez más estoy pensando en Margaret Thatcher o, en casos extremos, en Nancy Reagan en traje de baño.

Lo que quiero decir con esto es que muchos tios hacen un esfuerzo tremendo y a veces doloroso para ser más efectivos a la hora de satisfacer a sus parejas y que, sin embargo, según las normas de rendimiento sexual aceptadas por la mayoría, siguen siendo considerados lastimosamente ineptos. ¿Y sabes por qué? Pues porque las mujeres establecen las normas. He aquí el quid de la cuestión. Y no me estoy refiriendo sólo a las normas sexuales; me refiero a todas las normas.

Esto se debe a que las mujeres inventaron las normas. Sucedió un día fatídico de hace millones de años, cuando todos los tios primitivos habían salido al bosque a realizar alguna tarea importante de tío como cazar animales salvajes o hurgarse la nariz con palitos. Mientras, en el poblado, las mujeres estaban machacando raíces para ponerlas lo bastante tiernas como para tirarlas cuando de súbito una de ellas, que era reconocida como la Mujer Lista, dijo a las demás:

-¿Sabéis lo que necesitamos? Necesitamos unas cuantas normas.

Y todas respondieron:

-Sí, tienes razón... ¿Qué son normas?

Y Mujer Lista dijo:

-Normas es cuando decimos a nuestros cónyuges: "Prohibido hacer algo". Por ejemplo, podríamos decir: "Prohibido hacer pipì en la caverna".

Y todas, asombradas, dijeron:

-¿Podemos decir eso?

Y Mujer Lista contestò:

-¿Por qué no?

-Pero, ¿por qué iban a obedecernos nuestros cónyuges? – preguntaron las demás mujeres.

-Porque –dijo Mujer Lista- los miraremos de Cierta Manera.

Y exhibió una nueva expresión que había estado perfeccionando, una expresión que sólo las mujeres pueden adoptar, una expresión que

tiene el misterioso poder de hacer que los tios se den cuenta de que estarán en un buen lio sin saber exactamente por què.

-¡Uau! –exclamaron todas, muy impresionadas.

Entonces una de ellas dijo:

-¿Y què os parece “Prohibido mascar pescado durante el acto sexual”? ¿Eso puede parecer una norma?

-Por supuesto –dijo Mujer Lista.

Y otra mujer dijo:

-¿Podemos decir “Prohibido hacerse los listillos con las respectivas esposas”?

-Sin duda –dijo Mujer Lista.

Y otra mujer dijo:

-¿Y una norma que diga “Prohibido emigrar a tierras lejanas sin detenerse una sola vez para que las mujeres puedan ir al lavabo”?

-¡Sì! –dijo Mujer Lista-. Podemos dictar todas las normas que queramos. ¡Hasta podemos establecer normas de higiene personal!

-¿Què es higiene personal? –preguntaron las demás.

-Higiene personal –dijo Mujer Lista- es, por ejemplo, “Prohibido guardar carne en el sobaco”.

-¡Uau! –exclamaron las demás.

De modo que cuando los tios regresaron al poblado recibieron un tremendo shock.

-¿Què significa esto de “Prohibido hacer pipì en la caverna”? –preguntaron-. ¡Siempre hemos hecho pipì en la caverna!

Pero las mujeres los miraron de Cierta Manera y los tios comprendieron al instante que, si no obedecían las nuevas normas, su delicado entramado social primitivo iba a resentirse y, además, no iban a echar un polvo en los próximos dos milenios. Así pues, aunque no comprendieron las normas, hicieron cuanto pudieron por seguirlas.

Èsta es básicamente la situación en que nos encontramos hoy. La única diferencia es que ahora tenemos muchas màs normas. Como ya hemos señalado, hay normas de rendimiento sexual ridículamente incompatibles con la estructura biológica del tìo. Existen normas sociales que conllevan ser sensible: recordar aniversarios, escuchar durante las conversaciones, no tirarse pedos ruidosos adrede y no largarse durante seis u ocho meses seguidos sin dejar al menos una nota. Hay miles de notas relativas a la vida en el hogar que incluyen conceptos tan ajenos a los tios como cortinas, colchas, servilletas, mantequeras, entremeses, gatos de porcelana, pinzas para la ensalada, toallas de manos, hornillos para mantener la comida caliente en la mesa, arreglos florales, manteles,

papeles para forrar estantes, posavasos, armarios de ropa blanca, alfombrillas, ambientadores, perchas, planchas, jaboncillos con forma de frutas y cajas decorativas para guardar pañuelos de papel que vienen de fàbrica en cajas perfectamente utilizables. Sòlo por nombrar unos pocos.

Los tìos, si los dejaran a solas en la naturaleza, desarrollarìan estilos de vida que no requerirìan ninguna de estas cosas. Esta afirmaci3n se fundamenta en mi propia experiencia personal cuando de soltero vivìa en un apartamento en Westchester, Pensilvania, con mi amigo Randall Shantz. Cuando nos mudamos, echamos un vistazo al apartamento, que era como un yermo estéril, desprovisto de muebles, y nos dimos cuenta de que necesitàbamos un futbolín. Así que nos hicimos con uno de esos aparatos con hombrecitos que giran como posesos mientras tÙ manejas las barras frenéticamente y los insultas por ser tan ineptos. Èste fue el mueble que presidi3 nuestra sala de estar.

Naturalmente, no tardamos en conseguir otros. Consistìan en unas cuantas sillas de jardín, un televisor y un conejo que se llamaba Flyer, capaz de beber cerveza y cagar aproximadamente 584.000.000.000.000 de bolitas duras al dìa. Esto era pràcticamente todo, en lo que a decoraci3n atañe. Jamàs se nos habrìa pasado por la cabeza pagar dinero a cambio de algo para tapar las ventanas o por un plato especial para poner la mantequilla. En la nevera nunca tenìamos otra cosa que no fueran cervezas y tè helado de la marca Wawa, que era lo que solìamos desayunar junto con unos cuantos cigarrillos nutritivos de la marca Marlboro. Me parece que tenìamos un plato, de color blanco, que guardàbamos en el fregadero, listo para ser aclarado si se presentaba una ocasi3n formal que requiriese un plato, como cuando no encontràbamos un cenicero. De nuestra cena se encargaba Pizza Hut, cuyas creaciones comìamos directamente de las cajas cuando veìamos la televisi3n.

Aparte de aclarar el plato y barrer las cagarrutas de conejo cuando venìan visitas, apenas nos dedicàbamos a la limpieza, dado que tenìamos muy pocas cosas que limpiar. Dejàbamos el cuarto de baño màs bien a su aire, pues tenìamos la teorìa de que cuando los hongos alcanzaran cierto tamaño y nivel de agresividad, ya encontrarìamos otro apartamento.

Era un estilo de vida sencillo. Nos proporcionaba las comodidades bàsicas y, al mismo tiempo, dejaba suficiente espacio libre como para celebrar campeonatos de frisbee en pista cubierta. Por supuesto, segùn las normas màs elementales del àmbito domèstico, Randall y yo vivìamos como unos salvajes. Pero lo cierto es que no lo sabìamos, pues èramos tìos, y los tìos, en su estado natural, simplemente no son conscientes de

las normas domésticas, del mismo modo que los peces no son conscientes de la bolsa de valores.

Èste es el estado de profunda ignorancia en que se encuentra el tío común cuando empieza a convivir con una mujer. Puede que tenga tres o cuatro normas (“Prohibido escupir en la cama”, por ejemplo), y ella tiene cientos, quizá miles de ellas. Ella tiene normas estrictas sobre qué fundas de almohada van con qué sábanas; èl ha dormido con una almohada desnuda durante años, desde que utilizò la única funda de almohada para secar la motocicleta después de lavarla en la ducha.

(Llevo casado, intermitentemente, desde 1969 y todavía no capto qué sentido tiene hacer la cama).

La mujer y el tío tienen conceptos radicalmente distintos de lo que significa “limpio”. Cuando la mujer limpia el cuarto de baño, se arma de numerosos productos y utensilios especializados en limpiar, fregar, sacar brillo y desodorizar el vidrio, la porcelana y las baldosas. Erradicarà la suciedad a escala molecular. Seguirà el rastro y destruirà cada espora individual de moho. De hecho, una mujer es capaz de oír los gérmenes, y sabe cómo hacerles gritar. Dejarà el inodoro tan limpio que incluso podría utilizarse para una operación quirúrgica. Mientras que el tío, si le ordenan limpiar el baño, entrará con una única toalla de papel y el primer bote de spray que pille. Puede que sea de Glaxo, o puede que sea de Raid. El tío pasará unos tres minutos en el cuarto de baño, esparciendo el contenido de su spray al azar para luego secarlo con la toalla. No prestarà atención a si en efecto està dejando el cuarto de baño más limpio o no. Ya podría haber un cadáver en la bañera, que el tío no hará más que rociarlo y secarlo.

Quizás pienses que estoy exagerando la brecha que separa a tios y mujeres en los asuntos domésticos. Si es así, quizá te interese leer esta carta que recibí:

Apreciado Dave:

Necesito tu opinión. Mi novia està intentando cambiarme. No le gusta la manera en que vivo, aunque yo la considero práctica y eficiente.

Ante todo no le gusta que me sene la nariz con la ropa sucia. Cada vez que tengo un resfriado, en lugar de gastar un dólar en un paquete de Kleenex, me sueno la nariz con unos calzoncillos sucios o una camisa de mi cesta de la ropa sucia. Tal como lo veo, esas prendas ya están sucias y tarde o temprano acabarán siendo lavadas. ¿A qué viene tanto alboroto, pues? Mi novia dice que es una ordinarietà.

Además, hace poco estaba friendo unas patatas y, cuando escurri el aceite, cayeron unas gotas al suelo de la cocina. En lugar de hacer el tonto con el aceite hirviendo, le dije que esperaba que se enfriara durante toda la noche y por la mañana

lo limpiaría. Por supuesto, se puso como una loca. Cualquiera hubiese dicho que le había propuesto salir a inhalar fibras de amianto.

Finalmente, tengo la costumbre de apilar los diarios viejos. Los meto en bolsas de supermercado y los guardo en mi apartamento. Mi novia no para de chincharme para que los lleve al centro de reciclaje, pero el caso es que he descubierto que puedo ordenar las bolsas para que formen muebles. Así, no sólo he ahorrado un buen dinero en gasolina, sino que me he procurado un tresillo nuevo muy resistente. Lo cierto es que no utilizo mucho el sofá, pero resulta que puedo guardar un montonazo de botellas de cerveza encima de él. Te pido por favor que me ayudes a salvar mi relación. ¿Lo estoy haciendo mal o simplemente soy un tío lógico y práctico?

Sinceramente,

Brian Robinson.
Portland, Oregón.

Siendo tan objetivo como sea posible sin una operación de cambio de sexo, en este caso no tengo más remedio que ponerme de parte de Brian. O sea, comparado con un montón de tíos, Brian es la estrella de la sección hogar. Conserva las bolsas del supermercado. Sabe freír patatas. Incluso tiene un cesto para la ropa sucia. Y no obstante, por culpa de unos pocos incumplimientos menores de las normas, todo su estilo de vida está siendo objeto de ataques.

Y ya que estamos en el tema de que las mujeres son bastante severas con los tíos, tomemos en consideración al siguiente pasaje de una carta que me mandó Alison Schuler, de Albuquerque, Nuevo México.

Una buena mañana mi marido me anunció que la noche anterior, víspera de un viaje de trabajo de dos días, había descubierto que no le quedaba ropa interior limpia. Por qué me lo dijo, no lo sé. Cuando yo me quedo sin ropa interior limpia, nunca se lo cuento. En fin, el caso es que decidió remediar la situación como sólo se le ocurriría hacerlo a un tío, es decir, lavando exactamente dos mudas de ropa interior, haciendo caso omiso del montón de calzoncillos y camisetas que había en el cesto de la ropa sucia, los cuales, presumiblemente, se lavarían por arte de magia durante su ausencia.

Èste es un ejemplo perfecto de la clase de frase estereotipada hiriente y discriminatoria (otra es èsta: los tíos siempre acaparan la manta) que las mujeres, como grupo, siempre andan diciendo. El mero hecho de que el marido de la señora Schuler no haga toda la colada no significa que no haya millones de varones que sí hacen la colada para luego tenderla a secar bajo los tres soles del planeta Xoomar, que es donde viven. Admitirè, no obstante, que la mayoría de los tíos del planeta Tierra no hacen más colada que la absolutamente imprescindible. Un tío no tendrá nada que objetar a una carga de ropa de un solo calcetín. Es perfectamente plausible que un tío decida lavar sólo la parte sucia del calcetín.

¿Por qué ocurre esto? ¿Acaso los tíos no son más que un hatajo de cerdos irresponsables? Sí, pero esta no es la causa de sus problemas para hacer la colada. La causa de dichos problemas reside en que los tíos, incluso cuando han aprendido que deberían hacer la colada, tienen miedo de hacerla, sobre todo la colada que pertenece a personas de otros géneros, pues saben que es harto probable que, una vez más, acaben metidos en un buen lío. La clave de la cuestión es que las mujeres suelen tener un montón de prendas delicadas con etiquetas llenas de instrucciones de lavado como éstas:

No lavar a máquina. No usar lejía. No usar agua caliente. No usar agua templada. No usar agua de ninguna clase. No tocar esta prenda, si no es con guantes esterilizados de cirujano. Suelta esta prenda inmediatamente.

Estas instrucciones me intimidan mucho. Yo desarrollé mis aptitudes lavanderiles en la universidad, donde solía emplear lo que los científicos de la colada llaman el Sistema del Montón, que consiste en dejar los calzoncillos sucios en el suelo hasta que forman un montón que te llega a la cintura, de modo que los calzoncillos de abajo se ven sometidos a un calor y una presión que hacen que, al cabo de varios meses, estén lo bastante limpios como para ponértelos si estás desesperado y los rocías con desodorante de la marca Implacable. Cuando vivía con Randall, con nuestra ropa sucia alimentábamos grandes lavadoras carnívoras situadas en el sótano del edificio y que funcionaban con monedas; cuando terminábamos, simplemente desechábamos todas las inutilizadas. De ahí que la mayoría de los tíos casados opten por el Sistema del Cesto de la Ropa Sucia, que es semejante al Sistema del Montón, sólo que en este caso la ropa realmente sale limpia, gracias a los rayos mágicos de la cesta.

Vale, estoy bromeando. Soy perfectamente consciente de que la ropa de la cesta la lavan personas como Alison Schuler, de Albuquerque, Nuevo México. Pero también sé que las mujeres siguen un complejo procedimiento que incluye seleccionar y poner en remojo, así como veintisiete combinaciones distintas de temperaturas de agua y compuestos químicos como suavizante, quitamanchas, endurecedor, crema de enjuague, ungüentos, supositorios, plutonio enriquecido, etc. Una mujer no dejará que un tío haga su colada a no ser que éste haya seguido años de formación, pues da por sentado que la pifiará, y hará que sus prendas encojan hasta parecer ropa de muñecas, o que se transmutarán en la secadora de modo semejante a lo que le ocurrió a

aquel desdichado científico en la película La Mosca, de modo que acabará con, por ejemplo, un sostén con perneras.

De ahí que las mujeres se muestren renuentes a dejar que los hombres se acerquen a la colada, tal como se desprendió de una encuesta efectuada entre varias mujeres que conozco. Hallé una reacción típica en Judi Smith, quien hizo la siguiente declaración a propósito de su marido, Tim, catedrático de filosofía:

“No me fío un pelo de él para que haga mi colada, a no ser que yo la haya seleccionado y le haya dado instrucciones estrictas antes de cada lavado, porque de lo contrario toda nuestra ropa sería malva o gris. Guarda su ropa húmeda, pero no puede guardar la de otra persona porque es incapaz de doblar. Pero es que no sabe doblar ni siquiera una toalla, por el amor de Dios. No sé por qué, pero el caso es que es incapaz de juntar los extremos. Ni siquiera los de una toalla de manos”.

No estoy defendiendo a los tíos, sólo estoy diciendo que muchos de nosotros hemos desarrollado una poderosa coladafobia y que seguiremos padeciéndola mientras las mujeres sigan poniendo los ojos en blanco y apartándonos a empujones de la lavadora cuando nos disponemos, por ejemplo, a lavar nuestras prendas más delicadas junto con la funda de nuestro coche. Esto también es válido en otros campos fundamentales de las tareas domésticas como limpiar, cocinar y recordar con exactitud donde hemos dejado a los niños. Sí, nosotros, los tíos, tenemos dificultades en estos campos, pero no es culpa nuestra. Se trata de una situación comparable a la de las lombrices. Las lombrices, por lo general, no gozan de una buena imagen pública porque son organismos repulsivos que se meten en los intestinos de la gente y se comen el alimento de las personas y crecen hasta alcanzar las longitudes de dieciocho metros y tienen millones de repulsivos bebés lombriz. Ahora bien, ¿acaso es culpa suya? ¡No! ¡Es su naturaleza! ¡Y a los tíos les sucede lo mismo! Los tíos son exactamente como las lombrices, salvo que es menos probable que te echen una mano para fregar los platos.

Por eso os estoy pidiendo a vosotras, las mujeres, que por favor tratéis de ser un poco más comprensivas. Cuando veáis al tío de vuestra vida tumbado en el sofá eructando esporádicamente con la vista perdida en un partido de fútbol a pesar de haberle rogado catorce veces que saque la basura, no tengáis pensamientos sombríos y desdeñosos. En su lugar, pensad en dos palabras que os recordarán los problemas profundamente arraigados contra los que él está luchando en su fuero interno para superarlos; dos palabras que os ayudarán, aunque sólo sea

un poco, a compartir su dolor. Estas dos palabras son, por supuesto, “paràsito intestinal”.

Mujeres, con vuestra ayuda y comprensión, los tìos podemos ser mejores. Y seremos mejores. Pasito a pasito, por doloroso que resulte, superaremos nuestras carencias naturales y nos pondremos a la altura de vuestras normas de conducta personal. Esto no ocurrirà mañana ni pasado mañana, y tampoco necesariamente antes de que la Tierra se estrelle nuevamente con el Sol. Pero ocurrirà algùn día porque los tìos nos sentimos hartos de no estar a la altura de vuestras expectativas, y sabe Dios que vamos a empezar a intentar cambiar de verdad.

Aunque no hasta después de la final.

TÌOS EN ACCIÒN

A lo largo de los años, los tìos han sido objeto de numerosos improprios maliciosos. Los tìos han cargado con las culpas de casi todas las cosas terribles que han sucedido en la historia, incluyendo la guerra, el genocidio y los torneos de pesca de lubina.

De acuerdo, lo merecemos. Pero la moneda de los tìos tiene otra cara. Resulta que también existe un sinfín de tìos que realmente han dejado huella; tìos que han realizado hazañas heroicas que no han sido debidamente reconocidas; tìos que cada vez que surgía el fantasma de los problemas y era preciso que alguien tomase medidas, por ejemplo, cuando a dos minutos del final del partido el equipo tenía tres jugadores expulsados pero mantenía el marcador 0-0 y alguien tenía que lanzar un penalti y todo era cuestión de quièn tenía en verdad el Deseo y la Voluntad de Ganar; cuando había llegado la hora de la verdad y había que separar a las ovejas de las cabras, fuera con arrojo o renunciando a la apuesta; cuando no había ateos en las trincheras y una moneda ahorrada era una moneda ganada y tenías que caminar doce kilómetros descalzo por la nieve para ir al colegio y una hogaza de pan costaba un centavo pero nadie tenía un centavo y lo máximo que podías esperar era encontrar en tu calcetín por Navidad era un chicle usado pero tú no te quejabas, no señor, porque corrían tiempos malos para todo el mundo, no como hoy, cuando los niños tienen juegos Nintendo y fideicomisos y van por ahí con zapatillas carísimas y con gorras con la visera hacia atrás, lo cual tiene tan poco sentido como (probablemente también lo hagan pero no quiero

saber nada al respecto) ponerse los suspensorios al revés, y no me hagas hablar de esa manía del body-piercing que hace estragos entre la juventud actual, haciendo que unos se pongan anillos en la nariz, por el amor de Dios, lo cual no me parece nada higiénico, motivo por el que, aunque por lo general no soy partidario de la injerencia del gobierno en la vida privada de los ciudadanos, considero que debería haber una ley que obligara a cumplimentar un test de inteligencia antes de perforarse la nariz, test que podría consistir en una sola pregunta (¿Quieres que te perforen la nariz?), y que si dices la respuesta errónea (Si) se te prohibiera legalmente que te perforaran la nariz, y antes de que mande una carta algún abogado liberal, comunista y vegetariano, defensor de causas perdidas, de la Asociación Pro Libertades Civiles, sosteniendo que semejante ley atentaría contra los derechos constitucionales de la gente, permítaseme señalar que nuestra Constitución en el artículo 6, sección IV, versículo 2, establece explícitamente: “Por cierto, nada de lo recogido en esta Constitución debe interpretarse en el sentido de que las personas tengan derecho a llevar joyas en la nariz”, y pasar por alto la clara intención de estas palabras de nuestros contituyentes sería un insulto a esta nación y a sus muchos ciudadanos respetuosos de la ley, sobre todo a los innumerables tios que cada vez que resurgía el fantasma de los problemas... TOMARON MEDIDAS.

Me gustaría hablar de algunos de estos tios olvidados. Empezaré por la historia absolutamente verídica de un tío que conozco personalmente. Va de cómo superó una situación de emergencia durante lo que pudo haber sido una catástrofe natural de primer orden. A este tío le llamaremos “Wally” y a su esposa “Lynne”. Les pongo alias porque en este relato aparece el consumo de marihuana.

Permítaseme hacer hincapié, en bien de los lectores jóvenes más impresionables, en que la marihuana es muy, muy mala. La investigación médica ha demostrado que las personas que fuman marihuana son más de ocho veces propensas a comer masa de galletas cruda que las que no la fuman. Y las cifras son todavía más alarmantes a propósito de los pimientos.

Pero hubo un tiempo, no hace muchos años, en el que muchas personas desconocían esto peligrosos efectos secundarios, y fue durante esa época cuando Wally y Lynne fumaron un poco de marihuana en su casa de Miami. Después decidieron pasar la velada tumbados en la cama, viendo una película de Mel Brooks en la tele.

Resultó que esa marihuana era muy potente, y Wally y Lynne estaban extremadamente colocados. Estoy convencido de que tú, igual

que yo y Bill Clinton, nunca te has encontrado en ese estado, pero por las revistas mèdicas sabemos que una persona bajo la influencia de marihuana potente es comparable –en cuanto a actitud de alerta, tiempo de reacci3n, habilidad para resolver problemas y funcionalidad general del sistema nervioso- al lin3leo. Una persona en este estado es incapaz de pensar deprisa y tomar decisiones eficaces. Las personas en ese estado pueden tardar m3s de dos horas en abrir una lata de refresco (¿Te das cuenta de que la lengüeta de la gaseosa en realidad est3 hecha de millones y millones de mol3culas?).

Èste es el estado en que se encontraban Wally y Lynne mientras veían la película cuando, de repente, èsta fue interrumpida en mitad de una escena por un locutor con cara de susto para dar un boletín informativo urgente: un tremendo huracán avanzaba directamente hacia Miami.

Transcurrieron unos minutos mientras esta informaci3n se abría paso en las respectivas conciencias de Wally y Lynne. Entonces èsta dijo:

-Oh, Dios mío.

-Oh, Dios mío –dijo Wally.

-Wally –dijo Lynne-, ¿qu3 vamos a hacer?

De modo que así estaban las cosas. Wally se encontraba en la situaci3n de presi3n límite para todo tío: había un problema al acecho, un gran problema, y su mujer esperaba que èl tomara una decisi3n. Wally sabía, pese a su deteriorado estado, que tenía que tomar medidas. Había que cerrar las persianas contra huracanes. Había que despejar el patio de todos los objetos sueltos que, empujados por el viento huracanado, podían convertirse en misiles mortíferos. Había que abastecerse de provisiones de emergencia. Puede que incluso fuese necesario largarse de allí, puesto que Wally y Lynne vivían en una zona baja, cerca del agua.

Y no quedaba mucho tiempo: el televisor mostraba en aquel momento fotografías tomadas por satélite del monstruoso huracán, que se acercaba inexorablemente. Wally mir3 la pantalla, y luego a Lynne, que lo miraba llena de angustia, esperando que le dijera algo, dependiendo de èl para sobrevivir. Luchando para disipar la niebla que invadía su cerebro, Wally consider3 la situaci3n y, finalmente, tom3 una decisi3n.

-Lynne –dijo-, vamos a morir.

Parecía una decisi3n firme. En el estado en que se encontraban resultaba impensable que pudieran escapar. Había razones de peso para dudar de que, sin ayuda, fueran capaces de recordar c3mo se abría la puerta del dormitorio.

En la pantalla, las voces de los locutores sonaban cada vez más apremiantes. En el dormitorio, Wally y Lynne estaban cada vez más angustiados. Deseaban con todas sus fuerzas actuar, pero su trastorno funcional era más fuerte; lo único que podían hacer era ir de un lado a otro sin apartar la vista del televisor, Lynne hecha un mar de lágrimas, Wally tirándose del pelo con impotencia, ambos pendientes de los locutores cada vez más cariacontecidos mientras daban noticias cada vez más malas.

-Vamos a morir –repitió Wally, no fueran a distraerse del asunto que los ocupaba.

Nadie –y mucho menos ellos- sabe cuánto tiempo pasaron en semejante agonía. Pero entonces, de repente –y por eso estoy orgulloso de ser tío- Wally tuvo una idea. Llamémoslo Reserva Interna de Fuerza de Tío; llamémoslo instinto; llamémoslo ganas de vivir. Fuera lo que fuese, algo muy profundo dijo a Wally que todo no podía terminar de aquel modo. De una manera u otra supo que había una respuesta y que si lograba concentrarse lo suficiente sería capaz de desenterrarla de los rincones más hondos de su cerebro... Si fuese capaz de recordar qué era... Un momento... ¡sí! ¡Eso es!

Se volvió y miró a Lynne. Ella le sostuvo la mirada, con el rostro anegado en lágrimas. Algo en los ojos de su esposo le dijo que quizá –sólo quizá- tenían una oportunidad.

-Lynne –dijo Wally-, estamos viendo una cinta de vídeo.

Tenía razón. Habían olvidado que estaban viendo una cinta de vídeo prestada. Sin que ellos lo supieran, había sido grabada cuando el huracán David se aproximaba al sur de Florida; puesto que este acontecimiento había ocurrido años atrás, el peligro que ahora suponía el huracán David para Wally y Lynne era, matemáticamente, insignificante.

-Dios mío, tienes razón –dijo Lynne, y sus ojos reflejaban amor y, sí, devoción.

¿Y por qué no? Iban a vivir.

Su tío la había salvado.

Y esta es sólo la historia real de un tío que salvó el día gracias a su capacidad para pensar deprisa. Otro ejemplo es el de un incidente ocurrido en Turquía el 8 de septiembre de 1992. El tío que protagonizó este caso era un piloto norteamericano que volaba en un caza hacia el extremo noroccidental de Irak para patrullar la zona de exclusión aérea establecida allí. Se suponía que era una misión de rutina. Pero cuando vuelas con un caza de altas prestaciones hacia un territorio

potencialmente hostil, en realidad nunca hay nada que pueda considerarse rutina.

Al principio no había ningún indicio de peligro. Pero progresivamente el piloto comenzó a notar que algo iba mal. Cuando has acumulado muchas horas de vuelo en esta clase de misiones, desarrollas una “sensación en las entrañas” para esta clase de cosas, de modo que no tardò en saber, en el fondo de su ser, que realmente tenía que hacer pipì.

Esto planteaba un problema. Los aviones de caza modernos no incluyen aseos, eliminados hace años como parte de la reducción del presupuesto militar, reducción que también trajo aparejada la desaparición del servicio de bebidas. Y, por supuesto, el piloto, que volaba a miles de kilómetros por hora, no podía hacer algo tan simple como orinar por la ventanilla, ya que parte del pipì podría lloverles a los kurdos, quienes eran precisamente el pueblo que su misión tenía por objeto proteger.

Afortunadamente, tenía lo que en la fuerza aérea se denomina “bolsa de hacer pipì”, un artefacto consistente en una esponja dentro de un recipiente de plástico, diseñado para que los pilotos puedan vaciar la vejiga en pleno vuelo. El problema fue que, cuando se desabrochò el cinturón de seguridad y ajustò el asiento, la hebilla del cinturón quedò encajada entre el asiento y la palanca de mando, haciendo que el avión escorara de golpe hacia la derecha. El aparato empezó a caer en una barrena mortal desde diez mil metros de altura. El piloto luchò por recobrar el control pero sus esfuerzos fueron en vano; cuando alcanzò los seiscientos metros de altura, sin que casi le quedara tiempo, tomò la decisión de eyectarse, saliendo disparado del avión justo a tiempo.

Gracias a este rápido pensamiento fue capaz de eludir lo que podría haber sido un autèntico desastre. El único inconveniente fue que un avión de dieciocho millones de dólares se convirtió al instante en un montòn de chatarra. Pero lo importante es que no se hizo pipì en los pantalones. Al menos el artículo no menciona que se lo hiciera. Tampoco menciona què fue de la bolsa de hacer pipì. Espero que la recuperaran los muchachos de nuestro bando. Nadie quiere que un artefacto de tanto valor militar caiga en manos del enemigo.

Para nuestro próximo ejemplo de tìos en acción nos vamos a Grant`s Pass, Oregòn, donde unos tìos tenían lo que la prensa describió como un “grupo de rafting y vivac”, llamado Montañeros Anònimos. En mayo de 1993, este grupo celebrò un ritual de iniciación para un nuevo socio. Quizá te gustaría adivinar en què consistió dicho ritual. Si has supuesto que se tratò de una ceremonia llena de significado humano, en

la que los tios se abrazaban unos a los otros y tocaban tambores y compartian sus sentimientos masculinos màs íntimos, es que no has prestado suficiente atención a este libro.

No, el ritual consistió en tomar unas cuantas cervezas, poner una lata encima de la cabeza del nuevo socio y luego derribarla con una flecha. Esto es un autèntico ritual de tios. Los Montañeros Anònimos no están para tonterias. No, ellos tienen un ritual que significa algo, un ritual que realmente se incrustarà en la mente del nuevo socio, que además es lo que en este caso le ocurrió a la flecha. Penetrò en la cabeza del nuevo socio a través de su ojo derecho, le atravesò el cerebro y se detuvo en la parte posterior del cràneo.

Esto no lo matò. No puedes matar a un tío de verdad limitándote a perforarle el cerebro con una flecha. Desde luego, perdió el ojo, pero después de que los médicos le extrajeran la flecha, se quedaron de una pieza al descubrir que el tío no presentaba ninguna lesión cerebral. Incluso ofreció una rueda de prensa en el hospital.

-Me siento realmente estúpido –dijo a los periodistas.

En mi opinión, fue demasiado duro consigo mismo. Lo que hizo exigia mucho coraje. La mayoría de nosotros, en estos días y a nuestra edad, nos contentamos con ponernos cómodos y dejar que otro tío se ponga una lata de cerveza encima de la cabeza y permita que sus amigos intenten derribarla con una flecha después de haber estado bebiendo. Aplaudo a este tío, y aplaudo a los Montañeros por haber ideado este ritual. Si exigiéramos a la gente que pasara por este tipo de iniciación antes de autorizarla a participar, por ejemplo, en las primarias de New Hampshire, la nuestra sería una nación mejor en la que vivir.

Hablando de tios y médicos, nuestro próximo ejemplo de Tios en Acciòn atañe a dos tios médicos –un cirujano y un anestesista- que respondieron valientemente a una situación mèdica que, sin su osada y decidida acciòn, podría muy bien haber resultado pura rutina.

Esto ocurrió en el Centro Mèdico de Massachusetts. Según el Boston Globe, una anciana estaba en la mesa de operaciones, sedada y a punto de ser intervenida de urgencia de la vesícula biliar. El cirujano estaba listo para comenzar. De hecho, estaba listo para comenzar hacia una hora y media, cuando el anestesista había llegado y a continuación se había puesto a preparar café con suma osadìa y decisiòn.

Llegados a este punto, el cirujano tenía dos opciones. Podía:

- Llevar la operaciòn a cabo de inmediato y luego cantarle las cuarenta al anestesista.

- Llevar a cabo la operación de inmediato y luego informar del asunto a las autoridades del hospital.
- Llevar a cabo la operación de inmediato y luego tratar de olvidar el incidente.

Tras sopesar estas opciones, el cirujano decidió arrojar violentamente una esponja al anestesista.

Èste es un claro ejemplo de PET, Procedimiento Estàndar de Tìo, para manejar el enojo. Sabemos que si nos guardamos dentro nuestras pequeñas hostilidades, existe un peligro muy real de que , con el tiempo, las olvidemos. Así pues, preferimos sacar todo nuestro enojo a relucir, de modo que al menos pueda hacer un poco de daño.

Cuando el anestesista fue alcanzado por la esponja, al instante se dio cuenta de que sería una idiotez agudizar aquel incidente sin importancia respondiendo a tan infantil agresión, así que la pasó por alto.

¡Ja,ja! ¿Os lo habéis creído? Sòlo es una broma.

El anestesista, como tìo que era, no tenía màs alternativa que contraatacar. Entre los tìos hay un viejo dicho que reza: “Un tìo que recibe un golpe de esponja y no toma represalias es la clase de llorica que probablemente también se negarà a poner en peligro su vida y la vida de personas inocentes en un enfrentamiento por una plaza de aparcamiento.

De modo que el cirujano y el anestesista, en palabras del Boston Globe, “comenzaron a darse puñetazos y cayeron al suelo”. Allí mismo, en pleno quirófano, con la paciente todavía en la mesa de operaciones.

Por supuesto, pudo haber sido peor. Ambos médicos podrían –todo es posible cuando se trata de tìos defendiendo su virilidad- haber empezado la pelea mientras estaban realizando la operación. Esto habría sido realmente grave porque un tìo, en el calor de la batalla, golpearà al otro con lo primero que tenga a mano, y entonces el artículo del diario habría tenido un titular como: “Cirujano arrestado por agresión con òrgano. Aporreò al anestesista con la vesícula biliar de una anciana”.

Afortunadamente, esto no sucedió. Lo único que sucedió fue que las autoridades hospitalarias amonestaron y pusieron una multa a ambos tìos, mientras que el hospital, por su parte, les impuso un período condicional de cinco años. Dicho de otro modo, estos tìos arruinaron para siempre su reputación profesional y pusieron en grave peligro sus

carreras de medicina, carreras que sin duda les había costado años finalizar. Pero, ¿què màs da? Lo importante es que no se echaron atrás.

Nuestro próximo ejemplo de Tios en Acciòn también comprende una reacción decisiva en una situación mèdica grave. Esto ocurrió en 1992 en el Campo de Golf de Willowbrook, en Winter Haven, Florida. Según refirió la agencia Associated Press, unos tios estaban jugando un partido de golf cuando, de sùbito, a uno de ellos –de ese modo tan imprevisible que uno nunca puede estar preparado para ello- le cayò encima una bolsa de hacer pipì.

No, es broma. Sufrió un ataque cardíaco y, por desgracia, murió, justo en el hoyo dieciséis. Como puedes imaginar, esto causò un serio problema a los golfistas –descritos por la agencia como “amigos y vecinos” del finado- que jugaban en el campo detrás de èl. Allí, en mitad de lo que tendría que haber sido una tarde de deporte y camaradería, acababan de perder repentinamente a uno de los suyos. ¿Què debían hacer? ¿Cuàl es el tipo de conducta màs apropiado cuando un tìo se ve delante de una situación tan triste y lamentable?

La respuesta es –y confio en que esto haga callar a quienes sostienen que los tios son insensibles- que los golfistas se saltaron el hoyo dieciséis. En efecto: durante dos horas, mientras el cuerpo del finado yacìa sobre el césped y la policía intentaba localizar a su esposa, los golfistas fueron directamente al hoyo diecisiete, haciendo el extremo sacrificio de renunciar a un partido de golf de dieciocho hoyos completo, para así evitar ponerse en una situación en la que sin duda se verían obligados a hacer algo que podría percibirse como poco respetuoso para con su amigo y vecino, como lanzar la pelota desde su cuerpo.

Para estar seguro de que esto respondìa al comportamiento típico de un tìo golfista, comentè el incidente con mi amigo Bill Rose, redactor del Miami Herald y ferviente golfista, aunque no en este orden. Le expliquè la situación y le pedí que supusiera que estaba jugando al golf varios hoyos por detrás del difunto.

-¿Habrias jugado el hoyo dieciséis?

-No se trata de un amigo ìntimo, ¿verdad? –preguntò Bill.

-Exacto –dije-. ¿Entonces te saltas el hoyo dieciséis?

-¿Està tendido en el césped? –preguntò Bill meditando còmo habria jugado en una situación como èsta.

-Sì –dije.

-Vaya –suspirò, y meneò la cabeza con los labios apretados-. Supongo que en ese caso tendrìa que saltarme el hoyo dieciséis –dijo.

Y a pesar de que se trataba de un hoyo imaginario, detectè verdadero pesar en su voz.

Hasta ahora, en este capitulo sobre tios en acción me he centrado en las acciones de otros tios màs que en las mias. La modestia me ha impedido señalar que yo también he demostrado gran decisión y coraje en numerosas ocasiones, con inclusión de un huracán. Y aquí no me refiero a un huracán grabado previamente en video como ese del que Lynne fue salvado por Wally. Me estoy refiriendo a un huracán de verdad, que se llamaba Andrew y barriò el sur de Florida en 1992.

En cuanto estuvo claro ue el Andrew se dirigía hacia nosotros, miles de personas salieron disparadas al supermercado para pasar horas haciendo cola tratando de comprar provisiones para emergencias, como por ejemplo lejia; lo único que sè es que cada vez que un huracán nos amenaza, los serviciales locutores de radio, que probablemente reciben succulentos sobornos de la industria de la lejia, apremian a los oyentes a que se compren varias botellas, con lo cual se vende como rosquillas. En el creciente pánico que cunde cuando se avecina un huracán, te encuentras haciendo a ciegas cualquier cosa que te aconsejen los locutores de radio. Podrían decirte que tus provisiones de emergencia para hacer frente al huracán deberían incluir una docena de rosas de tallo largo y, en cuestión de minutos, formarías parte de una enloquecida muchedumbre en la floristería, pasando por encima de los cuerpos de los consumidores màs débiles.

Sea como fuere, los serviciales locutores de la radio también insistieron en que era vital despejar los patios de “todos los escombros y objetos sueltos”. Èse me pareció un consejo bastante còmico puesto que un patio, por definición, es un montòn de escombros y objetos sueltos. De hecho, una buena definición del universo entero sería un montòn de escombros y objetos sueltos, aunque eso dejara frìos a los serviciales locutores de la radio. Se mostraban categóricos en cuanto a lo de los objetos sueltos. Decían cosas de la màs útil como: “Una simple brizna de hierba cortada, impulsada por vientos huracanados, puede convertirse en un misil mortífero que penetrarà en tu cràneo y te cortarà el cerebro en rodajas”.

Con esta información tan útil resonando en mi mente, pasè la mañana afanàndome en recoger los escombros del patio y meterlos en el garaje para asegurarme de que, una vez pasase la tormenta, tendrìa

un buen montòn de escombros intactos a mano. Entonces me tocò preocuparme de las tablas de contrachapado.

-Tienen que conseguir tablas de contrachapado –insistian los serviciales locutores de la radio-. Es absolutamente esencial que tengan tablas, pero ya no queda ninguna a la venta (ja ja ja ja).

Llevaban razòn. Fui a varios almacenes de madera y lo habían vendido todo. Vi a muchos tìos que habían encontrado tablas; me adelantaban con montones de tablas atados a las vacas de sus coches. Cuando lleguè a casa, vi que los tìos de mi vecindario tenían tablas de contrachapado. Yo no tenía ninguna. Fue terrible. Fue la peor envidia de tablas de contrachapado que había sentido en mi vida. Hasta tal punto deseaba las tablas que podía saborearlas.

Y entonces me dije: Supongamos que consigo unas cuantas tablas; ¿què diablos voy a hacer con ellas? No tengo ni idea de còmo se pega el contrachapado a una casa. Todas las casas en las que he vivido ya estaban ensambladas cuando me mudè a ellas. Probablemente me habría limitado a apoyar las tablas contra las paredes exteriores. (En realidad, tal como demostró el Andrew, muchas cosas del sur de Florida estaban construidas mediante esta técnica tan económica).

Asì pues, cuando oscureció y el viento empezó a cobrar fuerza, abandonamos nuestro hogar sin tablas de contrachapado y fuimos a pasar la noche a casa de unos vecinos, Steele y Bobette Reeder. Steele tenía unas cuantas tablas de contrachapado, y las había clavado a las ventanas del dormitorio principal, formando asì un cómodo y acogedor recinto hermético para varias familias. Lo trágico del asunto es que también constituìa un cómodo y acogedor recinto hermético para Prince, el perro de los Reeder.

He aquí un consejo para cualquier persona que tenga perro y estè planeando pasar un huracán en un espacio reducido: deja al perro fuera. No me importa que el perro en cuestión te haya salvado la vida en varias ocasiones: no querrás estar en la misma habitación que èl porque, según parece, la presión atmosférica tan extremadamente baja que acompaña a un huracán provoca alguna clase de trastorno gravísimo en el aparato digestivo del perro, haciendo que aumenten enormemente sus deposiciones. Incluso en las mejores circunstancias los perro tienden a ser flatulentos, pero durante aquel huracán Prince se convirtió en el Desenfrenado Reactor Nuclear de Pedos de Chernobil. En la habitación había una neblina de pedos de perro que resultaba visible. En un momento dado pensamos seriamente en quitar

algunas tablas de contrachapado y abrir la ventana, pese a que el viento soplaba a 260 kilómetros por hora.

Pero el caso es que había asuntos más importantes de los que preocuparse, como si la casa de los Reeder iba a permanecer en pie, cosa que, sinceramente, hubo momentos que dudé. Desde entonces la gente me pregunta cómo es lo de estar en un huracán. La respuesta –y aquí echaré mano de toda mi habilidad y capacidad como artífice de la palabra para que experimentes, de primera mano, lo que se siente en esa situación- es que no tiene nada de divertido. Había niños allí dentro, y estaban llorando, y el viento rugía, y Prince tiraba pedos, y fuera los árboles se desplomaban, y objetos enormes pasaban volando por el aire y la casa crujía y vibraba y se retorcía y se quejaba como si estuviera intentando parir otra casa de aproximadamente el mismo tamaño y peso.

Había tres tíos en aquel dormitorio –Steele, otro vecino que se llamaba Olin McKenzie III y yo- y todos los ojos estaban puestos en nosotros, y esos ojos decían claramente: ¿Va a ir todo bien?

De modo que hicimos lo que los tíos hacen en una situación como ésta: decidimos Echar un Vistazo.

Echar un Vistazo forma parte de la conducta básica de los tíos. Se trata de algo tan básico como negarse a pedir indicaciones. Cuando un coche se estropea, por ejemplo, la mayoría de las mujeres parecen aceptar que no sabe nada sobre motores de automóviles modernos, de modo que en lugar de perder el tiempo mirándolo, lo llevan al mecánico. Los tíos no. Un tío querrá abrir el capó y fruncir el entrecejo mientras contempla el motor con aire meditabundo, como si tuviera alguna remota idea de lo que está mirando. Yo lo hago. No tengo ni idea de qué tengo que buscar cuando levanto el capó. Quizás es que tengo la esperanza de que haya algo realmente obvio, como un calamar agarrado al colector del escape.

“He aquí el problema –podría decir entonces-. Hay un calamar en el tubo de escape”.

Aunque nunca me resulta obvio. Ni siquiera sé qué pieza es el colector de escape. Sin embargo, esto no me impide Echar un Vistazo. He echado vistazos a problemas de fontanería, a problemas eléctricos, a problemas de construcción y a problemas de ordenadores que distan años luz de mi capacidad de comprensión. Si unos seres extraterrestres se vieran obligados a aterrizar en mi jardín por haber detectado problemas en el módulo de transmateralización del vector de

neutrones durante su misión de espionaje, me acercaría a su nave a grandes zancadas y echaría un vistazo.

“Puede que se haya ahogado”, sugeriría, para que los extraterrestres vieran el calibre del tío con el que estaban tratando.

Todos los tios hacen esto. ¿Qué es lo primero que hace el presidente de Estados Unidos cuando ocurre una catástrofe natural como una inundación? Se sube a un helicóptero, adopta una expresión ceñuda y echa un vistazo a la zona afectada. ¿Por qué? ¿Qué espera conseguir allí arriba? ¿Acaso descubrir algo que todos los demás han pasado por alto? (“¡Eh, mirad! ¡Hay un montón de agua!).

Pero el presidente es un tío –sobre todo nuestro presidente actual- y tiene que Echar un Vistazo, y esa es la misma razón por la que Steele, Olin y yo, con los angustiados ojos de las mujeres, los niños y Prince, el perro multifatulento, clavados en nosotros, supimos que teníamos que Echar un Vistazo al huracán. Salimos del dormitorio por la puerta, cerrándola de inmediato a nuestras espaldas, y nos quedamos plantados en el vestíbulo. El viento aullaba fuera, y los aterradores ruidos de la casa sonaban mucho más fuertes, y enseguida vimos por qué: una sección de la fachada se había despegado del techo y se estaba abombando e inclinando hacia adentro, como si una mano gigantesca la estuviese empujando.

Nosotros, los tios, echamos un vistazo a aquello. Acto seguido nos miramos unos a otros y dijimos, prácticamente al unísono: “Mierda”. Entonces apilamos cuanto pudimos contra la fachada y la puerta principal. Lo hicimos muy nerviosos, pues la pared seguía gimiendo y abombándose como a punto de estallar y convertir a quien estuviera allí en Lasaña Humana Instantánea. Nos acercábamos temerosos, apoyábamos, pongamos por caso, una escalera de mano y retrocedíamos. También la apuntalamos –esto es cierto- con un par de esquís.

Luego regresamos pitando al dormitorio, cerramos la puerta, y procuramos mostrarnos tan calmados como era posible teniendo en cuenta que nos habíamos hecho pipì encima sólo porque estábamos demasiado asustados.

-¡Muy bien! –anunciamos-. ¡No hay de qué preocuparse!

Tios controlando una situación.

Entonces nos miramos unos a otros para transmitirnos la siguiente información: “Mierda”.

Pero todo salió bien. La casa de los Reeder no se vino abajo (Yo lo atribuyo a los esquís). Por la mañana, cuando el viento por fin amainò,

me abrí camino entre los árboles y cables eléctricos caídos hasta mi casa, que había desaparecido casi por completo debajo de una montaña de escombros y objetos sueltos. Ahora que lo pienso, èse hubiera sido un buen momento para beberse la lejía.

Lo que quiero decir con esto es que los tíos no son meramente unos groseros que se pasan el día rascándose la entrepierna, unos obsesos sexuales, unos hinchas enloquecidos, unos seres superficiales, infantiles, irresponsables, informales y haraganes. Son todas esas cosas pero no son meramente esas cosas. Tal como hemos visto en este capítulo, los tíos también son capaces de logros que un no-tío ni siquiera puede imaginar sin la ayuda de potentes medicamentos con receta. De modo que si eres mujer y te sorprendes irritada con el tío de tu vida porque tiene unas cuantas flaquezas típicas de tío que en el fondo son una nimiedad, como la tendencia a sonarse con las cortinas, recuerda que, si se produjera una crisis de cualquier clase, ese mismo tío supuestamente inútil sería perfectamente capaz de evaluar la situación sin perder la calma ni la sangre fría para, acto seguido, sin reparar en su propia seguridad, salir a tomar una cerveza. Si yo estuviera en tu lugar, le daría ánimos.

CONCLUSIÓN

**El tío cuando se hace mayor: apoltronarse y lanzar Buicks.
Los tíos del mañana: ¿hay esperanzas para la humanidad?
(No)**

¿Qué ocurre cuando los tíos se hacen mayores? ¿Se dan cuenta por fin de que la vida consiste en algo más que usar el mando a distancia y hablar sobre deportes? ¿Se concilian con sus sentimientos íntimos? ¿Se vuelven maduros y sensatos?

No te hagas el idiota. Los tíos de verdad no maduran, salvo en el sentido de desarrollar pelos más largos en la nariz. Emocionalmente, siguen siendo tíos. Siguen haciendo cosas de tíos; la principal diferencia es que, a medida que se hacen mayores y ganan más dinero y ocupan puestos de autoridad, pueden hacer cosas de tíos a lo grande. No tienen que conformarse con algo tan simple como arrojar de vez en cuando un piano desde lo alto de un edificio para ver qué sucede; ahora pueden disponer de bombarderos de la fuerza aérea en perfecto estado.

Un buen ejemplo de tío maduro que conserva todo su espíritu de tío de George Bush padre. Quizá no estuvieras de acuerdo con todo lo que dijo mientras fue presidente, pero no hay duda de que era un tío de los pies a la cabeza. Se iba a su finca de Kenneth E. Bunkport IV, Maine, acompañado por el inmenso séquito presidencial al completo – asistentes, consejeros, expertos en medios de comunicación, personal particular, decenas de periodistas, el servicio secreto, los guardacostas, escuadrones de submarinistas, flotas de helicópteros y varios sumergibles-, sólo para poder pilotar a toda velocidad su lancha motora. Le veías en los telediarios surcando las aguas como un bolido, el presidente de los Estados Unidos, con una expresión idéntica a la de un crío de tres años cuando empuja un camión de juguete haciendo el ruido de un motor con los labios, tal como hacen instintivamente los niños, es decir: BRRRRMMMM.

Cuando le veías, saltaba a la vista que no estaba pensando en el índice de desempleo, ni en la situación en que se encontraba su propuesta de presupuesto federal, ni en los problemas con Oriente Próximo. Sabías exactamente lo que estaba pensando porque era lo mismo que cualquier tío piensa cuando pilota un vehículo motorizado a toda pastilla. George Bush, el Hombre Más Poderoso de la Nación Más Poderosa de la Tierra, el Líder del Mundo Libre, estaba pensando: BRRRRMMMM.

Por supuesto, no todos los tíos mayores manifiestan su condición de tíos conduciendo a toda velocidad. Los hay que prefieren arrojar objetos voluminosos a grandes distancias. Aquí estoy pensando en dos tíos de Texas, un artista/ingeniero que se llama Richard Clifford y un dentista que se llama John Quincy. Una tarde, mientras bebían cerveza, se pusieron a hablar –tal como hacen los tíos cuando se abren y comparten sentimientos íntimos- sobre armas medievales. En concreto, sobre trabucos, que son como las catapultas, pero más potentes. Los ejércitos medievales usaban trabucos para lanzar objetos pesados, como rocas, contra las ciudades enemigas. A veces los ejércitos también lanzaban caballos muertos. Como puedes figurarte, esto hacía polvo la moral del enemigo.

MARIDO MEDIEVAL: ¡Hola, cariño! ¡Ya estoy en casa después de otra jornada en mi empleo medieval en el campo de la venta de ballestas! ¿Qué hay para cenar?

ESPOSA MEDIEVAL: ¡Tu plato favorito! Un magnífico cordero...

(¡BUM! Un caballo muerto cae a través del techo, llenándolo todo de carne rancia y agusanada).

MARIDO MEDIEVAL: En realidad, no tengo hambre.

ESPOSA MEDIEVAL: Què ganas tengo de que llegue el Renacimiento.

De modo que Richard Clifford y John Quincy, siendo tíos, naturalmente decidieron que tenían que construir un trabuco. Y no un trabuco cualquiera, no. Su meta era construir el trabuco más grande de la historia del mundo. Querían construir un trabuco capaz de lanzar un Buick a doscientos metros, una gesta que los ejércitos medievales ni siquiera soñaron jamás.

Clifford y Quincy se lo han tomado muy en serio. Han viajado a Inglaterra para consultar con un destacado experto en trabucos. Han construido y hecho un sinfín de experimentos con un prototipo de trabuco a escala, que utilizan para lanzar bolas de bolera. Quincy incluso ha comprado un terreno de ocho hectáreas que linda con su casa, sólo para que el Buick tenga un sitio donde aterrizar.

Quizá pienses que estos tíos no son más que un par de excéntricos, un caso aislado, pero si es así te equivocas. El mundo está lleno de tíos como ellos. Cuando escribí una columna de periódico sobre su proyecto de trabuco, recibí correspondencia de todos los rincones del país. Ninguna de estas cartas la firmaba una mujer. Todas las remitieron tíos adultos. Eran cartas detalladas y serias manifestando un profundo interés tanto por asistir al lanzamiento del Buick, como por construir su propio trabuco. En esas cartas no aparecía el menor indicio de que alguno de esos tíos encontrara inusual que alguien quisiera hacer eso; para ellos era perfectamente natural que uno tuviera ganas de construir artefactos capaces de lanzar objetos pesados a grandes distancias sin ningún propósito útil concebible.

¿Por qué? Pues porque eso es lo que hacen los tíos. Los tíos, por más viejos que se hagan, disfrutan lanzando cosas, disparando contra cosas, conduciendo cosas deprisa, haciendo explotar cosas y derribando cosas. Por eso, tal como he señalado en la introducción, tenemos un programa espacial. No importa lo que la NASA nos haga creer, el propósito del programa espacial no es beneficiar a la raza humana ensanchando las fronteras del conocimiento humano. Los humanos no necesitamos salir de la Tierra para saber lo que es un entorno extraño, mortal y hostil; para eso ya tenemos a Miami.

No, el propósito del programa espacial es proporcionar a los tíos de la NASA una excusa para construir un montón de artilugios tecnológicos y cohetes gigantescos que hacen

BRRRRRRRRRRRRMMMMMM

MMMMMMMMMMMMMMM

MMMMMMMM

y lanzan objetos voluminosos a grandes distancias. Si los tíos de la NASA pensarán que los contribuyentes les permitirían salirse con la suya, intentarían darle a la luna con un Buick.

Los verdaderos tíos siguen siendo tíos por más mayores o supuestamente responsables que se hagan. Si lo dudas, ve a cualquier acontecimiento deportivo. Estoy escribiendo estas líneas la mañana después de asistir a una de las finales de la NBA que disputaron anoche en Miami el equipo local y el de Atlanta. La multitud que me rodeaba estaba compuesta mayormente por tíos cuarentones y de más edad: maridos y padres con el tipo de trabajo exigente y responsable que uno tiene en el sur de Florida, como corredor de bolsa, médico, abogado, magnate de la droga, etc. Estoy seguro de que estos tíos creen que, dada su condición de varones, son mucho más lógicos que las mujeres y menos propensos a dejarse llevar por los sentimientos. Cualquiera te dirá que, la verdad, le da un poco de apuro el modo en que su esposa rompe a llorar durante la parte triste de una película romántica. Porque, al fin y al cabo, no es más que una película; no hay razón alguna para emocionarse.

Eso es lo que dirán los tíos si les preguntas. Pero más vale que no se lo preguntes durante un partido de las finales de la NBA porque están muy ocupados reaccionando racional y lógicamente ante los acontecimientos que tienen lugar en la pista.

-¡Eres un mierda, Seikaly! –informan a Rony Seikaly, pivó del equipo local-. ¡Un mierda! –agregan a modo de aclaración.

Seikaly acaba de fallar dos tiros libres cuando quedan menos de dos minutos para el final del partido, y todos los tíos de mediana edad le

odian. Están de pie, con los cuerpos vibrantes de furia, los rostros congestionados y crispados de rabia, los músculos del cuello marcados. Jamàs han odiado tanto a nadie, ni siquiera a Hitler, como odian a Rony Seikaly en este preciso momento. Hitler era una mala persona, sì, pero no fallò ningùn tiro libre crucial en las finales.

Estos hombres quieren matar a Reikaly. Quieren verlo descuartizado y que las ratas le coman los ojos allí mismo, en la pista de baloncesto. Quieren que...

¡Un momento! ¡Rony ha interceptado un rebote ofensivo! ¡Se acerca a la canasta! ¡Parece que va a...! ¡¡¡Sì!!! ¡¡Ha encestado!! ¡¡Asì se hace, Rony!! ¡¡Sì, señor!! ¡¡Eres la hostia, Rony!! Ahora los tìos de mediana edad aman a Rony Seikaly. Quieren darle un beso en la boca. Quieren tomar un avión para ir a una clínica en Suecia y someterse a una operación optativa para poder tener hijos de Rony. No pueden creer que tengan tanta suerte como para estar en el mismo planeta que un ser humano tan magnífico como Rony Seikaly. Es un gigante. Es un dios. Es...

Pero, ¡què demonios! ¡Està descuidando su marcaje! ¡El contrario le ha quitado la pelota y va a lanzar un gancho! ¡Mierda! ¡¡Eres un mierda, Seikaly!! ¡¡Un mierda!! ¡¡Eres...!!

¿Ves lo que quiero decir? Los tìos, aunque se hagan mayores, siguen mostrando una honda preocupación por los asuntos básicos de los tìos, tal como se ha expuesto extensamente en este libro, y se resume en la tabla siguiente:

ASUNTOS QUE CONSTITUYEN UNA GRAN PREOCUPACIÒN PARA LOS TÌOS	ASUNTOS QUE NO CONSTITUYEN UNA GRAN PREOCUPACIÒN PARA LOS TÌOS
Las finales	El calentamiento global, salvo si afecta a las finales
Que alguien conduzca pegado a la parte trasera de su coche	Conducir pegados al coche de delante
Quièn ganó el mundial en 1962	Què pasa con la ropa sucia una vez que la has arrojado al suelo
Comer	Cocinar
El sexo	La persona con quien están teniendo una relación sexual

Èstos son los valores fundamentales que los tìos han preservado a través de los milenios. Pero ¿y el futuro? ¿Qué sucederà cuando la generación actual de tìos fallezca, probablemente como resultado de las

heridas causadas por los trabucos? ¿Acaso la generación siguiente está preparada para tomar el relevo y continuar la tradición de los tíos, con todas las responsabilidades que ello conlleva? Ésta es la pregunta que me incitó a entablar una conversación seria, íntima y franca con mi hijo.

-Robert -le dije-. Tengo que hablar contigo sobre un asunto muy importante para el futuro de la humanidad.

-Ahora no -dijo él-. Trey y yo estamos prendiendo fuego a unas pelotas de golf.

De modo que el futuro de los tíos parece bastante prometedor. Si necesitas más pruebas, toma en consideración la anécdota siguiente que me contó mi amiga Kathi Goldmark. Había pasado un par de noches en un hotel de Miami y uno de los empleados se había mostrado tan atento con Kathi que, cuando volvió a casa, decidió enviar una carta elogiosa al jefe de dicho empleado. Terminó la carta pero la dejó en la máquina de escribir hasta la mañana siguiente, cuando, con prisas, la sacó, la firmó y comenzó a doblarla para meterla en un sobre. Fue entonces cuando por casualidad se fijó en que, al final de la educada y cortés misiva que se disponía a enviar a un ejecutivo de hotel a quien no conocía, su hijo de nueve años, Tony, había mecanografiado: "PD: No te olvides de tirarte pedos".

Esta anécdota me provoca sentimiento encontrados. Por un lado, me invade una tremenda sensación de pesar y pérdida causada por el hecho de que Kathi al final no envió la carta. Pero el mismo tiempo siento una inmensa felicidad al constatar que existen tíos jóvenes como Tony que vendrán a llenar el vacío que existirá algún día cuando nosotros, los tíos mayores, finalmente nos mudemos a esa Gran Fiesta de la Cerveza en el Cielo.

Porque, seamos realistas, la raza humana necesita tíos. Soy consciente de que a veces podemos ser un fastidio para los no-tíos, pero intentad imaginaros cómo sería el mundo sin nosotros. De acuerdo, lo acepto, olería mejor. También se produciría una drástica reducción de la violencia, la intolerancia y del hurgarse la nariz en público. Pero estos aspectos negativos se ven compensados con creces por las numerosas contribuciones que los tíos hacen a la sociedad, contribuciones positivas, contribuciones vitales, contribuciones que de ningún modo resultan menguadas por el hecho de que en este momento no se me ocurre ninguna.

No importa. Los tíos resistirán. Y aunque el tono de este libro sea un tanto frívolo, quiero concluir diciendo, con toda sinceridad, que espero que el esfuerzo que he hecho en estas páginas mejore un poco el grado

de entendimiento entre tios y personas de otros géneros, de modo que algún día este frágil y atribulado mundo en el que todos debemos coexistir sea de verdad un lugar mejor, más humanitario y bla bla bla bla bla. No te olvides de tirarte pedos.

FIN

